

JOSE AUSTRIA

LA BATALLA

DE SOYUMBO

Y SUS CONSECUENCIAS

MILITARES

Y POLITICAS



BIBLIOTECA
NACIONAL

L. 96

A. 1

E. 1

Quito Ecuador

74 138

BIBLIOTECA NACIONAL

R. 96 - D. N.
A - 1 - E - 1
Quito-Ecuador

JOSE AUSTRIA

LA BATALLA DE BOYACA

Y

SUS CONSECUENCIAS MILITARES Y POLITICAS

(Estudio laureado en
Caracas por la Academia
Nacional de la Historia,
con motivo del Centenario
de Boyacá).



QUITO

IMPRENTA, LIBRERÍA Y PAPELERÍA
EDITORIAL ARTES GRAFICAS

1926

LA IDEA

Después de lo que puede llamarse las guerras civiles entre los conquistadores; después de las luchas personales por el mando y el oro, caracterizadas por la dureza y las pasiones de la época y la brutalidad del medio, las agrupaciones coloniales de Hispano-América fueron sosegándose y buscando en la vida pacífica y en la cohesión social los elementos de fuerza necesarios para dominar y explotar, en provecho de su propia civilización, la naturaleza circundante.

La violencia de los primeros días de la Conquista y la Colonia, fué reduciéndose a las ordenanzas y a su cumplimiento en los Virreinos, las Capitanías Generales, las Gobernaciones y las Presidencias. A las expoliaciones de los aborígenes y las rencillas de los Generales, de los Pobladores, de los Adelantados y de los Encomenderos, sucedieron la energía en el Gobierno, la fiereza de los Capitanes y de los Señores, y la división de las clases en las poblaciones y en los campos, metódicamente fomentada por los gobernantes como base de mejor dominio.

Los peninsulares que gobernaban, los criollos que componían la parte superior y refinada de la

sociedad, los indios que se veían proscritos en su propia tierra, y los camitas, tristes con la nostalgia de sus bosques, fueron componiendo sendas capas sociales, que si bien lenta e individualmente, no tardarían en ir acercándose para formar una etnografía propiamente americana. En 1794 un inglés que residió años en Costa Firme observa la jactancia con que los criollos renegaban de su origen español, proclamándose americanos.

En la mezcla fué poniendo el indio la sangre que le quedaba del exterminio sistemático, y que no por ser de vencido dejaba de conservar el valor, el sentimiento de tribu y de patria; el africano puso la suya para producir un tipo ingenioso y fuerte, y por los demás canales iba infiltrándose aquella otra sangre, la sangre de la Europa de la Edad Media, de la España del siglo XVI, que había realizado la epopeya de la Conquista, las expediciones por montañas desmesuradas, por desiertos mortales, por selvas impenetrables, por costas donde las playas parecían guardar las asechanzas y peligros de las tempestades, por climas inauditos y tan mortíferos como variables: la sangre de los conquistadores que, siendo un puñado, avasallaron tres grandes Imperios: el de los Aztecas y el de los Incas, que abarcaban el nuevo mundo entero, y el de la naturaleza tropical, más formidable que todos.

Tan pronto como esta sociedad americana fué consolidándose, y a medida que las luces esclarecían las esferas superiores, principiaron a revelarse las tendencias subversivas contra el reinado de los *chapetones*, contra la dominación de un poder lejano que consideraban extranjero, y a manifestarse las aspiraciones, si bien comunes, sólo precisadas en las esferas intelectuales, a un régimen de nacionalismo, de autonomía económica unas veces y otras política.

En 1720 los paraguayos reivindicaron el derecho del Cabildo de la Asunción, eligen Gobernador a José Antequera, que detenido luego es ajusticiado en Lima, dejando a uno de sus compañeros, Fernando

de Mompox, el cuidado de continuar su obra. Este y sus partidarios tomaron el nombre de Comuneros, célebre ya en España, pero no tardaron en caer también bajo la cuchilla. En 1730 se subleva Cochabamba, y en el segundo cuarto del siglo los habitantes de Caracas oponen sorda hostilidad a los privilegios de la Compañía Guipuzcoana. En 1749 Juan Francisco de León marcha desde Caucagua sobre la ciudad de Santiago a la cabeza de nueve mil hombres, contra los abusos de la misma Empresa.

El impuesto de las Alcabalas produce la insurrección de Quito en 1765 y los repartimientos fueron la causa prima y ostensible del gran movimiento de Tupac-Amaro en 1780, que conmovió desde el alto Perú hasta los territorios septentrionales de la Nueva Granada. Otro pecho llamado de Barlovento y el mismo de Alcabala causan la insurrección de toda la comarca de El Socorro en 1781, que también se llamó de los Comuneros, provocada por una mujer a quien Martí nombra colombiana de saya y algodón. La revuelta de los Comuneros de la Nueva Granada envió tres comisarios a Inglaterra en solicitud de apoyo para el movimiento. El mismo año se descubren conspiraciones en México para establecer un Gobierno independiente, y de allí no tardaron en salir también comisionados hacia Londres.

Estos disturbios, ocurridos en todo el Continente, y de los cuales sólo cito los principales, prescindiendo de las rebeliones de Gonzalo Pizarro y de Lope de Aguirre, para independizar del Rey las tierras conquistadas, fueron desde 1767 apoyados por los Padres Jesuítas, cuya expulsión de América, en número de ocho a diez mil, produjo males de gravedad: en una publicación de 1791 los Padres hablaban de haber «llegado el momento de ser libres».

Nariño traducía en Bogotá el año de 1794 la Declaración de los Derechos del Hombre y desde México hasta la Tierra de Fuego, América la saboreó a escondidas. Llevadas por los cuatro vientos, las ideas de Montesquieu, Voltaire y Rousseau agitaban

el mundo.

En Coro estalla una sedición en 1796 y en 1797 la revolución de Gual y España conmueve a Venezuela. Por el mismo tiempo suceden la revolución y las matanzas de Quito. Para entonces el venezolano Miranda era ya el centro adonde acudían los revolucionarios de Buenos Aires y de Chile, de Lima y de Santa Fé, de Caracas y de México; y los tenaces trabajos del Gran Maestro de la Logia Americana para la emancipación del Continente, habían llegado hasta formular un proyecto de Constitución que debía reunir las colonias en un solo Imperio.

Los americanos intelectuales, los criollos de todas las provincias, en tanto que se trató de considerar la independencia como un postulado teórico y mientras los intereses, ambiciones y rivalidades locales no se hicieron sensibles en la realidad, dilataban su patriotismo a todo el hemisferio. Bolívar y algunos de los Generales que le acompañaron no restringieron nunca lo que vino a ser un ideal para ellos. Con una inteligencia tan vasta y penetrante, con un poder tan enérgico de actividad como los del Libertador, ninguna idea ni hecho ninguno podían aparecer aislados en el campo de acción o en el entendimiento. Su instinto filosófico relacionaba todos los hechos e ideas con el conjunto de las fuerzas generales de la vida.

La misión de Bolívar, porque fué su ideal, era la independencia completa, absoluta, irrevocable del Continente. Era su pensamiento íntimo y fué su destino. Desde el principio de la guerra, en los campos de Venezuela, el grito de combate de los patriotas era ¡Viva la América libre!

En el manifiesto de Cartagena, lleno del espíritu americano, se lee: «Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada y formando una proporción, hallaremos: que Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza este país (Nueva Granada) está en razón de la anterior proporción; porque poseyendo

la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de Jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América Meridional». Y termina: «La gloria de la Nueva Granada depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores».

En el oficio dirigido desde Cúcuta el 4 de mayo de 1813 al Congreso de la Unión, dice: «La suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también.....»

El día 23 de enero de 1815, en que se instalan en Bogotá el Congreso y el Ejecutivo de la Unión, venidos de Tunja, pronunció un discurso donde se leen estas palabras: «El ejército de venezolanos y granadinos que se me ha hecho el honor de confiarme, pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los americanos que haya en el Norte y Sur de la América Meridional».

Cuatro meses después, proscrito en Jamaica, habla sobre América, estudia su situación histórica y presente, calcula su estadística, y escribe:

«El suceso coronará nuestros esfuerzos, porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía: o que antes las enlazaba ya las divide: más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella: menos difícil es unir los dos Continentes, que reconciliar los espíritus de am-

bos países. Por lo tanto, América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria. En unas partes triunfan los independientes, mientras los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final? ¿no está el Nuevo Mundo entero conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la inmensa extensión de este hemisferio». Y después: «De cuanto he referido será fácil colegir que América no estaba preparada para desprenderse de la Metrópoli, como súbitamente sucedió por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona, y por la inícuca guerra que la Regencia nos declaró sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad». Y más adelante: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria». Y luego: «La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenir en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una ciudad nueva que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-Honda. Esta nación se llamará Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio». Y en seguida: «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían por consiguiente tener un sólo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!» Y pregunta: «¿No es la unión todo lo que se necesita para poner a los americanos en estado de expulsar a los

españoles, sus tropas y los partidarios de España, para hacerles capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?»

El 1º de enero de 1817, llegando a Barcelona procedente de los Cayos y Margarita, cuando se ocupa en preparar su campaña de invasión al centro y la conquista de Caracas, escribe a Briceño Méndez y a los demás compañeros de la expedición de Guayana, emprendida después de la retirada de Ocumare y de la batalla de El Juncaí, y a tiempo de manifestarles el placer que experimentaba sabiendo cómo ellos se habían salvado de los grandes peligros de aquellos sucesos: «Esta empresa tan sublime como importante de libertar a Guayana, asegurará las anclas de la República, si nuevas tempestades vuelven a combatirla. Ustedes llevarán los vctos de todos los ciudadanos si logran someter el país que tanto nos ha perjudicado y que tan útil puede sernos. Pero hecho esto, ¿no volarán ustedes a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí, ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano.» Estas palabras demuestran cómo a la vez que preparaba su tentativa sobre Caracas o el Centro, que debía fracasar en Clarines, estaba convencido de la gran importancia de Guayana como fuente de recursos y base de primer orden, no sólo para las campañas de Venezuela sino también para empresas de un alcance mucho más amplio. Es el ideal relampagueando en la mente, cuando todavía las ideas no han dado sus frutos inmediatos. A poco, en los oscuros instantes de Casacoima, sus tenientes oyen recelosos los mismos sentimientos, y no conciben cómo en aquella situación angustiada, con la captura y la muerte a dos pascs, pueda estarse pensando en ir al Perú triunfante para rematar la independencia de América.

Luego del combate de Clarines, amenazado por un ejército de más de cuatro mil quinientos hombres, marchó para Guayana, dejando a Mariño en Aragua

como punto central donde podía reunir elementos y expedicionar según las necesidades de la situación, y después de haber, contra su voluntad, entregado a Freites algún material para la defensa de Barcelona, que él quería abandonar destruyendo las fortificaciones y previendo lo que no a mucho tardar ocurrió en la Casa Fuerte. Caminó, pues, hacia el Orinoco acompañado por quince oficiales y sus ordenanzas. Con este pequeño grupo rechazó, como con una estocada, a una partida realista que interceptaba el camino en el lugar de Quiamare, y la cual no podía convencerse de que fuese Bolívar mismo quien rompiera el obstáculo. En breve, después de cruzar el Orinoco pisaba el desembarcadero de El Jobito. Apenas en tierra, la curiara que les había llevado a él y a su Secretario, fué capturada por dos canoas enemigas que guardaban el paso.

Mientras el recalcitrante Mariño se rebela una y otra vez; mientras se reúne, legisla y forma irrisorio gobierno el llamado Congreso de Cariaco, que fué como una nube de verano; mientras se levanta el cadalso de Angostura y la Patria pierde ajusticiado a uno de sus mejores guerreros, Bolívar consolida su autoridad y su política, y organiza el gobierno y la administración en Guayana.

Cuando, procedente de los Cayos, desembarcaba él en Barcelona, llegaba también a Venezuela, procedente de Nueva Granada, el General Morillo. En seguida se dedicó éste a movilizar y aprovisionar los diferentes cuerpos de operaciones y estableció su cuartel general en Calabozo. Contra él condujo el Libertador al ejército patriota que llevaba en vanguardia la caballería de Páez, luego la infantería de Anzoátegui, Valdez y Pedro León Torres, y a retaguardia cuerpos montados de Cedeño y Monagas. En la Mesa de Calabozo, primer campo de batalla donde se avistaron Bolívar y Morillo, éste fué vencido y obligado a encerrarse en la ciudad de Calabozo. Bolívar avanzó hacia El Rastro y Morillo a favor del descuido del Coronel Iribarren, encargado de

vigilar la plaza, se dirigió a El Sombrero. Ni la explosión de varios quintales de pólvora, ocurrida por accidente en la ciudad de Calabozo y cuya detonación se oyó en el Rastro, logró despertar la vigilancia del Coronel Iribarren. Estos oficiales de caballería eran negados a la disciplina y por entregarse a otras diversiones descuidaban sus deberes, impidiendo así el buen éxito de los planes de campaña y de las acciones de guerra. Morillo fué alcanzado en El Sombrero y obligado a continuar su retirada hasta la ciudad de San Sebastián de los Reyes, donde se le incorporaron algunas tropas traídas de Caracas por La Torre y de San Carlos por Aldama. De aquí siguió a Villa de Cura que dejó fuertemente guarnecida por La Torre y se dirigió luego a Valencia, para esperar la división de Calzada que obraba por Barinas. En esta campaña Bolívar en vano propone a Morillo la regularización de la guerra y el canje de prisioneros, que promovió devolviéndole algunos.

Aquí se presenta de nuevo a Bolívar la disyuntiva, en uno de cuyos términos está Caracas con todas sus ventajas. Pero en los consejos de Páez y de Cedeño predominó la opinión, que también compartió Urdaneta, de regresar y establecer el cuartel general en Calabozo. Pronto vieron las desventajas de esta medida y el Libertador resolvió invadir los valles de Aragua.

Después de esta campaña, que terminó con la rota de Semen, Bolívar se retiró sobre el Rastro y Calabozo, perseguido sobre sus huellas por La Torre. Unido con Cedeño y Páez, regresó en busca del enemigo, quien a su vez, alertado casualmente del rápido movimiento del Libertador, se retiraba de nuevo hasta Ortiz, donde lo atacó Bolívar durante seis horas, haciéndole prolongar su retirada sobre los valles de Aragua. Bolívar acometió la obra de organizar los llanos de Caracas y purgarlos de partidas de bandideros, mientras venían de Angostura los elementos de guerra. Pero el enemigo había enviado al Coronel Rafael López con una fuerza considerable a ma-



niobrar en las llanuras y entonces ocurrió el suceso del Rincón de los Toros, donde una vez más escapó Bolívar milagrosamente del hierro enemigo. Las fatigas de tan trabajosa campaña quebrantaron su salud y tuvo que ir a recogerse a San Fernando y Angostura.

Presto la línea española extendiase desde Cúcuta, Mérida y Barinas hasta Oriente con el cuartel general de Morillo en Calabozo, donde había siete mil soldados veteranos. Entretanto el Libertador desde Angostura, no sólo promueve hasta su máximun los preparativos militares, sino se ocupa en diligentes trabajos de administración y de política. La inteligencia, la constancia y el heroísmo con que los patriotas combatían por la independencia bajo las órdenes de Bolívar, principiaron a despertar atención en Europa y Norte América: el Presidente Monroe habló de la revolución al Congreso en términos equivalentes al reconocimiento de la beligerancia, y un Agente Confidencial vino a decir a Bolívar que las disposiciones del Gobierno de Wáshington eran favorables a la independencia de Venezuela: en tanto que de Inglaterra principiaban a llegar armas y municiones y los futuros batalladores de la Legión Británica. Entonces fué cuando el Libertador lanzó, para contrarrestar intrigas españolas en el Congreso de Aquisgram, aquel fulminante alarde: «La República de Venezuela está combatiendo desde el 19 de Abril por sus derechos, ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos, ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres; por recobrar sus derechos soberanos, y por mantenerlos ilesos como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español».

Con los caminos del centro, de oriente y occidente cerrados por las fuerzas del enemigo, que subían a trece batallones de infantería, diez y siete escua-

drones de caballería, y que además tenían en su poder todas las plazas fuertes y las provincias más ricas y pobladas del territorio, fuera de los recursos que les venían del Virreinato y a veces de Cuba y Puerto Rico, Bolívar no se amedrenta. Es al contrario entonces cuando ensancha sus miras, y el pensamiento de Nueva Granada cobra relieve con las líneas firmes y claras de un plan trazado. Desde antes, y como una de las múltiples medidas que su pronta y amplia inteligencia le indicaba tomar en todas direcciones, había enviado un Agente a explorar las fronteras del Virreinato, subyugado y silencioso. Este comisionado regresó en compañía del Capitán Uribe, natural de Casanare, quien vino con el propósito de abogar ante Bolívar porque se protegiera y fomentara la revolución en esa provincia.

El Libertador entonces resolvió enviar a Casanare un Jefe que reconcentrara las partidas diseminadas en aquel territorio y organizase una división. Después de pensarlo bien, destinó al General Santander, a quien habían de acompañar Jacinto Lara y algunos oficiales granadinos. Llevaron una proclama de Bolívar en que se leían estas palabras: «Las armas libertadoras han probado a España que la América tiene tan justos vengadores como magnánimos defensores» y «El día de la América ha llegado, ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza....» y «Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela» y «El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad». Santander partió.

Despachada esta comisión, Bolívar, animado por Peñalver y de acuerdo con el Consejo de Estado, publicó el 24 de septiembre de 1818 el Reglamento en que convocaba al Congreso de Angostura para el 1º de enero de 1819. Luego pensó de nuevo en Caracas, en el centro, y tuvo la idea de organizar con Monagas, Bermúdez y Mariño un ejército en Oriente para ponerse a su cabeza y atacar a Morillo por la costa o

desembarcar en Ocumare de acuerdo con la escuadra del Almirante Brion, para invadir los valles de Aragua. Este propósito se deshizo por la ligereza y la emulación de Mariño y Bermúdez, quienes fueron derrotados antes de que el Libertador llegara. Bolívar, informado de lo sucedido en camino para Cumaná, regresó a Maturín, donde puso por obra reparar el desastre, y tomó luego la vuelta de Angostura con su plan malogrado.

Terminaba la estación de las aguas y Morillo principió a reunir en Calabozo sus fuerzas para la nueva campaña; en esta ciudad había en el mes de diciembre de 1818 siete mil hombres. Mientras el General español completa esta concentración, Bolívar sale de Angostura el 21 de diciembre a reunirse con el General Páez en San Juan de Payara. Ya le acompaña el Coronel inglés Rook, que debía morir admirablemente más allá de Pisba.

En San Juan de Payara organiza el Libertador un ejército de tres mil cuatrocientos hombres con Páez, Monagas, Anzoátegui, Cedeño; y meditaba ya iniciar la campaña sobre Calabozo, anticipándose a Morillo con una marcha veloz que le produjera las ventajas de su caballería, cuando recibió noticias de Angostura de la llegada de nuevas tropas inglesas. Además, avanzaba enero y había que acelerar la reunión del Congreso. Entonces cambió de plan: dejó a Páez el mando del ejército nombrándole General de División e instruyéndole para observar a Morillo ante quien debía retirarse siempre, y regresó a Angostura. En este viaje, cogida, como era su costumbre, la solapa o el cuello con la mano izquierda, y puesto el pulgar de la derecha sobre el ancho labio superior, dicta, ora desde su hamaca en la travesía por tierra, ya sobre las ondas del Orinoco, el Mensaje que había de pronunciar el 15 de febrero.

En este discurso el pensamiento americano es patente, la solidaridad de Venezuela con las demás regiones, principalmente con la Nueva Granada, asume consistencia práctica: están aquí los prelimi-

nares de la unión que será sancionada en este mismo año. En efecto, ¿quiénes son los autores de los terribles acontecimientos pasados? «Consultad — dice — los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero. . . .» Y luego: «Al desprenderse la América de la Monarquía Española se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo». Y después: «La América todo lo recibía de España. . . .» Los extranjeros que han suministrado armas, dinero y municiones a la revolución son «amigos de la humanidad, son los genios custodios de la América» y enseguida de la magnífica exposición de principios dice: «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos».

Después de todas estas ocupaciones y de haber emprendido el Congreso sus labores constitucionales, el Libertador envió al General Urdaneta a recibir en Margarita un nuevo contingente británico que llegaba, y a organizar las fuerzas locales que pudieran en un momento dado emprender campaña por el litoral de Barlovento sobre la provincia de Caracas; y luego, el 27 de febrero, se puso en marcha para reunirse al ejército de Apure.

A la sazón Morillo había hecho algunas jornadas adentro de los llanos en persecución de Páez, y éste, habiendo puesto en lugar seguro, buen trecho a retaguardia, su infantería, que mandaba el General Anzoátegui, daba el terreno a su enemigo, quemando las sabanas, recogiendo el ganado, cumpliendo como siempre a medias las órdenes del Libertador, y desplegando su táctica de asaltos y fugas admirables.

El brioso aliento del General español le condujo hasta Cunaviche, más allá del Arauca, donde comprendiendo que no podía contrarrestar la caballería de Páez, resolvió con su acostumbrada y valiente maestría, tornar a las posiciones que le guarecieran de los jinetes llaneros y le facultaran para emplear con provecho las buenas condiciones de sus cuerpos de infantes.

Reunido con el ejército, el Libertador pensó caminar derecho hacia el cuartel general de Morillo, tratando de ocultar en lo posible su marcha para sorprenderle sin que tuviera tiempo de concentrar las fuerzas que ocupaban posiciones distantes, y contando además por informes exagerados de Páez con que las tropas españolas estarían considerablemente mermadas por las sorpresas y penalidades de la campaña de los llanos. Pero el General apureño no convino tampoco en ese plan, sino que persuadió al Libertador de la conveniencia de seguir el método de campaña observado hasta entonces con tan buen éxito. En consecuencia, se decidió el ataque por sorpresa de la Gamarra contra la división de Pereira, que dirigió Páez valientemente, pero que, si bien hizo retirar en orden al enemigo, no produjo mayores resultados. Bolívar pasa el Apurito y se acerca más a Achaguas en son de reto a Morillo, y éste no tarda en salir a buscarle. Tras de algunas maniobras y habiendo llegado cada ejército a una ribera del Arauca, se produjo el sorprendente suceso de Las Queseras del Medio. Este combate, así como el de la Gamarra, después de su infructuosa campaña de los llanos, hicieron meditar al General español dentro de un prudente orden de ideas. Caminó en seguida la vuelta de Achaguas.

Bolívar pasó el Arauca para recoger ganados, y dirigiéndose con una escolta hacia un hato, vió venir una cabalgada. Era Morillo haciendo una recorrida, y cuyas tropas acampaban en el hato mismo hacia donde se encaminaba Bolívar. Hubo escaramuza, y ninguno de los dos caudillos pensó que habían estado

tan cerca el úno del ótro y que ambos habían corrido grave riesgo. Aquí sucedió que habiendo el Libertador ordenado al Coronel Alcántara que mandara a preparar las mismas embarcaciones en que habían pasado el Arauca, para repararlo, este oficial permaneció tranquilo anotando algo en una cartera que llevaba en la mano.

—¿No ha comprendido Ud. la orden que le he dado?—gritó Bolívar colérico.

—Sí, mi General,—contestó el Coronel Alcántara—pero estoy anotando primero la fecha en que ha cambiado la fortuna. Desde hoy nos acompañará la buena suerte.

Alcántara fué, hizo alistar las embarcaciones y comenzó el paso del ejército.

El General en Jefe llevaba entonces, en aquellas marchas de los llanos, junto con su pequeña lanza de banderola negra, sus pantalones de lienzo y su chaqueta de lana, una gorra de artillero. Los ingleses, que habían sido incorporados a la División de Anzoátegui, veían esta gorra con muy malos ojos, y la consideraban de pésimo agüero, atribuyéndole todas las penalidades de aquella fatigosísima campaña. Sucedió, pues, que la pobre, infausta gorra, cayó al Arauca y fué llevada por la corriente. Un sonoro, unánime ¡hurra! salió de los pechos ingleses. Como el Coronel Alcántara, los hijos de la vieja Britania sintieron que la fortuna se tornaba propicia.

El 21 de abril el ejército volvió a pasar el Arauca más arriba, guiando hacia Nutrias, con el intento de amenazar a Barinas, para ver si Morillo abandonaba su ventajosa y fértil posición de Achaguas. Efectivamente, acercándose ya la estación lluviosa, el español quiso dejar toda la comarca y el 1º de mayo pasó el Apure. Bolívar destinó algunos cuerpos de la caballería de Páez a picarle la retaguardia, mientras el ejército patriota recogía caballos, reses y lo demás que necesitaba para el caso de tomar cuarteles de invierno en Barinas. En estos momentos llegó el coronel Lara con pliegos de Santander,

quien había organizado su División y obtenido algunos triunfos en Casanare. El General granadino daba también informes acerca de la situación del Virreinato, que gemía bajo la férula española.

La invasión de Nueva Granada quedó al punto resuelta en la mente de Bolívar, e instantáneamente todos los factores que para otra inteligencia hubieran parecido adversos—las lluvias, los caminos imposibles, las montañas de verticales declives, las temperaturas extremas, el enemigo superior en número y dueño de fuertes posiciones—quedaron propuestos por el Libertador como razones de seguro éxito para la empresa.

Páez, en apariencia, fué ganado al insigne propósito y en el camino hacia Mantecal, en una choza medio caída del solitario caserío de Setenta, sentados en las calaveras de las reses que para racionarse había matado, no hacía mucho, una columna realista, calaveras que la lluvia y el sol habían limpiado, fueron también convencidos los otros jefes del ejército: Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique. El General Pedro León Torres no estaba en esta junta, lo que mucho le ofendió; pero sí estaba Iribarren, el hombre de los descuidos de Calabozo, quien, después de aprobar con entusiasmo el proyecto de invasión, trató de frustrarlo, induciendo nada menos que a desertar al cuerpo que mandaba él mismo.

En la noticia e instrucciones que desde Mantecal comunicó al Gobierno de Angostura, el Libertador dice: «Hace mucho tiempo que estoy meditando esta empresa y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele». Sin embargo, Bolívar no dijo a ninguno todavía el verdadero camino de la expedición: hablaba de marchar sobre Cúcuta y de que Santander se incorporaría entrando en aquella región por Soatá.

En Mantecal estaban los batallones de *Rifles*, *Barcelona*, *Bravos de Páez* y la *Legión Británica* y

los escuadrones *Húsares*, *Llano Arriba* y *Gulas*: eran dos mil cien hombres. El 25 de mayo desertó el escuadrón de húsares.

El 26 de mayo de 1819 el ejército emprendió la marcha: ese mismo día principió la estación de las lluvias.

El Libertador contaba treinta y seis años.

Mantecal demora en el corazón de los llanos. Afrontar desde aquella población la campaña de Nueva Granada que tuvo por término y fulgurante corona la batalla de Boyacá, en las condiciones y la época en que Bolívar la emprendió, es obra digna de los Conquistadores. Para responder a sus enemigos, los héroes de la Independencia, sobre todo en la parte septentrional de Sur América, desplegaron, con terrible precisión, desde la sanguinaria crueldad, hasta la intrepidez asombrosa, que ante ningún misterio ni peligro se detiene o vacila, de los aventureros del siglo XVI. Nariño, bajo los fuegos de Aimerich, hace pasar su ejército en taravita sobre los rugientes abismos del Juanambú y derrota luego al enemigo. Y para Bolívar los trabajos de la campaña de Boyacá no serán nuevos, pues en 1813 él había transitado ya con cuatrocientos hombres, que triunfaron al término de la marcha, el camino que va de Ocaña por Salazar de las Palmas hacia Cúcuta. Este camino es como la miniatura de la travesía de Mantecal a Socha: una planicie cortada por quebras profundas, y de pronto la serranía empinada, cuyas sendas no eran otra cosa que las grietas rotas por los torrentes, in-

transitables y a veces como túneles. La montaña no deja entrar el sol, por lo cual estos despeñaderos están siempre húmedos y resbaladizos; luego el filo de la sierra sobre barrancos en cuyo fondo se precipitan las aguas cubiertas de espuma y el aguacero perenne, convertido en tempestad a cada rato. Desde Mompox, Bolívar venía con fiebre. El paso de Salazar de las Palmas era un buen preámbulo para la campaña de 1819.

Mantecal radica en el propio corazón de los llanos, en la patria de los valientes de Apure, que tantas bellas jornadas consignaron a los anales de la República. No lejos, estaba el rancho primitivo de La Calzada, habitación de la juventud de Páez, y del cual no queda ni una ruina: cerca de aquel sitio apenas se ve hoy un horno de carbón, y a poco espacio, la pequeña colina desde la cual puede ahora disfrutar el artista un pintoresco panorama, y en cuya cima Páez atisbaba sin duda los horizontes contra la presencia del enemigo. A la distancia, el bosque, después llamado Templo de la Independencia, donde se guarecían Páez y sus lanceros en las horas de peligro.

El 26 de mayo de 1819 principió a llover en el momento de salir la tropa. Las sabanas empezaron a mojarse: la tierra seca chupaba el agua y los terrones iban poniéndose negros. En pequeñas lagunas, los *guiriríes*, al acercarse los primeros jinetes de la vanguardia, volaban sobre los caimanes dormidos. A lo lejos veíanse una que otra res alerta. Los paisajes eran desolados: el verano había calcinado la yerba, y la llanura cobraba un tono amarillento bajo las nubes que descansaban sobre la línea del horizonte.

En la copa, muy elevada, de algún árbol, se posaban *sargentos*, enormes pájaros de más de cinco pies de tamaño, con su pelado cuello de recia piel gris oscura, en cuya base resalta un ancho collar encarnado sobre las bellas plumas blancas.

Para los llaneros las distancias no existen en su sentido geométrico. Si de un sitio a otro hay más



de un día de camino, el llanero pierde la noción del espacio y la distancia se le desvanece en la inmutable amplitud de los horizontes. Así el soldado marcha sin la preocupación del punto de llegada, y sólo tiene sobresalto e impulso de huir, cuando a lo lejos divisa las montañas, que le parecen unidas con el firmamento.

El ejército caminaba lentamente por las sabanas al sur del Apure, cuyas arboledas ribereñas se divisaban tras los velos rayados de la lluvia.

En todo el camino la temperatura fué de 36° y 38°, salvo en las primeras horas de la mañana, cuando soplab del noreste una brisa fuerte y fresca.

Una tarde, los soldados vieron en la rama de un árbol dos reyes de *zamuro*, aves raras, con la cabeza roja, el cuerpo blanco, la cola y las puntas de las alas negras.

La gente comía de su pequeña provisión de *papelón* y un poco de *gofio*, junto con alguna carne fresca. En el aire, después de medio día, y a pesar de la lluvia, las moscas zumbaban. De vez en cuando se oían los gritos estridentes de los guacamayos. En un momento en que la velada luz del sol aclaró un poco, toda la tropa vió hacia el sur un miraje, mientras en el oeste relampagueaba. En algunas horas de la noche hacía frío, que los soldados aguantaban bajo su pobre ropa mojada.

No existían caminos ni nada que lo pareciera. La tropa marchaba por la llanura sobre *sartenejas*, sobre las huellas de los ganados, sobre los surcos de las pezuñas que forman canales de ocho y diez pulgadas de hondo, que ya principiaban a reblandecerse con el invierno y que en el verano están endurecidos por el sol. En el horizonte brumado véñese alguna vez grupos de palmas con su plumaje inmóvil. Las corrientes empezaban a hincharse y a inundar la faja de regular vegetación que borda los arroyos, y en la cual anida la caza. Pronto las planicies serán mares, los caños torrentes, los ríos cataratas. A medida que se adelanta, las sabanas van haciéndose

más pequeñas dentro de sus fajas de árboles, y las que no hace mucho eran charcas medio secas, son ya grandes lagunas.

Las avanzadas entraron en la gran selva tras de la cual estaba la ciudad de Guasqualito, que hoy ya no existe y fué sustituida por Periquera, en la orilla del Apure.

La antigua ciudad de Guasqualito estaba muy bien emplazada sobre terreno salubre. Hoy no se ven allí sino varios montones de ladrillos y algunos trozos de pared donde estaba la iglesia. Aquí el ejército descansó y hubo más y mejor alimento.

Bolívar manda someter a juicio a Renato Pérez por varios crímenes y comunicación con el enemigo. Durante la marcha de Mantecal a Guasqualito se trató de corromper a los llaneros en una intriga contra la autoridad del Libertador, pero descubierto el plan, no pudo llevarse a cabo. Páez debía sustituir a Bolívar.

En Guasqualito el Libertador no dice todavía francamente su verdadero plan al Gobierno de Angostura. No era sino Páez, con una columna de caballería, quien había de ir sobre Cúcuta por la montaña de San Camilo, para llamar por aquel lado la atención del enemigo. Cuanto a Bolívar, debía dirigirse con la infantería por Casanare, donde se reuniría con el General Santander, y ocupar luego a Chita, que era la mejor entrada del Virreinato.

Al Vicepresidente del Estado ratifica el conferimiento de toda la autoridad militar sobre las provincias de Oriente, que le había hecho desde Mantecal, y ratifica también a Bermúdez su nombramiento de general de división y de Jefe del Ejército de Oriente, recomendándole de nuevo los consejos tácticos que le ha dado para las marchas y los combates.

El 4 de junio el ejército sale de Guasqualito guiando hacia el Arauca, con una temperatura de 38°. Páez queda en aquella ciudad para de ahí emprender su movimiento sobre Cúcuta. De Arauca le renueva el Libertador un extenso pliego de instrucciones detalladas.

Los relámpagos se suceden sin tregua y el aguacero se ve cerrado hacia el sureste. Hay más bosque diseminado en la sabana, y durante un buen espacio dejan de verse las líneas de árboles que indican corrientes de agua. La sabana es un lago. El paso del Arauca se hizo sin mayores contratiempos, en canoas y grandes balsas reunidas sobre la marcha.

De Arauca salen también comunicaciones para Santander en Tame y para Urdaneta en Oriente; a éste llamándole. A la sazón llegan 200 bestias enviadas por Páez. Bolívar le dice: «En lugar de los 300 caballos mansos que debieron venir de ese lado con el ejército, resulta ahora que no han venido sino 200, no caballos sino yeguas, que además de ser cerreras, son abominables e inútiles, porque no solamente están flacas sino sarnosas. Así es que no se han podido apartar de ellas ni las que necesitan los oficiales de infantería, que marcharán a pié de aquí porque no hay una sola bestia que pueda servir. Es bien extraño que habiendo 1.600 caballos útiles ahí, de los cuales he tenido la moderación de no pedir sino 300, no se me hayan podido dar. Mejor hubiera sido que no se me hubieran ofrecido, porque a lo menos no habría contado con ellos para la marcha, y no sería tan sensible su falta. Yo espero que usted averigüe la causa que ha habido para esto, y de qué ha dependido, para que ponga Ud. el remedio.» Esta carta no puede ser más elocuente: revela de qué manera y de cuántas clases eran los inconvenientes, embarazos y oposiciones que tenía que vencer el grande hombre. Quizás no es aventurado afirmar que las dificultades se presentaron bastantes a desalentar la voluntad más firme y la inteligencia más segura de sí misma.

A poco dió el ejército en el caño de Guaratarito, de riberas despobladas de árboles. La corriente ha labrado a mucha profundidad su lecho, dejando taludes muy altos que ahora rebozan de agua. El paso fué difícil. La temperatura era de 38°. Los soldados cogieron algunos *chigüires*, de sabrosa carne. En una corta escampada el sol brilló y pudo verse

hacia el sur otro claro miraje. Luego los chubascos arreciaron y los truenos llenaban el espacio.

Entraban ya en la tierra de los Yaururó, indios bravos, que no se dejaron ver, yéndose hacia las regiones altas del Lipa y el Ele, para evitar el encuentro con la tropa.

La marcha es ahora por un desierto absoluto, por terrenos cubiertos de agua y el cielo de tempestades. Se cruzó sin novedad el caño de la Bendición, de orillas pobladas de bosque, y luego el ejército entró en una extensa llanura, un mar cubierto de yerba tan alta, a pesar del verano recién ido, que cubría la cabeza de los hombres. Las garzas volaban al acercarse la tropa y se perdían en el aire lejano. Los soldados contemplaban estas aves de pecho blanco y cola negra, y cuyos ojos brillan en medio de un círculo escarlata.

Los ríos Lipa y Ele, crecidos extraordinariamente, habían unido sus aguas y toda la comarca era un estuario, donde los caimanes huían al ruido de la gente. Los baqueanos tentaban poco a poco para no caer en la impetuosa y ancha corriente turbia de los cauces profundos. Los soldados iban calados hasta los huesos y no había esperanza de secar la ropa, con el sol siempre oculto. Los bosques tendidos a lo largo de las riberas son indicadores de los taludes que descienden casi verticalmente hasta 15 y 20 piés. ¿Qué se han hecho los jaguares del llano? Han desaparecido al sentir cómo se aproximaban estos terribles jaguares de la gloria.

En la noche, junto con el aguacero, venía de lo alto un frío penetrante, después de los calores de la jornada.

Más allá de los dos anchos ríos extiéndese la llanura inmensa, con el piso de pantano, llena de agua y de altas yerbas. El soldado tapaba como podía la cazoleta del fusil y la munición con sus andrajos húmedos. En esta grande sabana quedaron muertos algunos bagajes. En varios sitios, que cuando el verano eran peligrosas charcas, los peones

caminaban millas con el agua más alta que la cintura y enredándose las piernas entre los bejucos. Después de las charcas cruzaban la llanura los caños, convertidos en torrentes. Los guías tanteaban con lentitud bajo una temperatura de 35°.

Bolívar, envuelto en su amplia capa salpicada de lodo, ora taciturno, decididor en ocasiones, adelantábase a veces y luego retrocedía para dirigir palabras de aliento a los soldados. Los ingleses, veteranos de Warteloo, ¿qué pensarían mientras caminaban silenciosa y trabajosamente por aquellos horribles pantanos? Siguiendo a su General, que parecía una columna de resplandores heroicos, ellos pensaban sin duda en la gloria, y en el asombro con que las generaciones venideras contemplarían su empresa. La derrota no entraba en sus ideas: la elocuencia de Bolívar era un documento para el triunfo.

Los soldados cogen de vez en cuando algunos dátiles que todavía quedaban en las palmas. El horizonte de la sabana iba limitándose con más frecuencia por las líneas de árboles que bordan los cursos de agua. La cordillera, de donde bajan hinchados por la lluvia, no está lejos. Los baqueanos caminan orientándose por estas fajas de alta vegetación.

Algunos días, en ciertos momentos, el nublado del cielo veíase alto, el cielo todo nublado, como cubierto con una tela gris, a través de la cual estaba el sol como un pálido círculo de claridad blanca. Después, en otros días semejantes, en el ambiente un poco lívido, aparecían a la derecha las primeras montañas, de un azul oscuro, sin nieblas ni nubes, y marcándose claramente las quiebras y vertientes en las sinuosidades de las faldas. La yerba cubre de un todo la gente. Principian a zumar los tábanes. Vadear el Cravo fué quizás más laborioso que el paso de los otros ríos. A veces a lo lejos se ve saltar un venado y huir entre la yerba ondulante bajo el viento que al caer de la tarde sopla del noreste. Viento feliz que siquiera en estos momentos se lleva los mosquitos y zancudos.

Algunos árboles están florecidos; unos, muy altos y enteramente cubiertos de flores amarillas, nos parecerían ahora enormes crisantemos. En otros se veían orquídeas.

La tropa continúa marchando lentamente, por entre la yerba de un alto desmesurado. La llanura parece infinita. Algunos paújics gritaban. El pantano es más hondo y la inundación completa. ¿Es imposible caminar adelante? El río Totumito está invadable. Semeja una catarata tendida, pero los soldados de Bolívar pasan. Y no es el Totumito solamente: los caños se multiplican como venas furiosas dentro de la inundación. Los árboles se ahogan tristemente bajo la lluvia interminable. En estos sitios han desaparecido las aves: míranse no más uno que otro pato volando muy alto y medio loco.

El bosque va cerrándose y haciéndose más tupida la maleza. Los soldados, nadando a menudo, tienen que abrir picas. Y con la noche viene un frío mortal para la gente mojada. Los cuarenta piés de ancho del caño Guata y sus ocho de fondo se han multiplicado: pero no es este obstáculo el que detendrá al ejército. Los caimanes huyen en todas direcciones cuando los soldados de la vanguardia se tiran al agua. Hay que tener cuidado con los *caribes*: son millares y una peladura en la pierna es la muerte. El agua, puro fango.

Los cuerpos fueron llegando al paraje del Limbo con un cansancio absoluto. La tropa come alguna carne sin sal, de las pocas reses que han llegado.

El 12 de junio, Bolívar se reúne con Santander en Tame. De aquí le dice a Páez que debe ocupar a Cúcuta del 25 al 27, pues él estará en Sogamoso para esa última fecha. No habla de su avance por Pisba, sino por el camino de la Salina. Después de reconcentrar el ejército en Tame, continuó la marcha por en medio de la inundación perenne hasta Pore. Todas las vertientes de la cordillera son cataratas que arrastran piedras. El calor, quemante. Algunas alondras cantan en los pequeños claros de la lluvia.

El 22 de junio principian a trepar las montañas. Los llaneros sintieron el horror de tal camino y muchos desertaron. El grupo entero de Carvajal huyó al pie de los Andes. Las divisiones comenzaron a marchar por los desfiladeros de una manera increíble, como sobre los dientes resbaladizos de una sierra. No hay ganado, y las comisiones que salieron hacia Nunchía y la región de Tocaria, en su busca, no llegan.

De vuelos de roca sobre abismos el sendero sale a gargantas de seiscientos piés de profundidad, para luego entrar en la selva tropical de árboles grandiosos, gigantescas trepadoras, enormes helechos y plantas raras y orquídeas. Las rocas están cubiertas de musgo empapado en agua donde resbala el pie.

Los *araguatos* huyen vociferando al aproximarse la tropa. En algunos momentos, cuando acorta la lluvia, se ven a la derecha y por sobre las nubes los picos de los Andes, y a la izquierda la inmensidad de los llanos, con los ríos marcados por las líneas de bosque de las riberas.

No cesa de llover ni de retumbar el trueno en la serranía. Las oscilaciones de la temperatura son rápidas. Bolívar contempla la desproporcionada iglesia de Morcote, construída sobre aquella cumbre a manera de santo atalaya del poder español. Una piedra cuadrada tenía inscritos el nombre del Rey Carlos IV, el del Virrey Ezpeleta y el año de 1795.

En Morcote hace alto Bolívar: allí siquiera tiene plátanos que dar a su gente. Manda orden a Santander, que lleva la vanguardia, para que se detenga en Paya. Si viene algún ganado le mandará reses. En aquel camino no hay lugar donde puedan reunirse las divisiones; y el ejército avanzaba sobre los imponderables obstáculos como una hebra palpitante de dolor y heroísmo.

El ejército siguió la marcha que fué cada vez más terrible. La tropa caminaba de uno en fondo generalmente, removiendo los animales muertos delante, junto con los troncos y piedras que obstruían

el angosto sendero, deleznable y resbaladizo. Los hombres iban por las grietas que producen los torrentes de las montañas, grietas profundas, cortadas del ancho de un hombre, que tenían por taludes muros de roca. ¡Y es un ejército de invasores el que por aquí va caminando! El agua es sumamente fría, y los llaneros al tomarla tuvieron la diarrea. En los intervalos del aguacero se ven todavía los llanos de Casanare. Después la lluvia se vuelve tempestad, los rayos penetran la montaña y el trueno va retumbando en las hondonadas henchidas de niebla.

Aparece Paya en el fondo del valle, mientras las montañas se levantan entre las nubes hasta el páramo de Pisba. Es el 27 de junio.

En Paya existe un fuerte que guarnecen ahora trescientos españoles. El fuerte domina la ciudad y el camino que sigue hacia el páramo, pero a su vez está dominado por colinas que se levantan al norte y al este. A la izquierda, el camino montañoso de Labranza Grande.

Santander, con una parte de su división, marchó por las colinas de la derecha y bajó al bosque situado a la espalda del fuerte, mientras el resto atacaba de frente y simulaba luego una retirada, que hizo salir a los españoles de sus parapetos, los cuales ocupó Santander en seguida por retaguardia.

La posición era formidable: Bolívar escribió que allí cien hombres hubieran podido detener a diez mil. El enemigo huyó hacia Labranza Grande, y no pudo ser perseguido porque cortó a su paso el puente del Paya, río que no da vado y además estaba en aquel momento sumamente crecido.

En Paya el ejército acampó. La marcha de un mes entero por los llanos inundados y las montañas inaccesibles la calificó Bolívar de "prodigio de la buena suerte". Faltaban todavía nuevos prodigios de valor, de constancia, de intrepidez y resistencia. Y mientras las penalidades de la campaña eran más crudas, el Libertador quiso hacer la guerra más humanitaria. Como en Paya no podía ocultar su mar-

cha por más tiempo, anunció en una proclama: «Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aún éstos perecerán, si no es en el campo de batalla.»

El 2 de julio el ejército emprendió de nuevo el camino. Llevaba raciones de carne y *arracacha* para cuatro días. El sendero continuaba intransitable y en ocasiones el pobre soldado tenía que arrojar el bastimento para desembarazarse de su peso y atenderle solamente al fusil y a la cartuchera. Las pocas bestias que habían sobrevivido hasta Paya, perecieron ahora. Pronto pasaron las divisiones por el caserío de Pisba. Siéntese ya el aire funesto. La vegetación alta cesa y la yerba es pobre y dura. Casi a media noche se ha llegado a lo que parecía imposible: Bolívar y su ejército están en la orilla del tenebroso páramo, a diez mil pies sobre el nivel del mar. La humedad y el frío son implacables.

El páramo de Pisba es una parte del helado, húmedo desierto que ocupa las cimas de la cordillera. Sus principales características son el descenso de la temperatura, nieblas pesadas, extensos pantanos, una miserable, solitaria vegetación de plantas espinosas, lodazales frigidísimos, pequeños collados cubiertos de yerba áspera y la ausencia casi absoluta de toda vida orgánica. En las nubes se ven como pequeños lagos de un hermosísimo color rojo, que parece siniestro en contornos tan tristes y glaciales. La tropa no podía darse cuenta de que las colinas que se ven levantarse sobre el plano general del páramo, son en realidad cumbres de los Andes, que están a doce y catorce mil pies sobre el nivel del mar.

Aquella noche fué de irresistible frío y espanto. Era imposible hacer lumbre, porque acampado el ejército a la intemperie, la lluvia, el granizo, el viento tempestuoso y helado que no cesaron, apagaban todo fuego. Y las tropas casi desnudas: se puede suponer sus padecimientos recordando que venían de los llanos, de donde casi todos eran naturales. La temperatura estaba en 1º bajo cero.

El día siguiente, a franquear el páramo. Había que caminar como en escalera resbalosa, por espesos pantanos, avanzando cada vez más en el espantoso desierto. El viento arrastraba vertiginosamente las nubes en torno de los soldados.

Los hombres caían y a los pocos minutos estaban muertos. A varios se les pudo salvar azotándoles y frotándoles con las hojas de los enanos arbustos que había de trecho en trecho: y el solo contacto de las hojas daba miedo, como si estas hojas llevaran en sí el espíritu lúgubre del páramo.

Vencido por el cansancio, el futuro general O'Leary, a la sazón ayudante de Anzoátegui, se había sentado en el suelo, cuando vió detenerse allí cerca un grupo de hombres formando círculo. Al preguntar lo que ocurría, le dijeron que la mujer de un soldado del Batallón *Rifles* estaba con dolores de parto. A la mañana siguiente, a retaguardia del Batallón, esta madre caminaba con su recién nacido en los brazos.

Números y clases, todos iban diseminados por el ancho, sombrío trayecto, entrando con temor supersticioso en los siniestros pantanos traidores. En la noche de ese día otros muchos soldados murieron.

Al pasar la cumbre, que tiene trece mil pies de altura, iban entrando los hombres en un estéril valle, algo defendido ya del viento helado y húmedo. La bajada es pendiente, pero no presenta las dificultades del otro lado del páramo. Las nubes siguen andando en torno de los soldados. La marcha es todavía horriblemente triste. Todo el ejército tiene dolor de cabeza.

Bolívar se adelantó para ir arengando los grupos que se juntaban al bajar del páramo. Exaltando las terribles penas y peligros que habían superado, la maravillosa palabra les pintaba como empresa fácil y secundaria el vencer al enemigo ahora, en las campiñas fértiles y abundantes de todo recurso que ya principiaban a divisarse.

El 5 de julio, la vanguardia estaba en Socha, primer pueblo de la Provincia de Tunja, y el 6 llegó la división de Anzoátegui. Los soldados del ejército patriota no tenían retirada. Volver los ojos hacia las alturas que dejaban atrás, llenas de sombras, de terror y de siniestros presagios, era decidir la victoria ó la muerte, nada más: al enemigo, por amenazador que se presentara, se le cobrarían tantos padecimientos.

Los habitantes de la comarca contemplaron con asombro y susto a estos hombres que bajaban de la misteriosa cordillera, demacrados, cubiertos de trizas, hambrientos y agresivos.

¡Laboriosos campesinos, tened! ¡Son los libertadores que llegan!

LAS FUNCIONES DE ARMAS

Los soldados principiaron a secarse al sol, bebieron un poco de chicha, fumaron algún tabaco, mientras el General desarrollaba su incomparable actividad, preparando las maniobras de la invasión y del ataque al enemigo.

¿Caballos? Muertos en el camino y en el páramo. Cuando las tropas entraron en los bellos campos de Tunja, no se oían los relinchos de los ágiles potros que los llaneros domaron y que son para el soldado como el complemento de los cantos del clarín. ¿Provisiones? Las que adelante hubiera. Y los fusiles estaban descompuestos y medio ejército necesitando el hospital. En cambio, cuatro mil soldados guarnecían la frontera de Casanare con Tunja y Cundinamarca, y en Santa Fe y otros puntos estaban tres mil hombres bien mantenidos y disciplinados.

Mas, no fueron solamente los moradores de la comarca los que vieron con susto y asombro aquella bandada de aves de presa descender, enflaquecidas por el hambre, de las solitarias cumbres de la Cordillera: los soldados realistas sintieron también el infausto augurio de ver levantarse frente a ellos un peligro de contornos casi fantásticos. Pero tal amenaza no arredra el ánimo de los hombres que llevan

en sí parte, siquiera mínima, del espíritu que ha llenado la historia de grandes hechos.

En verdad, cuando los españoles, por vagas noticias recibidas, suponían a Bolívar en Pore, probablemente imposibilitado de moverse por el rigor de la estación, por la incertidumbre de la campaña y por las dificultades del camino, los patriotas ponían el pié, desnudo y todavía helado de las charcas del páramo, en el suelo tibio y alfombrado de césped del territorio de Tunja, y con una victoria preliminar ya obtenida en Paya.

Por su parte Morillo no deja de tener informes del movimiento patriota, y más por prudencia que como medida perentoria, envía refuerzos a la frontera, pensando también que Bolívar, a pesar de su habilidad y su ímpetu, y talvez a causa de lo mismo, estaría hundido en los pantanos de Casanare, sin esperanza de salida.

Barreiro, el Jefe divisionario español, no se duerme ni vacila. Reemplaza inmediatamente con nueva recluta sus bajas de hospital o deserción: distribuye pres con palabras de lisonja y ofrecimientos de botín: dice a las tropas que aquellos grupos desarrapados vienen huyendo del General Morillo, quien les pica la retaguardia, y la moral de las fuerzas de ocupación en la Nueva Granada hízose tan firme, que ni un solo individuo se pasó a los patriotas cuando estos llegaron y dieron principio a sus movimientos.

Pero estos movimientos demostraron la eficacia del Hombre que los ordenaba. El Coronel Lara, notable por su actividad y obediencia, sale a recoger mulas y toda clase de bestias para ir a buscar las provisiones, las armas, los pertrechos, los enfermos y los rezagados que habían quedado en el camino y en el páramo: diferentes comisiones salieron por todos los campos vecinos a reunir caballos y ganado: instalóse un hospital tan bien organizado como se pudo, y los espías tomaron los rumbos convenientes para cumplir su oficio.

Barreiro estaba con mil seiscientos hombres en Sogamoso. Bolívar destacó el 7 un piquete de *Gútas* de reconocimiento, al cual sorprendió e hizo preso el destacamento realista que guardaba los Corrales de Bonza, hacia donde avanzó Barreiro inmediatamente. Los patriotas salieron a su encuentro, con unos cuantos caballos, los muy pocos que habían podido reunirse, pero el enemigo continuó adelante hasta encontrarse con la división de Santander, que llevaba la vanguardia. Barreiro entonces ocupó la altura de Peña de Tópaga, teniendo el río Gámeza de frente. Cuando amaneció vino a tantear de nuevo el terreno, y encontrando a los patriotas acampados en Tasco, regresó a sus buenas posiciones.

Pensando Bolívar que Barreiro, como era natural, estaría recibiendo día por día refuerzos de los diferentes acantonamientos de su división, mandó atacarlo, aún en las fuertes posiciones que ocupaba. El enemigo defendió el puente del Gámeza, pero se retiró de nuevo. Este combate principió a las 10 de la mañana y terminó al llegar la noche: las pérdidas fueron iguales. Santander recibió el golpe de una bala perdida.

Bolívar principió a comprender que Barreiro quería mantenerse a la defensiva en las buenas posiciones que dominaba, mientras iban llegando los refuerzos. ¿Era esto una ventaja para los patriotas? Sin duda, puesto que les ponía en posesión de la defensiva dentro del propio terreno del enemigo, lo que significaba una supremacía de ánimo y desde luego un estímulo para la tropa. Pero tal situación entrañaba también grandes peligros, pues Bolívar podía verse, de un momento a otro, enfrentado por fuerzas de superioridad decisiva.

El Libertador entonces reconcentra, organiza sus tropas y da comienzo a su propaganda. Los agentes movían el espíritu de las poblaciones excitándolas a levantarse para favorecer a los que venían a independizarlas. Mientras aumentaba la recolección de bagajes, los revolucionarios fugitivos y los que

se mantenían ocultos, principiaron a comparecer en el campo de los invasores. Los campesinos empezaban a tranquilizarse y abrían ya los brazos a las patrullas bolivianas: poco a poco la opinión iba manifestándose favorable a la causa patriota.

Pero el enemigo estaba de frente, sobre sus posiciones inexpugnables para la pequeña fuerza de Bolívar: por lo cual, éste, y afortunadamente sin ser molestado, hizo un movimiento de flanco y entró en el fértil valle de Santa Rosa, donde pudo abrir comunicaciones con las provincias del Socorro y de Pamplona.

Evidentemente, se mostraba el General Barreiro un poco pesado ante su enemigo. Tal vez era esto consecuencia de la impresión moral producida en las tropas realistas por la llegada increíble del ejército libertador, impresión que Barreiro desearía ir desvaneciendo al mantener sus soldados a la vista y en contacto de los recién venidos, para que pudieran ver cómo eran simples hombres y no entes del otro mundo.

Entretanto, los patriotas bajaban al valle de Cerinza, lleno de belleza y de recursos de todas clases. La impresión de los oficiales ingleses que iban mezclados en los cuerpos criollos fué muy agradable, pues entraban de pronto en un país de aspecto civilizado, saliendo de los horrores de la marcha. Con el halago a los ojos, recibió también el ejército la contribución de los habitantes al alivio de sus necesidades: caballos, aguardiente, comestibles, tabaco, alpargatas.

La satisfacción de los primeros menesteres aumentó el aliento y el valor de los soldados. El General Santander escribió: «Aquello no fué Capua para nosotros.»

Barreiro abandonó sus posiciones de Tópaga y vino a ocupar otras no menos fuertes a la vista de los espaciosos campos de Bonza. Había ya concentrado casi todas sus fuerzas inmediatas y Bolívar pensó que la batalla era inminente. Principiaron las escaramuzas y los amagos de movimientos, pero el

General español aparentaba todavía notable desgana. Como en tiempo de feria, los caminos de la llanura de Bonza estaban llenos de gente que iba y venía, en amistoso comercio con el campo independiente.

A Bonza llegó la brigada del Coronel Rook, que había quedado en Paya cubriendo el camino. ¿Quién es el Coronel Rook?

O'Leary pinta bien el carácter del interesante guerrero británico. Había llegado a Venezuela en el contingente traído por el Coronel Wilson, el propio Coronel Wilson que al parecer se adaptó tan prestamente al medio, que, apenas llegado al ejército de Apure, compuso aquel paso de comedia que se representó en la sabana para nombrar a Páez Capitán General de la región y probablemente luego de la República.

Rook llegó a tiempo, junto con sus compañeros, para la expedición de Nueva Granada, y se le incorporó a la división del General Anzoátegui. Era dechado del excepticismo benévolo y amable o del optimismo absoluto. Todo lo encontraba perfecto, nada merecía una censura de su parte, al contrario de su jefe Anzoátegui, quien era descontentadizo y violento. La única contradicción que se le vió fué con el médico mayor del ejército, Doctor Foley, su compañero y compatriota. En Pore discutían sobre cual de las dos capitales, Caracas o Bogotá, era la mejor. Rook sostenía que Caracas, Foley que Bogotá. En camino ya de someter el asunto a la decisión de las armas, alguien intervino para recordarles que ninguno de los dos, no sólo no había visto las capitales en disputa, sino que no había leído siquiera sobre ellas absolutamente nada. Rook apaciblemente convino en que la observación era razonable. Cuando llegó a Bonza fué a saludar a Bolívar. Encontróle sentado en un baúl con su almuerzo de munición por delante. Rook le felicitó por la mejoría que se notaba en el ejército después de la horrible prueba de la marcha. El Libertador le preguntó cómo había llegado su brigada: la respuesta fué que

sus hombres no sufrieron nada en el páramo. Bolívar le invitó a compartir su almuerzo, comida que naturalmente le pareció a Rook exquisita, y en ella estaban, cuando acertó a llegar el General Anzoátegui, con el peor talante posible.

—¿Qué novedad hay, Anzoátegui?—le preguntó Bolívar.

—¡Cómo si las hay!—contestó el admirable barcelonés—¿no ha tenido S. E. noticia de la situación en que han llegado los dragones de Rook?

—Sí que la tengo—dijo el Libertador—su Coronel mismo acaba de decirme que no tuvo ninguna pérdida.

La verdad era que una cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales habían quedado muertos en el páramo.

—Es cierto,—admitió Rook con perfecta serenidad—pero también es cierto que merecían su suerte, porque tales individuos eran los de peor conducta y la brigada no tendrá ya su mal ejemplo.

El Libertador no contuvo la risa, mientras Anzoátegui permanecía cejijunto.....

El enemigo continuaba inmóvil en sus posiciones, y viendo el jefe patriota que no podía traerle a combate, hizo un movimiento para flanquearle por el ala derecha. El 25 de julio, amaneciendo, empezó a pasar la tropa, en canoas y balzas rápidamente allegadas, el río Sogamoso, que corta la llanura de Bonza y ahora estaba sumamente crecido por el invierno, y a medio día orillaba el Pantano de Vargas, cuando apareció el enemigo coronando las alturas del frente. Barreiro había venido a ponerse delante del Libertador y a esperarle a la defensiva.

Había movido todas sus tropas disponibles, fuertes de 3.800 hombres, sobre las colinas y el valle que demoran al sur del Pantano de Vargas: la caballería fué colocada en el llano y la infantería en las alturas dominantes del camino que forzosamente pasa muy cerca y por la orilla del Pantano.

La posición de Bolívar no era favorable, y para rectificarla hizo que Santander subiese a unas colinas situadas a su izquierda, en tanto que su derecha, con la infantería de Anzoátegui y los jinetes de Rondón, quedaba protegida por el Pantano.

Bolívar ordenó su ataque tanto a lo largo del camino entre las montañas y el Pantano, como por las colinas de su izquierda. El combate se inició recio, encarnizado. De pronto, Barreiro ve llegar quinientos hombres más que venían en su auxilio.

Ahora, Barreiro corresponde con gran voluntad y principia el combate con el *Batallón Primero del Rey* sobre la izquierda patriota, buscando las alturas que Santander ocupaba en ese momento y que no pudo conservar, mientras que el centro español atacaba con tan fogoso ímpetu, que los batallones *Rifles* y *Barcelona* retrocedieron.

El ejército estaba flanqueado por la izquierda y a todas luces en grande peligro. Acudió Bolívar a detener y juntar la división derrotada, mientras daba orden al coronel Rook para que con la *Legión Británica* disputara las alturas que ya ocupaba el enemigo en lugar de Santander. Mientras el inglés cumplía brillantemente, Barreiro, muy en su puesto ya, mandaba un vigoroso ataque de infantería y caballería al centro de la línea patriota, que principiaba también a ceder cuando Bolívar empleó, en una espléndida carga, su pequeña brigada de caballería. En aquel momento crítico, Rondón «aún no había peleado», y el Libertador le dijo: Coronel! Salve Ud. la Patria! Esta caballería constaba solamente de ciento cincuenta jinetes organizados en la misma provincia de Tunja. La mayor parte carecía de aperos. Cuando estos soldados atravesaron el páramo, fueron dejando las monturas junto con sus caballos muertos: algunos tenían silla sin estribos: otros no tenían brida sino simples bozales. En cambio, la caballería de Barreiro sumaba seiscientos hombres y estaba equipada con todos los necesarios aprestos: traía pistolas, carabinas y sables. Los llaneros blandían sólo sus lanzas.

Bolívar no podía ganar ni un pie de terreno y el General español a su vez ordenó una carga de caballería. Para entonces, la mayor parte de los caballos patriotas estaba ya por la derecha empujando junto con la división de Anzoátegui, pero al lado de Bolívar había un pequeño grupo de jinetes. Estos jinetes cargaron de frente sobre toda la caballería española que venía por la izquierda ocupando a seis en línea el ancho del camino.

El pequeño, arrojadísimo grupo, cayó sobre la columna realista con tal valentía que produjo la confusión en las primeras líneas, mientras que las otras avanzando detrás, aumentaron el desorden. Los jinetes, encerrados entre la montaña por su izquierda y las paredes de adobe que bordaban la derecha del camino, se vieron en gran dificultad para desenredarse de la masa en que se habían convertido por la impetuosa carga del puñado de patriotas.

Bolívar comprendió que había llegado el instante decisivo y ordenó un nuevo ataque general sobre la línea española, con el resultado de que ahora los realistas cedieron el campo.

La batalla estaba ganada, cuando anocheciendo sobrevino un gran aguacero que impidió a cada combatiente observar las maniobras del contrario. Cayó la noche y cubrió la retirada de los españoles, de manera que no hubo prisioneros.

Rook ocupando las colinas a punta de bayoneta, el ataque de los realistas al centro independiente detenido y contestado con el violento empuje de toda la infantería y de los jinetes de Rondón, el grupo de caballeros patriotas rompiendo de frente la columna montada realista por el camino de la izquierda, habían ya cambiado la suerte que tan impropicia para los patriotas se mostró des veces en esa jornada, cuando principió la lluvia y cesó el combate.

Las bajas fueron mil seiscientos hombres de los dos bandos. El Coronel Rook cayó también al coronar su posición, cuyo dominio puso a cubierto la izquierda de la línea boliviana. El gallardo inglés

recibió una herida en el codo del brazo izquierdo. Bañado en sangre, llamó a un oficial que pasaba cercano y le preguntó si el General Bolívar estaba satisfecho de su conducta. El oficial, a la vez que le auxiliaba, le contestó que el Libertador consideraba heroico su comportamiento.

—Tiene mucha razón—dijo Rook suspirando. Mas O'Leary observa que lo mismo habría respondido si le hubiesen dicho lo contrario.

El Coronel fué conducido a la casa de Bonza donde tenía el Libertador su cuartel, y cuyo piso ha conservado hasta recientemente manchas de la sangre allí dejada por los heridos de Pantano de Vargas.

El día siguiente, sobre un banco de madera, le amputaron el brazo, mientras con tranquilidad y humor hablaba de la bella mano que se perdía. Cuando terminó la operación tomó el brazo cortado, y levantándolo por sobre la cabeza, gritó: ¡Viva la Patria! No se le pudo salvar la vida.

Los miembros de la *Legión Británica* recibieron la Cruz de Libertadores por su conducta en el combate.

Como se ha dicho, las pérdidas de ambos combatientes fueron grandes. La división de Anzoátegui quedó casi aniquilada. Barreiro, esperando refuerzos de Santa Fe y aún de Morillo, no aceptó la nueva pelea que le ofreció Bolívar el día siguiente, y el 27 se retiró a Tasco.

Bolívar redobló sus esfuerzos.

La falta de Páez a la combinación por Cúcuta le dejaba sin apoyo por aquel lado. Pero la enorme potencia intelectual puso a contribución todas las probabilidades y a los pocos días el ejército tenía suficientes municiones de boca y de guerra y 800 reclutas incorporados.

El 3 de agosto buscó al enemigo. Barreiro evacuó a Paipa, a donde se había retirado desde Tasco y colocó sus avanzadas en el camino de Tunja. Esa noche, Bolívar con su fuerza de 2.800 hombres cruzó el Sogamoso y fué a situarse a poca distancia del

enemigo, pero el día siguiente retrocedió a sus posiciones de Bonza. No bien cerró la noche, levantó de nuevo el campo, repasó el Sogamoso y caminó derecho hacia Tunja por la vía de Toca. Eran las once de la mañana el otro día cuando ocupaba la ciudad, haciendo prisionera la guarnición y fallando de batir al batallón 3º de *Numancia* y a una brigada de artillería, que pocas horas antes habían salido a reunirse con las tropas de Barreiro.

Este quedó azorado con el imprevisto movimiento de Bolívar, que amenazaba interceptarle la comunicación con Bogotá. Sin embargo, ese no era todo el pensamiento del Libertador. Semejante a Temístocles, había ideado una estratagema para producir la batalla en tiempo y lugar para él ventajosos. El ilustre ateniense, vencido por la mayoría del consejo de oficiales, que opinaba por sacar la escuadra del estrecho de Salamina, contra el firme convencimiento de Temístocles, envió un hombre al enemigo para decirle: «Temístocles, General de los atenienses, es secretamente afecto al Rey de Persia; me envía a decirlos que los griegos no desconfían de nada, y que podéis cerrarles las dos extremidades del estrecho, y cercados así, se les vencerá fácilmente.»

Los vencidos fueron los persas, porque aquel campo era favorable a la estrategia de Temístocles y a la salvación de su patria.

De igual modo, Bolívar, al ocupar a Tunja, envió un diestro espía cerca de Barreiro para decirle que los patriotas, maltrechos por la campaña y los anteriores combates, permanecerían algún tiempo en Tunja tratando de reponerse: y después de haber informado así al General español, escapó el espía en la noche hacia el campamento de Bolívar para comunicarle que Barreiro se proponía no atacar a Tunja, sino moverse lateralmente para llegar pronto a la capital o tomar posiciones entre Bogotá y los independientes. Los movimientos de ambos ejércitos tenían en aquellas circunstancias el mismo fin: interponerse cada uno entre Bogotá y su enemigo.

Para el Libertador era de máxima importancia batir a Barreiro sin pérdida de tiempo. Convencido de que Páez no había cumplido la orden de avanzar por San Camilo sobre los valles de Cúcuta, amenazando a La Torre que mandaba la segunda división e impidiéndole que acudiera en apoyo de Barreiro, temía naturalmente verse atacado de un momento a otro por la espalda y entre dos fuegos, lo que significaba su destrucción, probablemente inevitable. Urgía, pues, combatir y vencer a Barreiro, antes de que pudiera llegarle aquel auxilio.

El General español, siguiendo su plan, tomó sin pérdida de momento un camino llamado de Samacá que pasaba al oeste de Tunja, separado de la ciudad por una serie de colinas, mientras el Libertador le observaba con su anteojo desde lo alto de esas colinas. El camino que tomó el realista se bifurcaba casi frente a la ciudad de Tunja, desviándose la rama derecha por el lado de Chiquinquirá y conduciendo su rama izquierda, así como el que pasaba por la mencionada ciudad, al puente sobre el río Boyacá; y Bolívar, al cerciorarse de que Barreiro tomaba el brazo izquierdo de la bifurcación, dió orden a las nueve de la mañana de que sus tropas, formadas en la plaza de Tunja, se movieran rápidamente por el camino hacia el puente.

Tres horas siguió el Libertador con su anteojo la marcha de Barreiro, hasta que le hubo perdido de vista. Entonces vino a la ciudad y pidió su almuerzo.

A las dos de la tarde pasaba el primer cuerpo realista el puente de Boyacá cuando fué atacado por la descubierta de caballería patriota, a la cual le hizo frente Jiménez con sus valientes cazadores, mientras toda la vanguardia buscaba posiciones, más allá del puente, para defenderlo, pues en aquel momento la división de Santander aparecía sobre las alturas que dominaban los sitios en que Barreiro había inmediatamente desplegado el resto de sus fuerzas, que sumaban tres mil hombres. Incorporada la

vanguardia patriota con la descubierta, fueron rechazados los cazadores, pero el Coronel Jiménez había pasado el puente uniéndose con su columna de vanguardia y se formó en batalla oponiendo fuerte resistencia. No pudo hacer Barreiro lo mismo con el grueso de su gente y mandolo retirar a tres cuartos de milla mientras los patriotas buscaban el punto de cortar la comunicación con Santa Fe.

En esta situación, Bolívar ordenó a Santander forzar el puente, y dispuso que Anzoátegui atacara con sus ginetes e infantes, simultáneamente, el ala izquierda y el centro del enemigo, en tanto que otra columna de caballería encontraba un poco aguas abajo, el paso del río, y cortaba la retirada del realista por el camino de Bogotá. El combate hizose general entonces, y toda la firmeza de la infantería española y el denuedo de su General, no pudieron impedir que Anzoátegui envolviera el ala izquierda enemiga y tomara los tres cañones sobre los cuales el batallón *Rifles* había cargado de frente. La caballería de Barreiro, que cubría su ala derecha, volvió grupas, y esto hizo flaquear a la infantería. Los peones del heroico Anzoátegui pusieron fin a la jornada con una brillante carga a la bayoneta. Jiménez, que resistía de frente a Santander, cedió al ver el ejército desconcertado y el General patriota ocupó el puente.

El soldado Pedro Martínez condujo a Barreiro por la brida del caballo ante Bolívar: el General realista lanzó su espada lejos para no ponerla en manos de su enemigo, cuyos talentos había menospreciado a menudo. Tolrá fué muerto. El segundo, Coronel Jiménez, llamado como el Duque de Guisa, *Cara cortada*, por una herida en el rostro, fué también preso. Allí cesaron sus diversiones, entre las cuales era favorita, la de atar los prisioneros de dos en dos y arrojarlos a los ríos, para contemplar cómo se debatían uno con otro en las angustias de la muerte. La mayor parte de los jefes y oficiales, mil seiscientos soldados, las piezas de artillería, municiones, armas, banderas, caballos, cajas y equipaje, quedaron en po-

der del ejército patriota, que contaba dos mil hombres. Bolívar hizo la persecución en persona, y el único realista que pagó en el sitio un viejo pecado, fué Vinoni. El Libertador le reconoció entre los prisioneros y, por medio de la cuerda, le cobró al punto la mala jugada del Castillo de Puerto Cabello.

Esa noche durmió el vencedor en Venta Quemada, desde donde anunció el día siguiente la victoria.

De Bogotá principiaron a salir grupos de patriotas al encuentro de Bolívar y su victorioso ejército, en tanto que Sámano recogía todas las cosas de valor que tuvo a la mano, y tomaba el camino de Honda para navegar su derrota por el Magdalena.

Bolívar, cabalgando un ágil, esbelto alazán, con el cuello de la levita levantado, avanzaba solo y muy adelante, cuando el patriota Maza, que fué condenado a muerte y estaba oculto desde largo tiempo en Bogotá, y había salido, armado de una lanza, a cobrar de los fugitivos sus pasadas zozobras, dió con él en medio del camino. Parecióle a Maza un pelaje de vencido el de aquel jinete y exclamando: «¡Allá viene un godol!», picó su cabalgadura y gritó un tremendo ¡Quién vive! Al acercarse, lanza en ristre, le contestó el desconocido:

— ¡No sea pendejo!

Y así que le hubo lanzado con gesto característico la no menos característica frase, el hombre del ágil y esbelto alazán resplandeció para el vengativo patriota, y éste dióse cuenta entonces de que se trataba del propio Libertador en persona.

El 10 de agosto Bolívar entraba en Bogotá: setenta y seis días después de haber salido de Mantecal.

CONSECUENCIAS MILITARES

El Doctor Vicente Lecuna, estudiando en su discurso de recepción ante la Academia Nacional de la Historia, el combate de Clarines, dice con acierto que Bolívar, para llevar a cabo la empresa de la Emancipación Hispano-Americana, «necesitó multiplicar las fuerzas de su partido con la velocidad, la audacia, la habilidad en las combinaciones y la suprema energía que sólo él podía comunicar a cuanto le rodeaba; y este método lo practica constantemente hasta que la victoria decisiva de Boyacá, le dá la autoridad necesaria»: y con no menos acierto el Doctor Lecuna combate los pueriles juicios que se han hecho contra la tendencia observada en Bolívar de dar por objeto de sus varias campañas en Venezuela la ocupación de Caracas, atribuyéndolo a simple deseo de recibir honores de triunfo y coger cosecha de placeres.

El método a que hace referencia el Doctor Lecuna era indispensable a las prolongadas líneas de la empresa, y estaba naturalmente en el carácter y en la inteligencia de Bolívar, sin lo cual el Libertador no lo hubiera sido: pero la otra crítica que el Doctor Lecuna rechaza es evidentemente muy curiosa. El

Liberador no buscó la capital en sus campañas de Venezuela solamente: en todas las demás lo hizo, en Nueva Granada, en Quito, Guayaquil, Perú y Bolivia. Y basta leer sus instrucciones militares para observar cómo dió muchas veces órdenes a sus tenientes para ocupar las capitales, en momentos en que él, por las necesidades de la misma campaña, tomaba rumbos apartados. Nadie habrá de negar que Bolívar tuviera el gusto—muy humano, profundamente humano y sobre todo, muy natural en su temperamento sensual y artístico—de los honores y placeres del triunfo. La simple abstracción cerebral de las ideas no le habría conducido a tan gloriosos esfuerzos.

No, no es extraño, ni sorprendente, ni menos pueril, y en manera ninguna ocasionado a crítica malévola, el que Bolívar tentara desde temprano los caminos de Caracas, porque desde tal centro,—como él mismo lo dice repetidas veces—desde la capital del país, los planes, las expediciones y las campañas, tenían no sólo más autoridad, sino también más eficacia estratégica. ¿Cuándo se ha reprobado que un movimiento militar o político cualquiera procure inmediatamente dominar la ciudad o el territorio central y más importante, desde donde las ideas, las propagandas, la autoridad y las operaciones puedan irradiar con resultados más positivos? Así, la batalla de Boyacá fué decisiva, como propiamente la llama el Doctor Lecuna, porque permitió al Libertador ocupar a Bogotá enseguida.

Desde el mismo campo de batalla dió Bolívar orden para que una parte del ejército al mando de Anzoátegui marchara sobre las provincias del Socorro y Pamplona, y él se dirigió con el escuadrón del *Llano Arriba* hacia la capital, donde principió a tomar activamente todas las medidas necesarias para allegar elementos y aumentar el ejército al favor del entusiasmo, así como para contrarrestar cualquiera reacción del enemigo que pudiera venir por la frontera de Cúcuta desde Venezuela, o por el sur desde

Popayán, hacia donde se habían retirado los restos de los vencidos en Boyacá. Desde aquel momento dispuso tener fija la observación sobre Quito. Luego en marcha triunfal salió para el Rosario.

Varios cuerpos al mando de Soublette tornaron por los valles de Cúcuta y Guasualito a los llanos, donde debían principiar a ejercitarse para la nueva campaña en Venezuela, que Morillo dominaba con un numeroso y aguerrido ejército.

Cuando se ocupaba en estos preparativos recibió noticias de la conspiración de Angostura y tuvo que partir inmediatamente a sofrenar aquella disidencia. No había caminado mayor espacio cuando le llegó la noticia de la muerte repentina de Anzoátegui, en Pamplona. La pérdida de Anzoátegui era irreparable para el ejército patriota: batallador experto y de gallardísimo coraje, definitivamente leal a Bolívar, su carrera fué brillante y el destino, quizás venturoso para él, cambió las contingencias de lo futuro por una rama de laurel para su tumba temprana. Momentos antes el Libertador le había escrito: «Redoble Ud. General, sus esfuerzos para aumentar y disciplinar el cuerpo que Ud. manda. Sea Ud. sobre todo muy vigilante. Cuide Ud. mucho de *La Guardia*; recuerde Ud. que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos a liberar a Quito: y quien sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas». Peregrina invitación al intrépido soldado para completar la epopeya.

Bajando el Orinoco encontró una embarcación que remontaba.

—¿Quién va en esa flechera?—preguntó Bolívar.

—El General Sucre—fué la contestación.

—¡No hay tal General!—repuso el Libertador, quien apenas conocía entonces al futuro, admirable guerrero.

Arribadas las flecheras, Sucre le dijo que había sido elevado a General por el Doctor Zea, en premio de sus servicios, pero que nunca pensó aceptar aquel ascenso sin autorización del General Bolívar.

La réplica fué tan digna que desde aquel punto principió el grande afecto del Libertador por el joven que sólo había de figurar como segundo porque Simón Bolívar era el primero.

Al llegar a Angostura, Bolívar nombró al General Arismendi jefe del ejército de Oriente, sin darse por entendido de las cosas que pasaban cuando él se presentó inesperadamente, y a Mariano Montilla jefe del Estado Mayor de la división inglesa que a la sazón desembarcaba en Margarita, y que debía ejecutar movimientos por el litoral hasta Río Hacha. El Libertador en seguida caminó la vuelta de Nueva Granada, después de haber organizado la remesa metódica de armas y municiones a los diferentes cuerpos.

En Apure revistó las tropas, y aprovechando algún dinero enviado por Santander, comisionó a Sucre para ir a comprar elementos de guerra en las Antillas. Desde aquí da principio a las órdenes que irán produciendo la campaña de Carabobo, de la cual, según las instrucciones que recibió, debía ser Páez el más eficaz instrumento, porque su cometido fué avanzar hacia el centro y hostilizar a Morillo por retaguardia, ya tomara éste la vía de Occidente, ya la de Oriente, pero debiendo siempre alguna tropa de Apure ocupar a Caracas.

Entretanto, el Coronel Obando fué derrotado por Calzada en Popayán, y este triunfo del español era peligroso para Bogotá: Bolívar envió al punto auxilios por el camino de Chita, a las órdenes de los Generales Valdéz y Mires, que rectificaron por el momento aquella situación, mientras el Libertador organizaba en toda la línea del Apure, del Orinoco y del Meta embarcaciones, bagajes, víveres y cuanto podía facilitar el movimiento y la manutención de los cuerpos que debían entrar en campaña y de los destinados a la defensa de la frontera granadina.

Desde Bogotá mandó al Coronel Mactintosh con sus veteranos ingleses a incorporarse a las fuerzas que habían de recuperar el territorio de Popayán, y abrir operaciones en el sur de Colombia: y el 20 de marzo salió para Cúcuta, desde donde reforzó a Montilla que maniobraba ya en Río Hacha y el Magdalena.

El 4 de julio llegó a Cúcuta el primer comisionado de Morillo para proponer un armisticio, que después de varios preliminares, Bolívar aceptó, desde luego en condiciones muy favorables, puesto que no estaba todavía preparado del todo para la campaña del Centro. Mientras estas negociaciones adelantaban por medio de los comisionados respectivos, el Libertador fué a Soledad y después a Barranquilla, donde organizó las operaciones del sitio de Cartagena.

De regreso a Cúcuta y mientras continuaban los tratos para el armisticio, hizo adelantar el ejército hacia Mérida. El enemigo le aguardaba en el puente del Chama, de donde le desalojó y persiguió el Libertador en persona a la cabeza de dos batallones. Ocupó muy luego a Mérida evacuada por los realistas, a quienes *La Guardia* continuó persiguiendo hasta fuera de la provincia de Trujillo. El Libertador avanzaba incesantemente a fin de tener ocupada la mayor cantidad de territorio posible cuando se suspendieran las hostilidades por virtud del convenio que se negociaba.

Las tropas estaban ya cerca de Trujillo, y el Libertador, que iba muy a la vanguardia con su Estado Mayor, encontró a dos leguas de la ciudad un grupo de religiosos que, montados en hermosas mulas, venían a felicitarlo. Respondiéndoles amablemente, Bolívar les ganó a los frailes las buenas cabalgaduras que traían, dejándoles a trueque sus caballos maltrechos por tan recias jornadas.

No fué sólo el ejército que conducía el mismo Libertador el que avanzó cuanto pudo a favor de las negociaciones: fueron también los demás cuerpos en todo el resto de la República, que recibieron orden de ganar espacio rápidamente, a fin de ocupar el

mayor territorio y las mejores posiciones que pudieran alcanzar, para cuando las hostilidades se abrieran de nuevo.

El armisticio por seis meses se firmó en la misma casa donde se había dictado siete años antes la proclama de guerra a muerte.

Arrovechando la tregua, Bolívar regresó a Bogotá con el fin de atender a las operaciones del sur, donde Valdéz había reparado en Pitayó la derrota de Obando y abierto el camino del Cauca, mientras llegaba Sucre, nombrado para dirigir aquella campaña. Después de dictar todas las medidas del caso regresó a Cúcuta. A la sazón ocurría el incidente de Maracaibó, que se pronunció por la independencia, sin duda movida por los patriotas que de cerca la estimulaban. Desaprobando lo sucedido, el Libertador no devolvió la ciudad, pero en una carta, llena de maestría, propuso a La Torre, que era el jefe de las fuerzas realistas, en sustitución del Conde de Cartagena, para entonces llamado a la Península, someter el asunto al arbitraje del Brigadier español Cerrea, hombre de probidad notable. El General La Torre no insistió, pero las hostilidades se reanudaron antes del término pactado para el armisticio. En esta ruptura el Libertador tuvo la iniciativa.

La campaña de Carabobo principiaba. Urdaneta recibió instrucciones de salir de Maracaibo, que había ocupado, y por Coro y Barquisimeto llegar hasta San Carlos: Ambrosio Plaza, con *La Guardia*, marcharía desde Barinas sobre la misma ciudad, a donde, cruzando el Apure, debía Páez encaminarse también, mientras Soulette, nombrado para dirigir la campaña de Oriente, avanzaría sobre Caracas.

El 28 de abril por la mañana, el Libertador, con la división de Plaza, marchó, haciendo retroceder al enemigo, hasta ocupar a San Carlos, cuartel general a donde habían de concurrir los cuerpos de Páez y Urdaneta. Este se movió a su hora por la vía trazada, pero los inconvenientes de la marcha y la enfermedad que padeció le impidieron llegar a tiem-



po, a pesar de su admirable brío y de su extraordinaria entereza. A Páez tuvo el Libertador que aguardarlo hasta el mes de junio, debido al invierno que ya reinaba. Bermúdez, con una división de Oriente, avanzó con puntualidad sobre Caracas. El 23 de junio Bolívar pasó revista en Tinaquillo a 6.500 patriotas.

La Torre, desde la llanura de Carabobo, donde se había concentrado para cubrir el camino de Valencia y de Caracas, tuvo que atender a Bermúdez por su retaguardia, a la división de Carrillo que le amenazaba por San Felipe, y al Libertador que venía de frente. Por momentánea fortuna, Morales pudo rechazar a Bermúdez y volver a incorporarse con La Torre al momento de la batalla.

Al amanecer del 24 de junio salieron de Tinaquillo los 6.500 hombres que componían el ejército en tres divisiones: la primera de infantes y jinetes, al mando de Páez; la segunda, bajo las órdenes de Cedeno, también de infantería y cuerpos montados; Plaza regia la tercera compuesta de *La Guardia* y un regimiento de lanceros. El ayudante general, Mariño.

La llanura de Carabobo, donde Latorre con 5.000 hombres en muy buenas posiciones, aguardaba, tiene dos entradas: la una por el camino de San Carlos, la otra por la vía del Pao. Las posiciones de La Torre le permitían atender rápidamente y con elementos abundantes a cualquiera de las estrechas entradas por donde viniera el amago patriota.

Bolívar ordenó a Páez que tomara una vereda escabrosa que salía del camino de San Carlos y cargara por la derecha del enemigo. La división debía desembocar por un desfiladero bajo los tiros contrarios, y como el movimiento fué observado por el General español, la fuerza que esperó a Páez era muy numerosa y los primeros batallones de la división, principalmente *Apure*, que salió adelante, flaquearon. Pero la *Legión Británica* vino en su auxilio: entró al campo y en rápida formación con rodilla en tierra

sobre una pequeña colina, abrió sus fuegos y dió espacio y alivio a la gente llanera para rehacerse. La sangre fué mucha: en menos de un cuarto de hora estos batallones tenían fuera de combate la tercera parte de sus efectivos, pero el resorte del triunfo estaba conquistado.

Al dejar el desfiladero, los batallones de Páez entraban a la sabana por dos puntos, y la caballería, ya en su terreno, principió a cargar, apoyando a los cuerpos de infantes. El ejército realista retrocedió, dejando en manos del patriota numerosos prisioneros.

La Torre abandonó su artillería en el campo, silenciada bajo los cascos de los bridones llaneros, y se fué con alguna caballería y su cuerpo de reserva. El batallón *Valencey*, formado en cuadro resistiendo fortísimas cargas en un espacio descubierto de seis leguas, donde murieron los impetuosos Plaza, Mellao y Cedeño, salvó las banderas del Rey, llegando con la noche al pie de los cerros. Más de la mitad del ejército patriota quedó sin batirse: la sola división de Páez junto con el batallón británico y algunas compañías de los otros cuerpos, ganaron la batalla.

En esta ocasión cumpliéndose puntualmente lo tratado en la Convención de Trujillo, y los prisioneros tornaron a sus banderas luego. Refiere O'Leary que Bolívar encontró en la lista el nombre de Renovales y creyendo que se trataba del famoso individuo del Rincón de los Toros, mandó entregarle pasaporte y tres mil pesos para su regreso a España; pero el prisionero no era el oficial que tan cerca estuvo de ponerle mano al Libertador aquella memorable noche.

Puerto Cabello, refugio de La Torre, quedó bloqueado; y todo el país de Venezuela, excepto Cumaná, que capituló en octubre, bajo el dominio de las armas patriotas.

En una carta de Bolívar al Vicepresidente de la República, escrita el día siguiente de la batalla de Carabobo, le dice: «Ayer se ha confirmado en una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia».

El Libertador partió de Caracas para Bogotá el 1º de agosto con el designio de ir a ocuparse de las operaciones que debían emancipar el sur de la República, para lo cual expidió desde luego las respectivas órdenes de marcha a los diferentes cuerpos que habían de concurrir a la campaña.

La vía del Libertador fué la siguiente: Valencia, San Carlos, Barquisimeto, Carora—y se proponía seguir a Coro, cuando recibió la noticia de que aquella región estaba tranquila—Trujillo, Betijoque y Maracaibo, de donde dispuso la marcha de varios cuerpos a Santa Marta.

El 22 de setiembre llegaba de nuevo a Cúcuta, llamado a prestar el juramento de Presidente. El Congreso le autorizó para mandar el ejército y proseguir la guerra.

Mientras el General Montilla, con el valeroso marino Padilla y el bizarro Coronel Conde Aldercreutz rendía brillantemente la plaza de Cartagena, cuyas venerables llaves de oro envió el jefe republicano a Bolívar, quien a su vez las devolvió «porque sólo Montilla las merecía», el Libertador salió de Cúcuta para el sur, por el camino de Bogotá, el 9 de octubre, en tanto que Sucre realizaba en Yaguachi el preludio de Pichincha.

El Libertador continuó su marcha desde Bogotá el 13 de diciembre, rumbo al Cauca y por la vía de Purificación, Neiva, La Plata, Yumbique y Caloto, llegó a Cali el 1º de enero de 1822. A la sazón las columnas de *La Guardia* venían por distintas direcciones hacia Popayán.

La marcha de estos cuerpos tiene apenas comparación en las historias de guerra. Los batallones que venían de Carabobo, salieron de Valencia y llegaron a Maracaibo: embarcáronse aquí rumbo a Santa Marta: caminaron hasta el Magdalena, que subieron en pequeñas embarcaciones hasta el puerto de Ocaña: de aquí marcharon a la ciudad del mismo nombre, cruzaron el páramo de Cachirí, siguieron por Bucaramanga, el Socorro y Chiquinquirá, para llegar a

Bogotá y continuar, a través de las cálidas llanuras de Neiva y las cumbres de Guanacas, el camino hasta Popayán: más de setecientas leguas por caminos generalmente primitivos y difíciles.

La campaña del sur principió en los primeros días de marzo: de Popayán salieron solamente tres mil hombres hácia el Juanambú, a donde llegaron estropeados y disminuídos por la fragosidad del territorio. El enemigo abandonó sus defensas del río para tomar fuertes posiciones en las alturas de Carriaco. Don Basilio García mandaba esta fuerza de dos mil hombres, cuya derecha se apoyaba en el volcán de Pasto, la izquierda en el rápido Guáitara y tenía de frente una honda barranca. *La Guardia* debía forzar esas tremendas posiciones: y fué cosa de Pedro León Torres con *Bogotá* y *Vargas* atacar el centro y la izquierda del enemigo, mientras Valdéz hacía con *Rifles* un movimiento de flanco para subir al Yusepe y cargar sobre la derecha.

Las cargas fueron repetidas e infructuosas: el General Torres cae, y cae también Carvajal, que le sucede. Pero habiendo logrado Valdéz con sus intrépidos *Rifles* dominar la cumbre sobre la derecha enemiga, y ordenado Bolívar al *Vencedor en Boyacá* que cargara una vez más de frente, la batalla de Bomboná quedó ganada. Esta función de armas tenía que ser muy sangrienta por la clase de terreno en donde se libró, mas fué necesaria para seguir al sur y de mucho momento porque abrió la más abrupta barrera de la campaña.

García llegó sólo a Pasto.

Sin embargo, el ejército libertador había sufrido de tal modo en la pelea, después de las penalidades de los prolongados viajes, y con la insalubridad de aquellas comarcas, que Bolívar no juzgó prudente continuar el avance, a pesar de la destrucción de la gente contraria, por el perpetuamente hostil territorio de Pasto, sin esperar los refuerzos que debían llegarle de Popayán, tanto en soldados como en abastecimientos. Repasó el Juanambú.

El Libertador estaba tan quebrantado que debía ser conducido en litera. Con todo, el reposo no duró sino hasta el 26 de mayo, cuando, habiendo llegado los auxilios esperados, reanudó con su característico vigor la ofensiva, que cuatro días después produjo la capitulación de Pasto, permitiendo a Bolívar continuar su camino hacia Quito.

Entre tanto Sucre maniobraba con su acostumbrada, fina destreza. Después de los combates que tuvo que librar en su campaña sobre Quito, que no le permitieron ocupar la ciudad, estaba en una precaria situación, privado de auxilios colombianos, que no le podían ir por mar debido a las mismas causas que habían puesto a Bolívar en la necesidad de afrontar las eventualidades de la campaña de Pasto para abrirse camino hacia el sur, a saber, el crucero que hacían por toda la costa los buques españoles, más numerosos y fuertes que los colombianos: y atendido solamente a los muy escasos que de no buena voluntad le suministraba la Junta Gubernativa de Guayaquil. Tuvo, pues, que buscar recursos en otra parte, y reclamó del Perú el primer batallón *Numancia*, magnífica tropa colombiana que al mando del venezolano Heres había pasado no hacía mucho de las filas españolas a las independientes.

San Martín, quien ya gobernaba el Perú, no quiso desprenderse del *Numancia*, y envió a Sucre una división peruana de mil cien hombres al mando del General Santa Cruz. Incorporada esta tropa, Sucre marchó sobre Quito y ocupó muy luego a Riobamba, después de haber arrollado con una bella carga de caballería las descubiertas del enemigo al pie del Chimborazo. El 21 de mayo estaba frente a Quito y el 24, mediante la toma de mil cien prisioneros de tropa, ciento sesenta oficiales, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y demás elementos del ejército español, la independencia de Colombia se completaba en las alturas del Pichincha.

CONSECUENCIAS POLITICAS

En la evolución del mundo moderno la república parece constituir una exigencia categórica de los pueblos, y en este sentido Bolívar representa para el continente americano el símbolo más alto. El personificó los caracteres de la revolución y su vida es el cuadro efervescente de las ideas y las pasiones de la época. Es un hijo eminente, si no el más culminante de su tiempo: es, como la historia le ha consagrado ya, el Libertador.

La obra política de Bolívar es compleja, porque, el hombre que había de realizarla necesitó plantear previamente sus prolegómenos por medio de la fuerza, y resolver desde luego el conflicto entre las nuevas ideas y las costumbres.

Chateaubriand se propone demostrar en su Ensayo sobre las Revoluciones, cuál fué el verdadero motivo de esa mezcla incomprensible de crímenes ingertados en un tronco filosófico, que se produjo en la Revolución francesa. Piensa que ya la mayor parte de los Enciclopedistas estaban, para la época de aquella sanguinaria sacudida, olvidados, y no quedaba de ellos sino el vínculo que se ha creído lógico establecer entre su siembra de ideas y el movimiento revolucionario. Y el escritor asienta que debe tenerse por entendido que los Enciclopedistas no soñ la sola causa de la Revolución, aunque sí fueron una gran causa de ella. A su juicio la Revolución francesa no viene de tal o cual hombre, de tal o

cual libro: viene de las cosas. Era inevitable, porque provenía de lo que él llamaba el doble progreso de la sociedad hacia las luces y hacia la corrupción, progreso que produjo tantos principios excelentes al propio tiempo que consecuencias tan nefastas: los primeros, hijos de proposiciones esclarecidas, las segundas, resultados de la corrupción de las costumbres.

¿Con cuánto contribuye a este desarreglo de las costumbres la perversión de los sentimientos por los hábitos individualistas del progreso y por el escepticismo que la claridad del entendimiento producida por la profusión de las luces, va creando? Y ¿en que medida sirvieron esos dos factores a la Revolución americana?

En la mayoría de nuestros pueblos batalladores, la energía, la obstinación, el entusiasmo apasionado, el renunciamiento a las comodidades, no estaban compensados o quizás no eran producidos sino por el placer fisiológico de la lucha, del triunfo y de la compunciscencia del mando. En aquel tiempo la palabra *Libertad* tenía en el fondo, como entre los antiguos, según dice Joubert, la misma significación que la palabra *dominium*. La guerra a muerte tiene parecido con los procedimientos de la Revolución francesa, y si bien puede comprenderse una parte de sus estragos por la voluptuosidad del daño y del peligro, en general es interesante observar cómo individuos de temperamento y costumbres fundamentalmente opuestos, de medios sociales radicalmente distintos y de aptitudes intelectuales tan diversas, hayan coincidido en una igual anulación de sentimientos humanitarios, para conducir la guerra colectivamente sin misericordia. No parece que basta, para entender esto, la consideración de que luego que se hizo efectiva la guerra a muerte, quedaron cerrados los caminos para los acomodamientos, y habrá que buscar alguna razón en el peculiar estado social y político de la época, lo propio que dentro del carácter de aquellos individuos.

Las formidables resoluciones de Bolívar pueden explicarse por su inaudita exaltación intelectual. Morillo dice: «La Revolución es Bolívar.» Y en efecto, este hombre, a quien las dificultades más amenazadoras estimulaban y endurecían, no pensaba sino en la Independencia de América y a este objeto encaminó todos sus trabajos: y su visión no se llenaba con el espectáculo de un día, ora fuese una batalla, ora un congreso constituyente. Su espíritu necesitaba obra que llenara un panorama de siglos, mientras que pocos de sus tenientes alcanzaban y comprendían tal amplitud de miras, y en muchos podrá observarse la tendencia egoísta y pobre a circunscribir las operaciones a los límites de su región y a consolidar su imperio personal en el circuito de su patria chica.

Así como el guerrero árabe Akbé, quien después de pasear victoriosa la bandera de la Media Luna por todo el Norte de Africa, no se detiene sino en la orilla del Atlántico, donde lanzando su caballo entre las olas, tira del sable y exclama: «¡Dios de Mahoma! tú lo ves, si no fuera por el mar que me detiene, yo avanzaría buscando nuevas naciones para hacerlas adorar tu nombre!», así Bolívar habría llegado a todos los confines del mundo blandiendo la espada de Colombia, en busca de más pueblos que consagrar a la Independencia, y hasta los dinteles del infinito en solicitud de nuevas credenciales de gloria.

Las vidas gloriosas nos atraen y cautivan: pero generalmente no analizamos toda la concentración de alma, toda la fuerza de voluntad heroica, que han sido necesarias para obtener autoridad y realizar empresas—una conquista, una redención, y hasta un libro, un verdadero libro, de los que dice Carlyle que sólo aparecen cada dos o tres siglos—cuyos objetos están mucho más allá del alcance de los elementos humanos que se han puesto en actividad y a contribución para el fin solicitado.

Sin duda, el éxito de los grandes hombres de acción estriba tanto en su propia singularidad que seduce a muchas almas, como en ese punto visible de

contacto con el instinto y la energía muscular que la raza y el medio desarrollan. Napoleón sale de la escuela y de los estudios técnicos y al comparecer ante una junta de militares veteranos y exponerles con perfecta claridad sus planes de campaña, los viejos soldados socarrones dicen con sencillez: «Hemos encontrado nuestro Jefe.» Para Bolívar, la imposición de su autoridad es mucho más trabajosa y compleja. No basta la luz de su inteligencia para iluminar la mente de los que le siguen: es necesario demostrar en violentos ejercicios y a veces en acrobatisms que descomponen la euritmia de su personalidad, que si por el intelecto es superior a todos, por el músculo es por lo menos par de los más esforzados. Su heroísmo debe mostrarse lo mismo en el coraje para la pelea que en el arrojo y resistencia para la natación, para el salto, para el manejo de la lanza y del caballo volador. Rivas, su propio tío, le considera incompetente y débil: Bermúdez, el hombre de fuerte cuerpo, le menosprecia; y en cuanto a Páez y sus llaneros, casi fatiga ver al elegante ciudadano afanándose para equipararse con ellos en los ejercicios brutales. Y todo lo alcanza triunfalmente, hasta unir la destreza física de Mario y de Pompeyo con el genio y el carácter de Cayo Julio.

Pero esto no basta. En el campo de las ideas tiene también émulos apasionados y tortuosos desde el principio de su carrera, y al fin, después de haber recorrido el más esplendoroso camino espiritual, pudo ver, entre las sombras de la noche de septiembre, siluetas intelectuales que hacían centellar el hierro entre los pliegues de su traje de letrados.

De manera que la obra política de Bolívar fué quizá más laboriosa que sus empeños militares: con cada uno de éstos hubo de combinar dosis extraordinarias de habilidad diplomática para con sus mismos compañeros y tenientes.

La mayoría de los partidarios de la Independencia, esa mayoría necesaria para la cristalización de las cohesiones políticas, no estuvo nunca de acuerdo,

no coincidió casi en ningún punto con la inmensa trayectoria ideológica del Libertador: trayectoria completa que trazó su espíritu, desde el jacobinismo de 1810 y 11 hasta las ideas conservadoras, absolutistas y teocráticas, donde para 1829 y 30 buscaba la estabilidad y la salvación de la República.

Los pensamientos políticos de Bolívar forman una serie de tanteos y ensayos, cuya constante inadaptación a la capacidad de su medio le produjo al fin aquel completo desengaño que hizo tan amargos los últimos tiempos de su vida. Mientras el Libertador estaba de acuerdo con la historia y con los principios de gobierno de todas las épocas civilizadas, mientras su incomparable penetración hacía concesiones al ambiente y corregía esos principios para infundirlos de manera eficaz en las costumbres y en la vida política, casi nadie llegó a ponerse de acuerdo con Bolívar, y es un espectáculo maravilloso contemplar a este hombre-águila, volando incansable y señero por la esfera inflamada de gloria, oyendo en la soledad no más que su propio pensamiento, sin otro apoyo ni descanso que las cumbres heladas, de donde ciertamente se descubrían todos los horizontes del espíritu, pero que semejaban también páramos de su vida en relación con sus contemporáneos.

Época heroica pero triste, brutal pero llena de utopías al propio tiempo, época en que se vió una especie de insania política, estado en que los hombres perdían el sentido del gobierno, se aficionaban a postulados y procedimientos que soñaron aplicar crudos a la mecánica oficial, y donde se produjeron desde los juveniles entusiasmos federales del 19 de abril y del 5 de julio hasta las resistencias ideológicas contra las fórmulas constitucionales del Libertador, para saltar luego a las tentativas monárquicas, a la patochada de «El mundo es de los valientes» y al régimen de Francia en el Paraguay, de Rosas en el Plata.

Pero con todo, Bolívar despliega su fuerza, que fué principalmente la facultad de adaptación personal y física: toda su vida es el resultado de tal fuerza

para lograr el objeto glorioso, como lo es también de todo su trabajo para imponer a los demás la obediencia.

Y los hombres que debían obedecer eran, según se ha dicho, tan recios como los conquistadores. Aquellos, los del siglo XVI, perseguían la fama de hacer trabajos inauditos, que reclamaban condiciones extraordinarias de valentía, de constancia, de resistencia, de dureza, y que tendrían por premio, después de la admiración de un pueblo como el español, que podía comprender la hermosura de tales empresas, una vida llena de comodidad y brillo. Estos, los conquistadores del siglo XIX, perseguían la fama de realizar hechos cuya significación sólo la cultura de su tiempo comprendía, en territorios que no habían variado casi nada desde la conquista: hechos que reclamaban lo mismo que la obra de los conquistadores del siglo XVI, facultades extraordinarias e implacables, cubiertas con la suave capa de las ideas y de las costumbres contemporáneas, y debían tener a su vez por premio, junto con la admiración del mundo que los contemplaba, la gloria de realizar empresa necesaria para el ideal político, social y económico que la época exaltaba.

Y esta facultad de adaptación individual en Simón Bolívar no es, en último análisis, sino la fuerza del genio, adaptación por cuya virtud el héroe levanta, con supremo impulso, la energía popular hasta las abstracciones intelectuales, que de otra manera no llegarían a ser el resplandeciente contenido de la historia.

Cuando Bolívar emprendió la campaña desde las ruinas del villorrio de Setenta, todos los espectadores, cercanos y remotos, creyeron y proclamaron que aquel loco estaba descartado de los problemas de la Revolución Emancipadora. Pero, al contrario de lo que expresa—o mejor dicho, de lo que es—la facultad mediocre llamada lógica por la gente práctica, la verdadera lógica, la lógica que el espíritu científico ve clara, es la fuerza que ha realizado las

obras de la imaginación. Por esto, la campaña de Boyacá, con todos sus atrevimientos, con todos los datos de alienación del éxito que su solo anuncio producía, era el resultado de un pensamiento práctico que por caminos intransitables para la gente común, buscaba derechamente las profundas, inesperadas, definitivas realidades de la historia.

¿En cual plano cerebral vivía el rudimentario dominador Sámano? En el de la confianza plena, fundada sobre las reglas ostensibles a que las inteligencias llamadas prácticas se atienen. Y en este desconcierto de las realidades aparentes está la base de las obras cíclicas de la inteligencia.

Realizado el prodigio, y Sámano en fuga por el camino de Honda, Bolívar entró a Bogotá, con una pequeña escolta del *Llano Arriba*. Principiaba la obra política, con varias medidas sobre instrucción pública. Un convento de padres capuchinos se destinó a la fundación de un colegio especial para los hijos de patriotas muertos por la causa de la Independencia.

No hubiera sido extraño que las enemistades que anteriormente hostilizaron a Bolívar alcanzaran también a Venezuela y a los venezolanos, como no lo sería tampoco el hecho de que tales rencillas perduraran aún más exaltadas por la elevación avasalladora del gran caraqueño: de manera que los cuidados de Bolívar tendieron desde luego a demostrar, con lujosa elocuencia, la sinceridad con que nuestros soldados miraban a Nueva Granada como a su propia patria.

A esa tendencia correspondió Cundinamarca dignamente. Los notables de la capital se reunieron en junta que proclamó un voto de gracias al Ejército y una corona de laurel para Bolívar. Este rechazó el laurel, y coronó con su palabra insigne a los batalladores que le acompañaban.

Las provincias que habían sido redimidas quedaron prontamente organizadas: y luego el Libertador partió, por las de Tunja y del Socorro, hacia

Pamplona. Fué una marcha en triunfo durante la cual iba comunicando al Gobierno de Bogotá sus observaciones e indicándole las reformas necesarias y las medidas convenientes. Suspendió impuestos y señaló pensiones de su peculio personal a las familias de los próceres que habían sucumbido en la guerra o bajo la espada de Morillo.

Al propio tiempo le llegaban noticias de las ocurrencias de Angostura. Los aspirantes al mando, los constantes rivales y enemigos de Bolívar formaron un partido del que fué cabeza el famoso Arismendi, a quien había Urdaneta remitido preso desde Margarita con un sumario de conspiración contra las órdenes del Gobierno: daban al Héroe por vencido y quizás por muerto, le atribuían perturbación mental, suficientemente demostrada por la empresa del Virreinato, y hablaron de declararle desertor y someterle a juicio por el abandono del Gobierno y de los intereses patriotas de Angostura. Sin embargo, les había dejado buen caudal de instrucciones, claros planes de campaña, previsiones militares y consejos de conducta política: pero la ceguera y la concupiscencia del mando que sufrían estos pobres ambiciosos hacíanles estremecer de júbilo al pensar cómo el divino aventurero, con su lanza de banderola negra, que hubiera hecho recordar las bandas del ilustre señor Juan de Médicis, agonizaba en los pantanos, en las montañas impracticables y bajo los fuegos del numeroso enemigo. Los funcionarios bolivianos, Zea, Presidente del Congreso reunido aquel año en Angostura, Roscio, Peñalver, renunciaron sus puestos, y el duro margariteño principió a gobernar ¡por fin! decretando a beneficio del tesoro público la venta de todos los cueros de ganado en el país y el estanco del tabaco y los licores.

Pero cuando más lejos estaban de pensarlo, y en seguida de las noticias que Bolívar mismo comunicaba de las penas y dificultades de la campaña, llegó el parte de la batalla de Boyacá, impreso en la propia capital de Nueva Granada: y breves días después,

uno de los de diciembre, Arismendi regresaba de su excursión a Maturín, emprendida con el objeto de consolidar en Oriente la autoridad que le parecía tener muy segura en las manos, y se detenía en Soledad. A través del majestuoso río, el flamante jefe supremo vió las goletas y flecheras de la dársena de Angostura empavesadas, oyó aclamaciones, y el himno de las campanas echadas a vuelo. Y pensó que le recibían propiamente.

Aquella mañana Bolívar había llegado a la capital de la República y reasumió el Gobierno sin pronunciar la más leve alusión a los sucesos que ahora parecían ridículos. Traía la frente nimbada, y su palabra maestra resonó en el Congreso: «El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación de clima, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América Meridional, y otros muchos obstáculos, tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán, para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada. ¡Legisladores! El tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este acto social y establecer los principios del Pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta República. Proclamadla a la faz del mundo y mis servicios quedarán recompensados.»

Bolívar invirtió dos semanas en dictar, de acuerdo con el Ejecutivo, toda clase de medidas que pudieran asegurar la buena marcha de la República, y consagrando especial atención a lo relacionado con el crédito, envió al Doctor Zea, hombre de luces, a gestionar arreglos financieros en Europa. El 17 de diciembre se promulgó la Ley en virtud de la cual quedaba constituida Colombia. ¡Portentosa coincidencia! once años después, ese mismo día 17 de diciembre, el Libertador estaba muerto y desmoronada la República.

El Artículo 14 de la Ley del Pacto contenía una cláusula de intención helénica: celebrar perpetua-

mente aquel aniversario con una fiesta nacional en que se premiarían las virtudes y las luces, como en las de Olimpia.

Y la primera consecuencia política del triunfo de Boyacá, tuvo esplendores de aurora.

El Pacto de Angostura fué aprobado por una reunión de notables efectuada en Bogotá en febrero de 1820 y el Libertador entraba de nuevo en la ciudad el 3 de marzo. Llegaban las noticias de la Revolución ocurrida en la Península, y era urgente para el creador de Colombia poner en actividad todos los resortes y recursos de la política con el fin de consolidar en la paz y en el régimen interior, la unión ganada en los campos de combate. El cambio de principios en España podía influir desfavorablemente sobre los colombianos vacilantes a quienes el ideal independiente no moviera con fuerza irresistible. A poco, el Libertador salió para el Rosario, desde donde se ocupó también seriamente con los asuntos de la administración pública.

El nuevo Gobierno de la Península quiso hacer jurar en América su Constitución liberal, y Morillo recibió desde abril las instrucciones del caso. Sin la rapidez con que Bolívar opuso el concepto de independencia completa y absoluta, el trabajo del General español, fecundo en ofrecimientos halagadores para los tenientes patriotas, hubiera puesto en actividad las viejas inclinaciones, que ahora estaban detenidas y como deslumbradas por los triunfos militares de la causa independiente, que Bolívar conducía en solicitud de la formación de un gran Estado moderno. Al contestarle a Morillo su proposición de armisticio, el Libertador hace presente cómo España, la vieja y reaccionaria Metrópoli, sigue ahora la senda razonable que le ha señalado la República de Colombia: y al aceptar y convenir el armisticio, hace al Expedicionario peninsular la propuesta

de un Tratado de Regularización de la Guerra, que cambia la posición de los dos beligerantes y pone de un solo golpe a Colombia sobre el mismo pié de todas las potencias regularmente constituídas. Los americanos que servían en el ejército español principiaron a venirse hacia las banderas de la patria.

El concepto de la emancipación estaba ya profundamente arraigado en muchos de los jefes republicanos, y bajo la inspiración de Bolívar declararon que todo trato debía tener por base el reconocimiento de la independencia: pero esa idea sufría limitaciones territoriales en la inteligencia subalterna. Todavía, después de tanto tiempo de contacto con la intelectualidad máxima, con el ideal supremo, el deseo de dominio restringido a la patria pequeña influía en el pensamiento de aquellos hombres nacidos dentro del recinto amurallado de la colonia, dentro de los horizontes cerrados del pupilaje: de modo que para evitar cualquiera concesión que pudiese debilitar aquel dominio, enunciaban su opinión de abandonar todo derecho a Panamá y al sur de Colombia, o cambiar esos territorios por las provincias de Venezuela y Nueva Granada que todavía estuvieran bajo el dominio español, antes que comprometer la dignidad de la República, que ya se imaginaban consolidada. Pero ¿acaso el Libertador hubiera jamás a comprometer esa dignidad? No. Lo que pasaba era que la gran patria estaba todavía embrionaria en la realidad, aunque plena en el cerebro de Bolívar, y la magnífica extensión de sus planes, que si eran el producto de su ambicioso genio, no eran tampoco menos producto de una perfecta concepción de las necesidades políticas del Continente, dejaba un poco desconcertados y confusos a los héroes medianos que combatían por la Independencia.

Las negociaciones anduvieron a su fin con escaso tropiezo, y no parece aventurado apuntar como una de las razones de tal éxito, la disposición espiritual a que Morillo había sin duda llegado para esos momentos.

Evidentemente, las causas políticas, como toda otra clase de causas, participan en el proceso de su desarrollo y triunfo, aparte de su propia elevación y grandeza, de la grandeza y elevación de los hombres que las promueven, las dirigen, las conducen. En la simple combinación de la mecánica del mundo, el impulso individual es hijo y padre de las causas sociales: pero si el impulso individual se retarda o no comparece, las causas sociales anteriores permanecen latentes y las causas sociales posteriores no revientan como brotes de fuerza y de color en el gran paisaje del Universo. Toda la energía de las causas anteriores, naturales e históricas, estaba en la voluntad de Bolívar, y por medio de tal voluntad esas causas iban a desenvolver su influencia en los fenómenos sociales del mundo moderno. Es la determinada función del héroe. Y el General español estaba en presencia del Héroe de América.

Morillo había recibido instrucciones de hacer jurar la Constitución. ¿Cuál Constitución, General? Parece que usted ha llegado tarde, porque nosotros hemos jurado ya una Constitución: la de Angostura. Este hecho social, que es una Constitución, solo puede, General, ponerlo ante los ojos de usted una fuerza individual, que es un Héroe. «Me tomo la libertad —dice Bolívar a Morillo— de dirigir a V. E. la adjunta Ley Fundamental, que prescribe las bases únicas sobre las cuales puede tratar el Gobierno de Colombia con el español.»

El Pacificador había comprendido: y su espíritu estaba en condiciones propicias para llegar a la suspensión de hostilidades en los términos que propuso el Libertador y a un trato casi amistoso con el General Americano.

El 26 de noviembre se firmó en Trujillo el Tratado para la Regularización de la Guerra, y en este importante documento quedó reconocida, como una de las Altas Partes Contratantes, la República de Colombia.

Este ajuste, obra sin duda del Libertador, aun-

que él mismo se lo atribuye al futuro vencedor en Ayacucho, es un grande instrumento diplomático que contiene los principales puntos de vista de la civilización: desde los principios internacionales que hoy tan empeñosamente buscan aplicar en el mundo los estadistas, hasta los postulados de antropología criminal, como lo dijo el mismo Bolívar: «Este Tratado, excesivamente liberal y filantrópico ha tenido por objeto disminuir las penas disminuyendo los delitos, que no son sino efecto de las circunstancias.»

Como esta convención de Trujillo, así llamada por los internacionalistas europeos, constituye una segunda y eminentísima consecuencia política de la victoria de Boyacá, no huelga el citar aquí algunas de las cláusulas que revelan su importancia y poner de manifiesto cómo habían cambiado el espíritu de la guerra los triunfos independientes, desde 1813, cuando en la ciudad de Trujillo dictó el Libertador su proclama de guerra a muerte, hasta 1820, cuando el propio Libertador, en la misma ciudad de Trujillo, teniendo ya en la mano los laureles de Boyacá, propone y firma el trascendental documento. Su objeto es la aplicación a una contienda política, a una terrible, cruelísima lucha de independencia, de los principios ordinarios en la guerra internacional, principios que resumidos en la idea de que «las naciones deben hacerse el menor mal posible», venían formulando y encareciendo desde el siglo XVIII los filósofos e internacionalistas. Bolívar había sentido la necesidad, a medida que su fuerza y la de su nación se levantaban, de poner un fin a las matanzas, antes ordenadas por él mismo, y atenuar los horrores de la guerra que pesaban sobre sus propios compatriotas.

A los militares en servicio, a los soldados cogidos en una plaza tomada por asalto, al paisano sorprendido recogiendo informes por cuenta del adversario y aún a ciertos espías, se les reconoció el derecho de ser tratados simple y humanitariamente como prisioneros de guerra; y si parece una exageración incluir a los espías en esa fórmula benévola,

debe tenerse presente que a menudo son castigados como tales, los moradores de una comarca ocupada por un beligerante, a objeto de represalia por las opiniones políticas que profesen o hayan profesado. A los desertores pasados del servicio militar o civil de un partido al del otro, a los conspiradores, a los desafectos, no se les castigaría con la pena de muerte.

Los prisioneros de guerra, que no debían salir del territorio de Colombia, serían canjeados, y mientras llegaba el momento del canje, tendrían una manutención apropiada por cuenta de su gobierno, que reintegraría esos gastos al otro. Para garantizar ese tratamiento cada gobierno nombraría comisarios que visitaran los depósitos de prisioneros y cuidaran de mejorar su situación. Los militares o las personas pertenecientes a un ejército que fueran capturados estando heridos o enfermos en los hospitales u otros sitios, no serían prisioneros: quedarían en libertad de regresar a sus banderas después de restablecerse, y debería dárseles, además, por lo menos los mismos auxilios y cuidados que a los heridos y a los enfermos del ejército que los tuviera en su poder. Los muertos recibirían los honores de la sepultura o, si esto no era posible, a causa de su número y de las circunstancias, los cadáveres serían quemados: al vencedor incumbía proveer a ello, y si tenía muy grave o excepcional impedimento, quedaba obligado a dar aviso a las autoridades locales para que éstas le sustituyeran a ese respecto. Los cadáveres reclamados debían entregarse.

Puesto que Bolívar lo dijo y tales ideas no son extrañas al pulcro, brillante, invicto Mariscal, creemos que las más liberales cláusulas de la Convención fueron inspiradas por las proposiciones del General Sucre. La grandeza de nuestros hombres perñelitos resulta extraordinaria y completa. Son bravos en el combate, inteligentes en la administración, hábiles en la política, y ahora en este convenio revelan facetas de magnanimidad y filantropía inesperadas en los ba-

talladores a muerte del año 13, del año 14, y dignas enteramente de la civilización más alta.

El Congreso de Angostura quedó clausurado en enero de 1820, después de haber dispuesto en la Ley Fundamental las elecciones para el Congreso General de Colombia, que se reuniría en enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, considerada por diversas razones y quizás principalmente por su posición céntrica, como el punto más apropiado para establecer la capital de la República.

En efecto, a principios de 1821, el Gobierno se trasladó al Rosario, y el 6 de mayo se reunió el Primer Congreso General y Constituyente de Colombia con representantes de diez y nueve provincias. A la sombra de los laureles de Boyacá principiaba la vida civil de la República.

En un empeñado, largo debate, triunfó la forma central de Gobierno. Los soñadores, los anarquistas, los enemigos del Libertador, los representantes de las rivalidades regionales, hicieron fuerte oposición a las ideas del Grande Hombre, quien, como ya las había expuesto categóricamente en el famoso discurso de Angostura, si bien mezcladas con algunas novedades un poco bizantinas, se abstuvo de insistir y guardó un prudente silencio que dejó plena libertad a los deliberantes.

Cierto que la unión de Colombia fué acordada por unanimidad, pero en las proposiciones de federalismo se veía claro el propósito de conservar expeditas las vías para las futuras disensiones y para el fracaso de la insigne obra, que la fatalidad estaba ya indicando.

Cuando Bolívar llegó a Cúcuta, llamado a prestar juramento como Jefe del Estado, puesto para el cual había sido reelecto, la Constitución estaba ya sancionada, y entonces fué cuando habló del asunto, contentándose, sin embargo, con algunas observaciones confidenciales y con pronunciar tal o cual palabra profética. Su profundo instinto enderezado hacia el orden, hacia lo sólido, lo estable, lo positivo,

era el de un estadista, sin duda. Su afición a las ideas de corte clásico y a las actitudes teatrales era hija tanto de su cultura como de su temperamento, y tal afición con toda probabilidad, señalaba un rasgo común entre su carácter y el de sus compatriotas. Pero ¿basta un rasgo de carácter, y es suficiente la facultad de adaptación personal y momentánea en un hombre de genio, para formar un caudillo en el sentido general de la palabra? Nosotros le llamamos caudillo al Libertador por lo que tenían de cesáreo su temperamento y su destino, porque fué supremo representante de un ideal y porque dentro del campo de las ideas tanto como dentro del campo de los hechos, era el verdadero conductor de América: concebir los planes de campaña enormes cuya sola perspectiva geográfica podría marear a hombres que no poseyeran facultades extraordinarias, y formular las bases de una Constitución y de un sistema político, al mismo tiempo que se arrastra por la magia de la palabra el entusiasmo inteligente de un pueblo, son actos de un análogo valor intelectual: pero la misma elevación intelectual, la tendencia emperatriz a formar Estados de magnitud excepcional basados en la fuerza, en un orden casi aristocrático, y al propio tiempo en la libertad política y civil del individuo, eran proposiciones colocadas más allá del alcance mental y uniforme de sus compatriotas, como lo probaron los hechos, particularmente el muy significativo de que Bolívar ha seguido teniendo razón, según es costumbre providencial de los hombres superiores.

Desde el comienzo de su carrera Bolívar constantemente pensó en abolir la esclavitud y lo hizo desde luego en su casa. Antes de la revolución tenía mil esclavos, y cuando después de la batalla de Carabobo fué a buscar alguna intermisión a sus fatigas en el campo de San Mateo, sólo encontró tres de aquellos mil, a quienes dió la libertad inmediatamente. Al Congreso de Angostura le había dicho: «Abandono a vuestra soberana decisión la reforma o

la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.» La reunión del Congreso de Cúcuta le ofrecía nueva ocasión de promover este acto político que consideraba de gran trascendencia, como esencial a los fines ideales de la revolución, como lógico dentro del objetivo de la Independencia, y como necesario al libre y desembarazado movimiento de las funciones populares hacia la unidad democrática, donde para él residía la justicia en que deseaba fundar a todo trance la Patria y la organización gerárquica de la República. Solicitó pues, ante aquel cuerpo la absoluta libertad de los esclavos «en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el ejército Libertador». El Congreso dictó una Ley de manumisión, encontrando probablemente demasiado radicales aquellas ideas que afectaban intereses cuantiosos.

También se decretó la traslación de la capital a Bogotá, medida que tuvo malas consecuencias: elimináronse algunos impuestos que substituyó la contribución territorial directa, y suprimiéronse varios conventos, entre otras disposiciones de un liberalismo exagerado. El Gobierno quedó constituido en ausencia del Libertador, por el Vicepresidente de la República y un gabinete de cuatro Ministros. A solicitud de Bolívar el Congreso mandó devolver los bienes del señor Iturbé, que le habían sido confiscados. En su petición el Libertador decía: «Permítame V. E. que ocupe por la primera vez la bondad del Gobierno de Colombia con una pretensión que me es personal.» Como se recordará, el señor Iturbé había solicitado de Monteverde en 1812 un pasaporte para el futuro Libertador.

¿Hasta dónde, y con cuáles consecuencias para la república naciente, adoptó el Congreso de 1821 las ideas constitucionales y políticas de Bolívar? No corresponde al presente limitado ensayo hacer estas consideraciones: lo esencial para nuestro fin es con-

signar que a la sombra de los laureles de Boyacá se reunió el Congreso de Cúcuta, fueron sancionadas la Constitución y demás Leyes, y principió el funcionamiento de todo el organismo político y económico dentro de la vida civil de Colombia.

La figura de Bolívar era ya tan alta en América que se la veía desde los cuatro puntos cardinales. La gran Patria, que cuando la batalla de Boyacá estaba todavía embrionaria en la obra boliviana, había completado ya la mayor parte de su contorno con la victoria de Carabobo, con la Constitución de Cúcuta y con el establecimiento regular del Ejecutivo. Sin embargo, la línea del sur de Colombia estaba indecisa y amenazada.

En 1820 y después de muchos años colmados de alternativas sangrientas, Guayaquil proclamó su independencia de España, pero también de Colombia. El Gobierno, que se componía de una Junta, uno de cuyos miembros era Olmedo, el futuro cantor de Junín, oscilaba entre las corrientes de los partidos que pedían independencia completa, o anexión al Perú, o anexión a Colombia.

Estas provincias estaban lejos de la influencia política de Bogotá y muy cerca de la de Lima, desde donde se trabajaba con grande actividad para inclinar la opinión de Guayaquil hacia el Perú. Trabajada interiormente por estas facciones y por la guerra contra el Gobierno de Quito, la existencia política de Guayaquil era muy precaria, cuando el Libertador, en octubre de 1821, salió de Cúcuta para el sur de Colombia.

En el transcurso del viaje ocurrieron dos sucesos de la más extraordinaria importancia para los anales de América y para la gloria de Bolívar: la invitación a las Naciones continentales para el Congreso de Panamá, y la orden de iniciar los estudios para el Canal del Istmo por los ríos de San Juan y Atrato. Dos magníficos proyectos: de ciencia material el uno, puesto en práctica después por un pueblo poderosamente organizado, y el otro ideal y de filosofía polí-

tica, que ha ido entrando desde entonces en las ideas comunes de la civilización y del actual progreso del mundo.

Para el primer empeño partieron al punto hacia México el señor Santamaría, y el señor Mosquera para el Perú, Chile y Buenos Aires, y ambos firmaron con estas naciones Tratados que pueden considerarse como preliminares de los Convenios anfictionicos de Panamá, cada uno de los cuales contenía, por orden expresa de Bolívar, además de la cláusula del arbitraje, la del *uti possidetis*, que él había de aprovechar muy pronto en el caso de Guayaquil respecto de Colombia, y que nosotros hemos invocado y seguiremos invocando en nuestras controversias de límites, como la mejor base del derecho, es decir, de la justicia.

El Libertador había enviado desde Bogotá Comisionados a tratar con la Presidencia de Quito, ignorando todavía que ya estaba en aquella ciudad el General Mourgeón, cuya cultura, distinción y nobleza le constituían en un peligroso enemigo para la causa colombiana. El General se limitó a enviar a Bolívar, conforme a la Convención de Trujillo, los prisioneros cogidos en un reciente combate.

Al llegar al Cauca Bolívar encontró el país azotado por toda clase de crímenes y envió enérgicas reclamaciones al Gobierno de Bogotá para el remedio de aquellos males.

La batalla de Bomboná abrió al Libertador el territorio de Pasto y la de Pichincha las puertas de Quito a Sucre. En esta ciudad se reunieron los dos Capitanes de Colombia, y después de organizar el Gobierno entre aclamaciones entusiastas y honores, Bolívar se ocupó desde luego en la empresa de someter a Guayaquil, cuya Junta de Gobierno era enemiga de la unión a Colombia. Pero ateniéndose a las demarcaciones territoriales del sistema colonial, la Constitución de 1821 había incorporado ese territorio a la República, y el Libertador estaba resuelto a mantener la Ley fundamental en la guisa que fuera

necesaria. Por su parte San Martín, si bien no quería entrar en abierta disputa con Bolívar y Colombia, trabajaba desde Lima por incorporar al Perú la provincia, y tenía ganado por medio de activos emisarios buen terreno en aquel propósito. Además, se contaba con que la tropa que llevó el General Santa Cruz a la batalla de Pichincha y que debía regresar por Guayaquil a embarcarse para el Callao, apoyaría el pronunciamiento en favor del Perú. Pero el Libertador había previsto la maniobra y envió rápidamente al General Salóm con una fuerza para ocupar a Guayaquil, en tanto que procuraba detener algunos días a Santa Cruz en Quito.

Bolívar llegó a Guayaquil el 11 de julio, y dió principio a la obra de política. Cuando a su entrada fué la Junta de Gobierno a recibirle, era tanta la confusión y tan numeroso el gentío que no pudo reconocer a estos funcionarios ni hacerles manifestación alguna de cortesía o respeto, lo cual fué motivo de mucho resentimiento para ellos. Al ser advertido, el Libertador envió a uno de sus edecanes a dar una explicación al Presidente, que lo era Olmedo. El oficial preguntó si había de hacerla también a los otros dos miembros de la Junta, los señores Roca y Jimena.

—No, respondió Bolívar—es el genio de Olmedo y no su empleo lo que yo respeto.

El día 13 de julio el Libertador Presidente de Colombia ponía fin a las agitaciones encargándose del Gobierno Civil y Militar de la Provincia y el 31 del propio mes quedaba el territorio de Guayaquil, en virtud de lo resuelto por el Cuerpo Electoral, de lo mandado por la Constitución de Cúcuta y del *uti possidetis juris* de 1810, incorporado a Colombia.

Conocida la intención que tuvo el Gobierno de Lima de aprovechar el paso por Guayaquil del cuerpo de ejército que había llevado a la campaña de Pichincha el General Santa Cruz, para robustecer y asegurar el movimiento de anexión del territorio al Perú, no parece aventurado suponer que había igual

intención en el viaje de San Martín, aparte de la utilidad que para el mismo plan le atribuiría él a su presencia en el puerto, antes de que Bolívar pensara en salir de Quito. Sin duda, el héroe del sur tendría también curiosidad e interés profundo en conocer al Individuo prodigioso cuyo nombre sonaba como un clarín y cuya espada era un rayo: fuera de ir a templar su energía en el alma inagotable del Libertador y a buscar más fuerza en el rico arsenal de Colombia.

El vario motivo de la presencia de San Martín en la Ría está ya sin duda esclarecido, y la historia recoge con seguridad el desabrido semblante del Protector durante su permanencia en Guayaquil, así como los resultados inmediatos y remotos de su entrevista con Bolívar. ¿Qué impresión recibió del luminoso, espléndido Civilizador el insigne capitán civilizado y lleno para entonces de reservas?

El prestigio que tenía él en Guayaquil, animado por la conducta de Bolívar, le ofreció un brillante recibimiento. Entusiasmáronse las señoras, y pusieron sobre su frente, algo fría, una corona de laurel. La sociedad de Guayaquil estaba muy bien impresionada por los oficiales peruanos: la tradicional cultura limeña, la suavidad de sus modales, su riqueza, refinamiento y buen gusto, su elegancia y lujosos uniformes, eran causa de mucha simpatía para la gente guayaquileña: y tal sentimiento se avivó probablemente cuando vieron pasar junto con el pensativo Sucre, a los veteranos del Norte, un poco hirsutos, con sus vestidos heterogéneos, sus maneras agresivas y rudo hablar, que habían ido desde Pantano de Vargas y Boyacá a dar una vuelta por Carabobo para venir luego a pasearse por las alturas del Pichincha.

Hubo comidas, bailes, y durante las mañanas conferencias entre los dos Caudillos. Para el público, el objeto de la venida del General Argentino a Guayaquil era solicitar auxilios del Libertador para terminar la guerra del sur, puesto que la del norte

había sido coronada por la victoria. Para esta gestión dábanle pie la solidaridad continental proclamada por Bolívar y el Tratado ya existente.

Según el General Heres, el Protector del Perú partió de Guayaquil llevando en el corazón aborrecimiento contra Bolívar. Mejor es dudarlo. ¿Por qué lo habría? San Martín, como el General Morillo, sintió de cerca la fatalidad radiante de aquella vida, y, con plausible moderación, se apartó para dar paso a las providencias del destino. De la conferencia resultó que dos mil hombres marcharon inmediatamente para Lima: la división de Santa Cruz fué devuelta con sus reemplazos completos y con una hoja de la palma cogida por Sucre al pie del Pichincha: Guayaquil estaba incorporada, con lucida presteza y fundado derecho, a la gloriosa Nación Boliviana: y en cuanto a la monarquía, era evidente que América marchaba, conducida por el genio y la voluntad del Libertador, hacia la forma republicana de gobierno.

Al despedirse, preguntó el Libertador a San Martín cómo estaba la opinión en Lima con respecto a su protectorado: el Protector contestó satisfactoriamente, — dice Larrazábal.

— Pues bien—repuso el Libertador— a mí se me ha amargado el placer de haberle visto a Ud. con la noticia de la revolución que habrá estallado a la fecha en Lima.

— ¡Cómo! — dijo San Martín.

Bolívar le mostró una carta.

— Si esto ha sucedido — exclamó el Protector — me iré a Europa y diré adiós para siempre a la América.

El trastorno era un hecho, y el influjo de San Martín fué desvaneciéndose luego en una existencia bañada por luz de gloria, pero pacífica y alejada. El hijo de Caracas estaba destinado a completar la independencia del Continente.

Organizado el Gobierno de Guayaquil y puesto en manos del General Salom, Bolívar partió en setiembre a recorrer las otras provincias del sur.

Los señores que se habían ido del Guayas como deslumbrados por la presencia y la energía centellante del Libertador, fomentaban en Lima y en los demás países meridionales fuerte animosidad contra Colombia y su Dictador, según le llamaban. Sin embargo, éste, con un afán cada vez más vivo de independizar el Continente y sobre todo, de alejar para siempre todo peligro y amenaza realista de las fronteras colombianas, asegurando la emancipación del Perú, dirigió por medio de su Secretario al Gobierno de Lima una nota ofreciéndole cuatro mil hombres más, que junto con algunos contingentes que vinieran de Chile y Buenos Aires, podrían batir y expulsar al ejército español que dominaba casi todo el territorio peruano. La contestación fué esta:

«La Suprema Junta Gubernativa del Perú, en virtud de resolución del Soberano Congreso, me manda conteste a U. S. con respecto a su nota de 9 de setiembre anterior sobre planes de guerra, manifestándole el reconocimiento del Perú a las generosas ofertas de S. E. el Libertador de Colombia, de que se hará uso oportunamente, y que entre tanto podría S. E. auxiliar este Estado con el mayor número posible de fusiles, cuyo artículo hace notable falta: en inteligencia que su valor será satisfecho religiosamente, tan pronto se desahogue algún tanto el erario».

En el semblante generalmente taciturno del Libertador apareció ahora la melancólica sonrisa de que hablaron algunos oficiales ingleses.

No se había cumplido un año, cuando Bolívar, atendiendo a las patéticas instancias de cuatro comisiones venidas del Perú, la última de las cuales fué presidida por el propio cantor Olmedo, salía de Guayaquil a bordo del bergantín colombiano *Chimborazo*, después de haber recibido autorización especial del Congreso.

Era el 7 de agosto, aniversario de la batalla de Boyacá.

La Gran República estaba constituida: podía ser

la base de operaciones que la Independencia y sus defensores tuvieron sobre el mundo americano, y mientras el inmortal fundador de tal Potencia partía de las playas guayaquileñas, en pos de las gloriosas visiones de Junín y Ayacucho, sus amigos, en el entusiasmo de la expedición, no recordaban, pero sí recordaron después con amargura, cómo cuando las campanas del Rosario fueron echadas a vuelo para celebrar la Constitución de 1821, el Libertador exclamaba con tristeza profunda:

—¡Están doblando por Colombia!

JOSE AUSTRIA

Lámparas

de

OBSEQUIO DEL AUTOR



QUITO
EDITORIAL ARTES GRAFICAS
IMPRENTA, LIBRERIA Y PAPELERIA

1926

la base de operaciones que la Independencia y sus defensores tuvieron sobre el mundo americano, y mientras el inmortal fundador de tal Potencia partía de las playas guayaquileñas, en pos de las gloriosas visiones de Junín y Ayacucho, sus amigos, en el entusiasmo de la expedición, no recordaban, pero sí recordaron después con amargura, cómo cuando las campanas del Rosario fueron echadas a vuelo para celebrar la Constitución de 1821, el Libertador exclamaba con tristeza profunda:

—¡Están doblando por Colombia!

JOSE AUSTRIA

Lámparas
de
ilusión



QUITO
EDITORIAL ARTES GRAFICAS
IMPRENTA, LIBRERIA Y PAPELERIA

1926

LAMPARAS DE ILUSION

I

Emerson alude a la gruta de Kentucky: caverna mágica donde soñó el pensador, o el soñador pensó. Bajo una ciudad, bajo un río, la encantada cueva de estalactitas y estalacmitas. En plena obscuridad aparece de improviso el cielo estrellado: es, dentro de la bóveda, el espectáculo del aire libre con una clara fulguración de astros... Pura ilusión. Una lámpara, unos espejos en artística manera colocados, realizan el prodigio.

También en la gruta de nuestras almas, una linterna prestigiosa, irradiando sobre los vastos espejos del mundo, nos regala con las múltiples emociones de la naturaleza: con la visión del sol resplandeciente, de los árboles que cuajan esmeralda, topacios y rubíes, de las fragantes rosas hermanas de las mujeres, de las montañas azules hermanas de los cielos y del estrellado jardín de las noches solemnes. Quizás el espíritu no es sino la generosa lámpara encendida, proyectora de luces en el mundo externo, de potencia distinta, con reflectores de latón y cobre o de oro y plata, con rudos vidrios primitivos o cristales finamente tallados, teñidos con todos los colores. Y esta lámpara que el misterioso Alumbrador enciende, ha de guiarnos en la vida, alumbrándonos la ruta y los horizontes con la intensidad y extensión de su energía. Los mecheros son diferentes, las luces de varia manera graduadas: desde los focos de vigor superlativo, hasta los humeantes candiles de antiguos teatros arrabalescos.

Confieso que dentro de la inevitable clasificación, me atraen fuertemente las almas de luz promedia, con su ancho campo de visión, sus peculiares padecimientos y su fatal destino de seres desabridos, mal humorados, de ceño ácido y ademán inoportuno. Pues son las más fecundas inteligencias. Son grandes seres que no ven la ilusión completa. Ilumina su llama una parte de las cosas y la otra parte, dentro de la sombra, dibuja su línea sulfúrea de esqueleto: como Diana en creciente deja ver su obscuro perfil, con la luz cenicienta de Leonardo de Vinci. En cambio los hombres de radiosa lámpara, de irradiación cegadora, que tiene amplitudes, fuerza y generalizaciones de incendio, son los facultados para cumplir las nombradas grandes cosas, que son cosas de ilusión. No excluyo los imperios cuando son arbitrariamente constituidos, ni las poderosas religiones. Naturalmente, la lámpara creadora de máxima ilusión es la máquina triunfal: desde los lejanos, arcaicos, sangrientos fundadores, Budha, Mahoma y los Kanes hasta Cromwel, Napoleón y Simón Bolívar, los hombres con extraordinaria linterna interior son quienes han llegado a interpretar en grado supremo la ley de ilusión; y como las leyes verdaderas se interpretan cumpliéndolas; actuando bajo su fórmula, vemos cuánto la ley de ilusión hácese cumplir también: por medio de la victoriosa civilización occidental puesta en orden de batalla por el sable de Carlos Martel y en zafarrancho de combate sobre las galeras de Lepanto; por medio de la restauración de los Tudores y del abrazo al águila en Fontainebleau; por medio del ruidoso fracaso de Colombia y de las amarguras de Santa Marta.

Aunque todas las cuestiones son iguales desde la región claro-obscura en donde el alma se cierne con la blanca, serena faz vuelta hacia los astros—no hay, empero, cuestión tan interesante, a la vez que tan pueril, como ésta: la utilidad de los grandes hombres está en ser como el forceps para la matriz de la Naturaleza: extraen, sacan a luz los acontecimientos, hijos del misterio, en buena sazón y vivientes. Pero los duros *superhombres*, los desmesurados proyectores, los sacan

en ocasiones sin vida, cinco-mesinos, siete-mesinos, abortados, casi siempre a pedazos y dolorosamente. Estos no tienen justa noción de lo Necesario. Aquellos, acertados tocólogos, responden a una exigencia de lo subevidente. La futura realidad palpita en la tiniebla de lo desconocido, como una larva en el pozo cubierto: están los hechos latentes en el saco de lotería que envuelve al mundo, están las fuerzas generadoras en movimiento incesante y eterno, agolpadas en las mil puertas de la Vida para ir arrojando, cuando las abren manos industriales y manufactureras, los materiales de los sucesos. Los pensamientos están en el mundo—la vida está llena de pensamientos—como los gérmenes en la capa vegetal, como en el estrato los veneros. Ved: en las naciones trabajadoras y civilizadas, el agricultor para hacer producir la tierra, el minero para desentrañar tesoros, el artista para crear en línea y color expresiones de belleza, el guerrero para montar centinela en los límites de la Patria, el poeta para cantar los dolores del Hombre y de la Nación, el filósofo para meditar sobre el misterio del sér, llegan con sus avíos, hierros y linterna, con activa capacidad, con un cutis vibrante que les advierte cómo hay pensamientos que recoger, hechos en gestación para sacarlos a luz, fuerzas que desencadenar y poner en expansión: es muy cierto, y semejantes hombres crean la historia. Pero: ¿la Historia como ha sido hecha, estaba preordenada en el inmenso vientre, o los hombres de ilusión enérgica la formaron a su arbitrio con los materiales que se agolpaban en las mil puertas enigmáticas del misterio? Hablaréis con algunas personas que os dirán cómo el Macedonio Alejandro vino al mundo para arrancar de las entrañas envejecidas del Oriente la civilización greco-romana: y cómo Jesús el Cristo nació cerca de las simbólicas márgenes del Tiberíades para redimir de las impotentes manos de aquella misma civilización el mundo que había de ser cristiano; y cómo el Renacimiento y la Reforma surgieron para librar las almas de la sombra y la locura medioevales... Mientras otro vendrá a deciros cómo al

Misterio le era indiferente que los Persas libertaran al mundo del genio ático; y que la civilización greco-romana, con su grandeza y bello desnudo apenas cubierto por la clámide roja, naciera para curar al hombre del tenebroso ascetismo cristiano, bajo cuyas tocas y capuchas sudaban los cráneos pelones, sedientos de las claras fuentes paganas, refrescantes e higiénicas.

El hombre dice: Lo mejor es lo que sucede. Pero también se pregunta: ¿Cuál sería el rumbo de las cosas si en lugar del Inglés, triunfa el Corso en Waterloo? Razón por la cual, no obstante nuestra respetuosa inclinación, encontramos tortuoso y arbitrario el curso de la Historia en el sentido del Progreso, y en el sentido de la Naturaleza, humano y *natural*.

En las extensas lagunas de los Anales puede verse, a través de la turbia superficie, un movimiento sordo y tranquilo de las realidades embrionarias. Imaginad el vuelo inmóvil de la cigüeña en una laca china: ved la quimera de granito como parece hablaros con su pendenciero rostro burlón y golpearos el hombro con su fija ala abierta. Si ponéis el oído a estas épocas y estas cosas bullentes en la inmovilidad, sentiréis en los nervios el canto de un grillo escondido en las grietas del techo, el roer de un ratón bajo el entarimado en el silencio de la alta noche. No podréis dormir. Vuestra luz parpadea. Pensáis en los creadores de ilusión, de grandes ilusiones estrepitosas, y queréis verlos llegar. Presa de tal desazón aguarda la humanidad el advenimiento de los impetuosos cerrajeros, que traen encendida su lámpara de ilusión. Llegan y alumbran. ¿Hacen el deber en obsequio de la gente que los espera? ¿Son para ésta lo que Carlyle les atribuye? Si ocurriera de ese modo, las lecciones de la Historia no tendrían significación. La vida de un Héroe periódico fuera la ley: y al presente, la humanidad estaría profundamente fastidiada de su bienaventuranza y de su perfección. Pero la Naturaleza sólo admite el forceps para parir viva o muerta su preñez: jamás revela cómo y para qué concibió ni alimentó el feto y tiene un misterioso graduador de *antiguo régimen*, si juzgamos con la filosofía

de la Libertad, de la Igualdad, de la Fraternidad: el graduador de las lámparas de ilusión, que el Alumbrador Destino enciende. Cuando flamea esa llama bajo sus globos colorados y sobre los bruñidos espejos, cuando los nervudos cerrajeros ponen en las puertas obscuras del Misterio sus poderosas llaves y muchas veces sus *ganzúas*, queda hecha la Historia: es decir, el Libro de la Naturaleza. Si hablamos, pues, de las lecciones del Pasado, es porque en él hubo Mal, *a nuestro entender*: y séame permitido decir cómo no conozco épocas idas ni creo en venideras épocas, durante las cuales semejantes lecciones no se hayan olvidado ni se olviden, y no abunden por lo tanto, los mismos males y otros. Es lo inevitable. . . .

Si, pues, todos estos hombres, portadores de las linternas fatales, carecen de la justa noción de lo Necesario, son preferibles los hombres de ilusión a media luz, pues no irán demasiado lejos y el progreso no será tan alternativo y penoso. Observad cómo, efectivamente, algunos seres poseen tales lámparas, que les ciegan a ellos mismos y a los espectadores. Afortunadamente, no son muchos, aunque sean el encanto, *la sal de la tierra*. Con su potente linterna trazan la línea de luz hasta el vago punto en donde suponen colocada la realidad central, y sólo hacen funcionar espejos ensangrentados: en tanto que los de media luz nunca serán fanáticos, no llegarán a los suplicios como fórmula religiosa, política o jurídica, ni a las pirámides de cráneos, ni a la conquista universal. Se detendrían modestamente: si se tratara de Simón Bolívar, en el límite de un esfuerzo hábil y discreto por el bien de la Patria, y su *obra maestra de civilización* hubiera sido más tranquila y fecunda, más útil y menos dolorosa: y si de Napoleón Bonaparte, en el Código Civil y en la centralización administrativa, con mucha sangre y muchos dolores menos. A propósito: es curiosa la trascendencia que se le atribuye a la intención napoleónica, de haber impuesto y hecho triunfar la democracia en Europa, sentando sobre los tronos a hijos del pueblo. Todos los fundadores de dinastías fueron hijos del pueblo:

¿De dónde se quiere que hayan venido? ¿De las nubes?

Pero Emerson aplica cierta ley de identidad observada entre las moléculas y el todo, al hombre y su representación, a saber: el éxito de Napoleón estuvo, por ejemplo, en que personificaba las tendencias de todos los franceses de su tiempo, cada uno de los cuales era un *petit caporal*, un guerrero. Fuera interesante ajustar esta teoría a la ley de singularidad, observada por algún filósofo de la historia contemporáneo.—Ya se opinó que la humanidad puede ser pacífica largo espacio de vida. Luego, ¿escs Bonapartes en miniatura déformada, provistos con la enorme válvula de su General Cien Mil, representaban suficiente acumulación de la energía guerrera en reposo y realizaron una reacción necesaria contra la paz imperante desde Luis XIV? Y cuanto a nuestra guerra magna, ¿fue también la tremenda crisis, explosión de fuerzas acumuladas y contenidas en el período secular de la Colonia? Todos los demás determinantes—muy contradictorios—¿son motivos subalternos? Creo en los hombres simbólicos: es conveniente que la representación de cada uno sea relativa—dentro de la ley de generación— a su país y a su época: somos hijos antes que padres. ¿De cuál aspiración fueron intérpretes los hombres de las Asambleas Nacional y Legislativa francesas? De la libertad, es decir: del orden público fundado en el derecho humano. ¿De qué lo fueron los hombres de la Convención y del Terror? Esos representan una de las lecciones de la Historia. Mas he aquí la guerra contra la Coalición y ved cómo comparece la figura de Napoleón Bonaparte: cuando este grande General, cuando este completo representativo de un perfecto ideal guerrero nació, la Europa estaba en paz y a primera vista, no parece prudente suponer que con el desarrollo de ese carácter y de ese genio se iría paralelamente desarrollando la fermentación de los futuros acontecimientos. ¿Debemos aceptar que lá Providencia haya deliberado sobre la necesidad de proveer al país de Francia con un hombre capaz de triunfar contra todos los países de

Europa reunidos? Mucho más oportuna hubiera sido tal previsión en obsequio de Luis XVI, para evitar tantos desastres. Cuanto a nuestro sorprendente Simón Bolívar, sólo representó la bancarrota de todas sus lujosas ideas, excepto la de la gloria: inmensa reflexión de su lámpara. . . . Es, sin embargo, muy verdad que cada época templa sus caracteres: En el tiempo del Terror la cuchilla no cortó cabezas temblorosas de miedo: los finos cuellos de las mujeres se descubrían con la misma serenidad que los cuellos robustos de Vergniaud y de Danton. En la guerra de Independencia el amor de las batallas, el heroísmo del combate, floreció como un atributo colombiano. ¿Dónde, pues, estará el azar para que puedan las convenciones utilizarlo decorosamente? Los acontecimientos ¿forman al hombre o el hombre extrae los acontecimientos del saco de lotería? La vida enseña que el sér es feroz y mata para existir. Sólo en las altas regiones del alma—en las serenas regiones de las lámparas a media luz—existe la aspiración benemérita de rectificar esa despótica ley. No se puede negar que la obra de esas almas, sobre todo la obra de arte de esas almas, quiere ir dulcificando la vida, haciendo mejor al hombre civilizado: la mano se va suavizando como la suave tela del frac. Y sin embargo: actualmente, tanto el hombre—rey, a su manera de ver—como el mosquito que le pica para extraerle sangre y alimentarse, todos matamos y hacemos daño. En plena paz la guerra impera: es una guerra que está en los átomos y circula por la vida penetrándola como el hierro del matarife por el cuello de la res: con el hirviente chorro de sangre se fecunda la existencia. No obstante, dentro de la universal matanza parece útil estar contento con el amor de las lámparas a media luz: es el amor de las almas que tienen vuelta la cándida, serena faz hacia los astros. Jesús, Francisco de Asís, Jorge Fox, son almas de una eminente, amplia inteligencia, representativas del tipo ideal que lleva lámpara de media luz. Son almas heroicas, precursoras y hermanas de las almas caballerescas. El derecho divino de la vida es ser respetada, lo mismo que ser respetada es el derecho

divino de la muerte. Todo y todos debiéramos vivir hasta que naturalmente nos pise el Tacón Infinito. Matar no debiera ser un derecho. Así, el derecho sería vivir y en este sentido un derecho no puede limitar a otro, porque no habría derechos mayores ni yuxtapuestos. Los nervios no se sosiegan hasta ver destripado el alacrán que, gozando de la existencia, camina pacíficamente a través del aposento, con su colita en curva erecta: y luego seguimos viendo alacranes por donde quiera. ¿No deberíamos nosotros, *un poco* más inteligentes, hacernos a un lado y decirle: Pasad, hermano alacrán, y vivid hasta que el Tacón Infinito os aniquile? En el cielo, durante las hermosas noches, nos encanta un alacrán formado de estrellas, que no alcanza nuestro pie. Camina majestuosamente por la gran sala azul, sala espléndida por donde transitan otras suertes de alimañas no menos radiantes: y el Supremo Tacón ¡ay! —pero sólo él—destripará también este alacrán de estrellas!

Si llegara el hombre a comprenderse a sí propio, tendría en su mano la clave todo-poderosa. ¿Cómo comprender lo que vemos sin comprendernos a nosotros mismos? El hombre, dice Goethe, es el objeto único que interesa al hombre. Y mientras viva, este hombre no se comprenderá ni comprenderá tampoco *Este misterio que llaman vida*: tal es el magno, fundamental dolor. Dolor que no alcanza su plenitud, es decir, la máxima expresión del obscuro sentido de la vida, sino cuando la lámpara del alma brilla con la media luz, con luz normal: es un obscuro sentido de la vida que nos lleva a desear la rectificación de las crueles pragmáticas, lo cual es quizás el presentimiento de un estado mejor, de otra vida cuyo sentido de sí propia sea menos obscuro. Ni el candil llega a posar su luz, ni el foco deslumbrador a detener la suya en ese punto céntrico de la realidad, donde se recoge la convicción de no conocer y el profundo, permanente, definitivo pesar de conocer esa impotencia. Y la conducta de los hombres está de acuerdo naturalmente con la irradiación de su energía: su expresión de vida es el resultado de su

fulguración interna. El General Bonaparte vistiendo la púrpura y alcanzando su aquilina mirada más allá del Cáucaso y más allá del Nilo: Jesús de Nazareth, errando pensativo por el paisaje galileo y ofreciendo al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios: Simón Bolívar, desafiando a la naturaleza y conduciendo su ejército desnudo y heroico por el derrotero de cumbres incendiadas de la Magna Cordillera, para dar a las naciones una servidumbre en lugar de otra y morir profiriendo las palabras más amargas de la historia: Jorge Fox, de quien tanto se burló en su figura, en su estilo, en su doctrina, la convencional crítica inglesa—cosiendo su vestido enterizo de cuero, como la túnica inconsútil del primer hombre libre que habría en Europa, según con tan clara verdad lo dice Carlyle: Francisco de Asís, dejando surtir de su corazón el manantial de amor para todos los seres y todas las cosas: son con evidencia ilustre, elocuentes expresiones de esa graduación de las lámparas de ilusión. El orgullo insólito de theomano atribuído a Jesús, ¿no será más bien, visto dentro de la realidad poética, la expresión del simbolismo que necesitaba establecer como relación de su luz interior con el núcleo central de la vida? Ved cómo el bello parabolano taciturno escasamente fué verdadero fundador de la Religión que había de señorear *Urbe et Orbe*. Sólo cuando vinieron el Propagandista de poderosa ilusión como Pablo, el Emperador a toda luz que deseó cabalgar en la Insignia y una sucesión de Papas hombres de Estado, pudo fundarse la Religión dominadora. Jesús vacilaba para entrar a Sión: ¿qué haría Cristo con el poder?... Alguna ocasión pensé que las ideas son como tigres de oro, pues nada tan impetuoso, ágil, sutil, felino como las ideas: pero si he de seguir amando esa florecilla silvestre de retórica, debo explicarla del siguiente modo: El Hombre con su linterna interior va explorando, lleno de anhelo y de pobreza, la Selva del Misterio, el saco de lotería que envuelve al mundo—y levantando en ojeo las hermosas fieras áureas. Luego vienen los domadores, los que en el Circo aplican a la vida las ideas y hacen fá-



miliarizarse con ellas a los espectadores....

Llevando, pues, la lámpara a media luz, pienso que ha de verse más nítida la realidad central: en el hombre, cuanto de obscuramente divino lleva en el alma y cuanto claramente pobre lleva en el cuerpo. El foco mediano, que no deslumbra, ilumina la línea plástica: y en el claro-oscuro, en la *luz cenicienta*, quedan bien trazadas las líneas fosforescentes del esqueleto. Lámparas destinadas a ver todo el Mal posible, comunican facultad y aptitud para realizar algún Bien. Sabéis cómo fueron graves y verdaderas, desoladoras y solemnes las palabras de Simón Bolívar después que su enorme foco se puso a media luz. Obscureciéronse los espejos y vió entonces la parte del esqueleto que todo espíritu está en la necesidad de ver para ejecutar alguna obra de práctico provecho y alguna obra de trascendencia divina; es decir: algo de belleza exterior y algo de belleza interior. Porque no hay en el mundo nada sino la Belleza, puesto que no existe nada sino el Dolor: las cosas de mayor fealdad son una expresión, más típica talvez, del eterno dolor universal: y el dolor es la esencia de la Belleza.

Meditando silenciosamente se comprende esto: y tal es el valor inapreciable y misterioso de la soledad. Si departís con los llamados amigos o vagáis entre la ruidosa multitud, no estaréis tan en buena compañía como encerrados en vuestro solitario gabinete, o en vuestra foránea choza. La conversación mundana parece que hace huir a los espíritus; mientras que cuando uno está solo, si sabe estarlo, en aquel silencio de que habla Maeterlinck, sostiene el más interesante de los diálogos, el diálogo con todas las almas del universo, con el universo de las almas. Y así como en una límpida noche de verano tropical contemplamos en el cielo la infinidad de las estrellas, así en estos transparentes silencios de la Soledad, vemos cubierto el mundo de las infinitas estrellas—de las linternas de las almas: focos espirituales de los que viven y focos espirituales de los que han muerto, pues si el mundo está lleno de pensamientos, es porque está

lleno de almas imperecederas; y todas brillando silenciosamente, con una fulguración multicolora de flores centellantes, en el más animado y silencioso de los diálogos, sobre el fondo de luz cenicienta del eterno, universal Dolor. Es la rica floración de primavera saliendo del negro estiércol de la tierra: las rosas de la belleza matizando el gran manto trágico: tal así como la flor que rinde su alma en una gota de esencia, bien así como la estrella que da su alma en un rayo de luz.

Toda la obra de los grandes pensadores, es decir, de las almas que han pensado mucho, es afirmación del Dolor. La prueba evidente de la ubicuidad del Dolor, es la ubicua presencia del Misterio. . . . Y toda la actividad de los seres induce a la exploración del Enigma: pues vemos cómo las lámparas a media luz, que son sin duda las más penetrantes, con sus completos colores y modos de irradiación, buscan la realidad central por los diferentes rumbos del arcano y nos arrastran en ese vuelo circular de peregrinación, en que las almas se guían incesantemente unas a otras, por senderos distintos: atravesando ahora risueña y verde pradera floreciente de margaritas, ya por estrechos caminos que flanquean en espiral dantescas montañas, ora por ventisqueros andinos en que reina la tormenta y las nubes perennes forman la noche. Y guiadas o guadoras, este es el eterno, variado viaje de las almas.

Y al guiarnos, el alma, todas las almas, están diciéndonos al oído, cómo es necesario, para que la vida sea fecunda, noble y bella, que ajustemos nuestra conducta a la actividad del espíritu, que dejemos a Psiquis modelar nuestro cuerpo. Los grandes focos no solamente lo modelan, sino quieren modelar con toda violencia las almas y los cuerpos de los otros: causa de fracaso. Las almas de media luz se contentan con modelar su conducta: actuación generosa que tiene la virtud del ejemplo y la enseñanza; los candiles ni obedecen ni enseñan, y pretenden modelar su alma por el cuerpo, deformándola con extrañas convenciones, que ya no son perniciosas, sino inútiles.

Veis en los ojos del niño cómo hacia todos lados voltea su lamparita, sin tener aun completo el buen aceite de la vida: así la muchedumbre adolescente se resiste primero a la lógica y a la necesidad; después olvidadiza, resignada, sometida por la costumbre, se tranquiliza, rumia en lo inesperado y en la ilusión rudimentaria. Por eso comprendéis cómo el éxito de los grandes hombres está en el punto de coincidencia—modificando un poco la teoría de Emerson—entre su poder de ilusión y la ilusión confusa de la muchedumbre. En ocasiones, esa coincidencia tarda: en otras es inminente. Ambas coincidencias forman el progreso, que no es en realidad sino una serie de ilusiones. Cada hombre de media luz tiene la conciencia categórica de esto y se guarda bien de admitir en toda su latitud la palabra y el hecho *progreso*. Henry George ha escrito un libro titulado *Progreso y Miseria*: vosotros que tenéis ojos, mirad cómo va la miseria dentro del progreso de vuestro tiempo.

Pero Emerson, espiritual americano, aplicando a la vida el milagro ilusorio de la gruta de Kentucky, dice: *Debemos contentarnos con ser agradados, sin analizar curiosamente la causa*. No conozco nada tan difícil como eso: hasta el público somero que presencia muy entretenido un espectáculo de prestidigitación, siente confusamente cómo aquello no es digno del alma; y cuando entra en su casa ve con cuánta mayor y más dolorosa energía surge ante su lamparita el misterio de la vida. Y es que tarde o temprano, el hombre—aun en su más rudimentaria situación—necesita comprender cómo las hermosas nubes que el sol occiduo tiñe con escarlata y el sol levante colora de rosa, traen consigo el beneficio de la lluvia y no se quedarán en las maravillas pictóricas del crepúsculo vespertino y del amanecer: tal como todo hecho, aspecto, idea o ilusión de la vida, ha de destilar, inevitablemente, una lágrima. De otra manera, ¿cómo sería *la vida tan dulce cual el salitre*, según la propia palabra de Emerson?

La eficacia especial de cada lámpara determina que la emoción del acto sea la misma en el limpiabotas,

en algún ministro, sacerdote o versificador, si es sincera, que en el Mariscal Oyama durante la batalla de Muckden, o en el Libertador Bolívar trepando a los Andes, o en José Gregorio Monagas al firmar el decreto de redención de los esclavos: el general japonés ve por medio de su intenso foco, prendido a la realidad central como un zarcillo a una oreja, el destino de Nipón glorioso, triunfador, engrandecido: el general venezolano ve la emancipación de América como *la esperanza del universo*: y el redentor de siervos, al escribir su firma en el papel, miró sin duda cómo se iba modificando el esqueleto fosforescente de toda una raza sujeta al dolor del látigo cristiano y del esfuerzo sin remuneración. Probablemente, la Cruz Roja no más vió la luz cenicienta del esqueleto en la terrible guerra del mundo.

II

Ver el esqueleto de las cosas, es como ver el alma del mundo. Esto es lo que yo ambicionaría. Limitado número suman los que tal logran: mientras que somos innumerables, quienes olvidándonos de esa necesidad del alma o desconociéndola:—la cubrimos con una indiferencia crepuscular en la vida mundana, como se apaga un gemido con un tarareo de sosiego, y giramos por el mundo en el vértigo de la obscura ilusión, para morir sin habernos hecho estas interrogaciones alarmantes: ¿cuál es el sentido, la significación de la vida? ¿Tendremos *allá* la radiante confianza del Misterio?

De noche, con su tranquilo, interminable roer, de una monotonía tan agresiva—fijaos en que la monotonía de las cosas, es una inquietante agresión para el alma—el ratón me molesta: y no encuentro forma de pacificarme, pues ignoro con cuál otro plan puede haber sido creado este animalito, si no es para minar las paredes, perseguir el queso, propagar la peste y no dejar dormir a las personas. Empero, la cólera me impide recordar otra enigmática suerte de ratones: la que llevamos dentro de la cabeza, y que, si lo pensamos bien, tampoco deja dormir al Hombre. Es la que nos indica en el silencio de nuestra vigilia interior, cómo esas onerosas causas que atribuimos a la creación de los roedores, son precisamente los motivos supremos de su existencia: puesto que la gran Madre crea y cría sin humano permiso a los gatos y a los ratones, al Scorpión de la Esfera y al insecto alacrán, a Sócrates y a

Platón lo mismo que a los Tiranos griegos, a Washington y a los petardistas, al Doctor Vargas y a Garratuzú, a Sucre y a Zuazola.

A propósito del significativo Zuazola y de sus compañeros cortadores de orejas a los patriotas, veo estas dos ilusiones: Por el antiguo método criminalista se persigue al malhechor conforme a la responsabilidad inherente al libre albedrío. (Ya sabemos *que la hoja en el árbol no se mueve sin la voluntad de Dios*). Ese castigo parece, pues, una retaliación. La Sociedad dice al delincuente: me has ofendido en plena conciencia de tu acto. Esa trasgresión rebosa mi ira y mi miedo. Necesito vengarme y hacer un ejemplo para estar tranquila. Muere, pues, en holocausto a mi miedo y a mi ira. El bandido sube—debatiéndose también lleno de miedo, o con tranquila indiferencia, ensayando retóricas patibularias—la escalerilla del cadalso... En cambio, la nueva ciencia no exige la responsabilidad del criminal: el determinismo triunfa de la volición: la herencia, los tremendos hilos atávicos sujetan el individuo a una vida brillante, o a una suerte pavorosa. El hombre de bien, eslabón en la gran cadena de las generaciones, se pregunta espantado si él, personalidad recta y sana, será otra cosa que vehículo temporal, oscuro pasadizo de alguna trágica corriente de crimen o de vicio que, brotando de fuentes ancestrales, corra esotéricamente a través de la familia para formar dentro de ella pozos siniestros en almas y vidas que él adora y sueña honradas y puras, para decoro propio y gloria del nombre. Y dice la ciencia: Este malhechor no es responsable; el crimen está en la masa de su sangre; es producto de una acumulación de gérmenes morbosos, de enfermedades de sus antecesores; es un caso patológico incurable. ¿Dejaremos vivo a este enfermo tan peligroso, a esta fiera racional que se desvelará pensando en asesinar hábilmente al carcelero, al ordenanza de la penitenciaría, a la hermana de caridad en el hospital? Es, pues, necesario matarlo: llegando así a la misma solución de la fórmula vieja, con la diferencia de que en el libro de la ley constaría que ahora se

realiza una *eliminación*, una *piadosa purificación social*, y antes nos entregábamos al feo ejercicio de la venganza, lo cual es impropio de una civilización decente. Cuanto al alma, a la profunda conciencia del sér ¿cuál beneficio cosecha en uno y otro caso? ¿No queda en una vacilación plausible frente al misterio de la virtud y el crimen, de lo que se ha convenido en llamar el Bien y el Mal? La *Sociedad*, vieja como es y niña siempre ante la Eternidad y aun dentro del Tiempo, sabe de esto muy poco: y sin embargo, no se puede negar que han existido y sin duda existen *hombres* que presienten algo de la ilusión y casi la deletrean en los filos fosforescentes del esqueleto.

Se hacen leyes penales vengativas y hasta el presente parece difícil esclarecer en el acto de conocimiento, en el hecho antropológico y social, la profilaxia del delito. ¿Será el delincuente una piedra de espato de las remotas cavernas primitivas, rodando por el mundo, más bien que un producto de la constante actividad viviente? En la fábrica humana entran muchas de tales piedras. ¡Cuántos matadores! Y además de los que matan, los que sirven para ser matados. Emerson exclama: «¡Qué suma de tontos, pedigüños, inválidos, epicúreos, anticuarios, políticos, ladrones, frívolos!» Y entre nosotros ¡qué cantidad de párvulos y adultos cogedores de mariposas, que tan bellas son volando y posadas sobre las flores, cuántos filatélicos, periodistas, literatos, indiscretos, vanidosos, borrachines, condecorados, tahures, diplomáticos, tenorios y *deportistas*! Extraordinario espectáculo, este de las calles. Empero ¡cómo cuadra en la ecuanimidad de una tranquila, natural filosofía, y cuanto socorre a la necesidad que tienen las almas de hallar en todo una expresión de la belleza, que es el alma del mundo!

Sin embargo, ¿no serán erróneos tantos calificativos y no bastará el de *Ociosos*, ya que según parece, *trabajar* no es estar *ocupado*? Sin duda el acre placer que nos dan nuestros quehaceres es tanto mayor cuanto más conformes son ellos con la vocación; y el punto de coincidencia negativa entre el ocioso y

la vocación universal del trabajo, es la falta de ese acre placer. Este ocioso es un ente desorientado y ridículo en medio a la grave, formidable solemnidad del universo. Está ocupado y tiene la opaca sensación de no saber lo que hace de sí mismo, en el inmensurable taller donde los astros, las águilas y los ofidios, viven seriamente consagrados a su labor. No comprenden el gozo, porque no sabe ganarlo y está en contradicción con la inteligencia, como un matrimonio malo. ¿No será ésta la oculta fuente de la envidia? Quizás es un feto, pero no será nunca una capa rota: ésta sirvió antes. Si algo es, en apariencia, será sin duda un error. Pero ¿que digo? ¿Significan alguna cosa estas palabras *contradicción, error*? ¿Hay acaso errores y contradicciones? ¿No será más justo pensar en hechos dulces y amargos? Sin duda, no podemos imaginar la vida en un encadenamiento de hechos dulces. Pero el ocioso, probablemente, es un hecho desabrido; y yo que, en cuanto ocioso, soy un hecho desabrido, soy también ¡ay! un hecho amargo, en cuanto me analizo. Vivimos dentro de una ley; y esta ociosidad, este ridículo, es la cara que ponen tales seres y tales cosas hacia la ironía del misterio. Si hemos de fijarnos bien, observamos la simpleza de muchos individuos que no trabajan, a pesar de su grave apariencia de vivir afanados. Estar ocupado no es trabajar: el trabajo, me parece, es una realización de actividad lógica, que produzca resultados naturales y provechosos en el vasto movimiento de las almas. Pero es tan intensa la ociosidad de algunos, que son capaces de ser ministros, de ser todo. Son los *felistinos* de Schopenhauer, libres de *necesidades espirituales*. Este filósofo se asombraba de que Goethe hubiera sido funcionario y hombre de mundo. . . El ocioso es un híbrido. . . Sin embargo: ¿con cuál derecho podríamos exigir a todo hombre una contribución trascendental benéfica para el conjunto humano? Y, ¿cómo podría ser esto, sin que fueran violadas las propias leyes esenciales de la vida? La obra de destrucción—y ¡cómo destruye el hombre! para ello se organiza, se junta, se disciplina, y forma so-

ciudades, clubes, congresos, ejércitos, naciones—la obra de guerra y de muerte, puesto que resulta de una ley, es quizás necesaria, fecunda, inevitable para el conjunto infinito de la Vida. Son muy variados los caminos de la Naturaleza. No podemos pedir a esta grande y ruda Madre la eliminación de lo que juzgamos superfluo: vivimos como ciegos instrumentos de eliminación, en tanto que nuestro turno se acerca para ser también eliminados, en calidad de superfluos. Lo que es odioso a nuestro gusto, a nuestras ideas, a nuestra vida, lo juzgamos inútil: y no podemos eliminarlo en el punto y hora en que lo deseamos. Cada hecho y cada cosa, estan sujetos al enigma por un hilo invisible que el hombre, voluntaria y deliberadamente, por más que lo sueñe, no puede cortar. ¡Pobre ciego, y cojo, y manco!

Se ha teorizado que la humanidad necesita sangrías periódicas y son por tanto útiles las guerras: de tal modo que si éstas no llegan oportunamente, a causa de la pacífica torpeza del hombre, acuden series epidémicas de crímenes que son como válvulas de desahogo para el instinto. Ignoro en este caso, como en muchos otros, lo que haya de verdadero: mas en virtud de ese pensar, fuera de justicia la recompensa para los abnegados asesinos por medio de cuyas manos, llenas de maestría y armadas de gloriosos cuchillos, el instinto busca su salvadora expansión: aunque por otra parte nos privan de los grandiosos espectáculos de la muerte en masa, que despuebla naciones en los campos de batalla, y del surgimiento de tantos ilustres generales que viven salvando y civilizando repúblicas, y cuya modesta divisa de *El mundo es de los valientes*, constituye el justo castigo y el remordimiento de los sabios.

Realmente, ¿por cuántos hilos espirituales no estará enlazado el acto abominable del asesino—Tropmann, Pranzini, Ravachol, Prado, Henry, Moral—con el gran foco de la actividad universal? ¿Qué representa el destino de tal sér? Sin duda se trata de una vocación desastrosamente marcada: y sabemos que la vocación tarde o temprano, suele brotar como una espiga

roja, o verde, o morada, o azul. Tenedor de libros era Allan Kardec: no fué la de Hidalgo, pacífico eclesiástico de aldea, sino resuelto emancipador de gentes: no la de Lincoln leñatero, sino afilado cortador de humanas ligaduras: ni la de Boves pilotin o lancero, sino —lancero magistral, ginete de corcel venezolano— tremolar furiosamente su bandera, regar con sangre autóctona y con la suya propia el suelo rebelde y servir de crisol a la enérgica constancia y al talento inextinguible del Hijo de Caracas.

Extraña cosa, esta de la vocación. Veo una sala de telares, un *caney* de fábrica: manos de hombres y mujeres tienen un movimiento acompasado que parece inconsciente y fijos los ojos, con una suerte de ataraxia, en el detalle nimio y mecánico de la labor, mientras en todo su cuerpo, que no obstante parece también una máquina como las demás que allí funcionan, expresan una vaga impresión de pensamiento lejano, de alma que vaga en otra parte. Así, el alma no está trabajando junto con las manos: y pienso cómo en el interior de estos seres, se realiza un movimiento sombrío de la indeterminada vocación, porque no hay trabajo fecundo en el universo tan activo, si no está el alma interesada en él.

Mientras el hombre piensa es libre: y Emerson me sorprende con su dura opinión, hasta entonces insinuada no más por Maquiavelo, acerca de la multitud. No estamos acostumbrados a ver tratar tan rudamente, de palabra literaria, al pueblo soberano. Domarlo, disciplinarlo, dividirlo, quebrantarlo y sacar de él a los individuos: hacemos completa y eficazmente lo primero y decimos en bellas cláusulas sonoras lo contrario. Y la multitud es «el árbol que si bien produce muchas manzanas inservibles, da la docena para el postre». ¡Dichosa la tierra donde crezca el árbol y se cojan manzanas inservibles y se recojan manzanas para el postre! ¿Qué pensar de la tierra donde crezca el árbol, que da fruto inservible y pernicioso, y hace esperar siglos la docena si se reproduciera toda sana, jugosa y de bellos colores.



das, divididas, disciplinadas, domadas: y los individuos no aparecen. En largos decenios uno, dos, tres.

Veo una tierra vasta y rica: nevadas cumbres: majestuosas montañas: torrentes tormentosos: anchos, profundos, caudalosos ríos: mares azules batiendo con sus bravos encajes de sal playas doradas y escarpas de roca: amplias, hospitalarias bahías, de un sereno fondo glauco: selvas que guardan todavía el misterio de la época de formación, y el misterio de las razas primitivas: horizontes donde la esmeralda de la pradera se va desvaneciendo hasta juntarse, como un ensueño, con el zafiro celeste: oro rutilante sobre el zafiro y bajo la esmeralda oro en cuarzo: toros de fiero coraje que pastan pensativos, levantando la nariz humeante para lanzar su aguda voz de reto a la raza que sólo quiere sacudir sobre la aguja del cuerno la flamante capa de gualda y púrpura e hincar el hierro sobre la cruz del lomo: curvas de serpientes que fingen troncos ondulantes en torno de troncos inmóviles: pupilas de topacio que parecen fulgurantes monedas de oro y lanzan sus dardos, precursores de la zarpa, por entre las lentejuelas de las hojas: y las flores, las infinitas flores... ¿Dónde se alza el amplio ramaje del manzano, que produce la fruta inservible, pero también la docena para el postre? Sabemos dónde imploran los mendigos, pero no dónde viven los hombres. En el silencio ceremonial de la noche vese todavía brillar fugitivamente por entre las estrellas algún rojo destello de la poderosa lámpara de ilusión que llenó la América: pero abajo, sólo candiles cárdenos que por ir sus pobres rayos alargándose en la soledad, creen poder alcanzar con su resplandor el límite de la tierra y del misterio...

Mi pequeña lámpara torna sus vidrios: contemplo a las mujeres que pasan y pienso como el poeta, que *llevan un nimbo en la cabeza, y acaso un redentor en las entrañas.*

Pero nada más... Me dirán: la melancolía le pone a usted antejo turbio que le hace ver el gris por todas partes; su melancolía es una enfermedad; ponga usted en régimen el estómago para que su sistema ner-

vioso se normalice. Muy bien: pero ni en la historia, ni en derredor mío, veo muchos estómagos sanos. No parece muy buen clima el intertropical. Pues además, ¿cuál régimen tenéis vosotros para vuestro talento, que así mismo es una enfermedad, y para vuestra fe, y para el amor, y para el odio, y para la piedad, y el heroísmo? ¿Cuál remedio le hacéis a la perla, que es una enfermedad también?... Cuanto a vuestra vanidad, tengo pésima opinión de ella: veo cómo la prostitución es su hija. La venta de la carne de mujer y la venta de la honra de hombre son sus flores: jamás el hambre solamente alcanzaría semejante altura.

La naturaleza convierte todo mal en bien. Es decir: *no hay mal que por bien no venga.* La cosa puede ser verdadera, pero tiene malas vistas, desde que *no hay bien que su mal no traiga.* Luego, ¿no es misión de la sabiduría interpretar la naturaleza, modificar sus rutas, canalizar sus brutalidades? «La primera lección de la Historia es la utilidad del mal. El bien es un buen maestro, pero el mal es a veces un maestro mejor». Es muy cierto: pero también lo parece que la torpeza de los alumnos es infinita. Cuanto al mal, creo en su *realidad* y dejo su *utilidad* a la deliberación de lo Desconocido: pero no veo al hombre consolarse, a pesar de su buena voluntad y de su experiencia, de ser testigo y juguete del mal toda su vida. ¿Cómo normalizar las cosas? O mejor: ¿cómo anormalizarlas, porque si esto es lo natural toda aspiración contraria es ilógica? Póngome, pues, de acuerdo con la naturaleza y doy al desafortado superhombre, lo propio que al más rudimentario burguesillo, a la lámpara de ilusión a toda luz, así como a la humosa candileja, la filosófica razón de ser que arraiga en el hecho de su existencia misma. Todos obedecemos, ruidosamente o en silencio, a las severas leyes de la vida, del pensamiento. Pero si la inercia me domina el alma, como una influencia narcótica, debo tratar de aprovecharla extrayendo de la melancolía y el dolor, algo noble, como la perla de la madre-enferma, como la llama del cuerpo en combustión. No debo preguntar: ¿Para que me afano, pobre

hombre, en hacerte algún bien, si luego sopla el huracán y a tí, y a mí, y al beneficio nos arrebatara? No: no debo preguntar así. ¿Por ventura el perverso formula tal interrogación cuando se propone realizar el daño? Es cierto, pobre hombre, que no tienes inteligencia, ni memoria, ni voluntad: pero, ¿acaso las tengo yo? Si deseo hacer lo que considero el Bien, así como si deseo hacer lo que considero el Mal, obedezco en silencio y en lo profundo, a las leyes del pensamiento, de la vida. Y por eso perdura, florece la variada existencia... Y las filosofías. *¿Quién penetra la inmensa mente de Júpiter, que tampoco puede ser trasgredida?*

Si no existen contradicciones ni errores, tampoco existen cosas *contra-natura* y las aberraciones, por más absurdas que parezcan, están dentro de la naturaleza y son por consiguiente naturales. «En todas partes—dice Remy de Gourmont—desde los insectos microscópicos hasta los hombres, aparece la aberración: el problema es insoluble y no se puede perfeccionar la Naturaleza, más que desorganizándola: nada de lo que existe puede considerarse antinatural: sólo hay animales de dos clases, cazadores y presas; pero no hay cazador de uno que no sea presa de otro: toda la Naturaleza se funda en el robo y en el asesinato; son los actos normales». Y sobre tan rígida fábrica, flamea como una llama la ilusión, que es también una ley del pensamiento y que gobierna en el hombre todos sus actos. Y desconocer esta ley del pensamiento no es negarla: la lógica nos facilita su cumplimiento, nos dirige a pensar económicamente; pero por más que la ignoremos, nuestro pensamiento será siempre de acuerdo con su ley, porque es imposible, absolutamente imposible pensar contra la ley de pensar, lo mismo que es imposible suponer la *no existencia* de la gravedad, dentro de la cual están todas las cosas mecánicas y dinámicas. Si suprimís la gravedad, todas las cosas, dinámicas y mecánicas, *no serían*: así, no será el pensamiento sin su propia ley. Mas el pensamiento, flor del ser,—pienso, luego soy—¿queda también encerrado en la fosa, para ser comido por los gusanos? La llama de

la ilusión, ¿no volará a incorporarse con las infinitas estrellas que vemos en el silencio de la Soledad, cubriendo el obscuro manto ceniciento de la vida?

La mano que con suave ademán de cruz bendice, bajo el angélico mirar de Francisco de Asís, y la mano que con enérgico ritmo blande un estoque, bajo el ojo inexorable de César Borgia, obedecen al propio designio del Misterio: pues si no ¿cómo existirían? La gran naturaleza tiene seno y espacio para todos: la flor perfuma el aire, mientras el colmillo de la serpiente destila su gota de veneno. El hombre combate contra todo: el hombre de bien contra el malvado, contra el ladrón, contra el asesino y contra los demás hombres de bien. Sobre una mercadería o artefacto cualquiera de comercio se realiza en un momento dado una lucha tan encarnizada, como sobre la Presidencia de la República en tiempo de guerra civil o elecciones. No veo por cuál razón ha de ser el asesino más cruel o más duro que la propia naturaleza que lo forma. Nuestro odio es convencional. Hay un enorme degüello de vidas, de seres, de cosas. Es lo impenetrable. Y me decía una vieja, bastante impertinente: «Si admitimos que hay una ley establecida por el Todopoderoso para que así suceda, podemos también preguntar: Este Señor Todopoderoso, ¿por qué no escogió una fórmula más *cristiana*?

Sin embargo, los métodos de la vida superior han variado un poco en los modernos días: y doy, naturalmente, una extensión relativa a esa vida superior, que lucha por el poder, por el gobierno de los demás y las concupiscencias que ofrece. El profesor Maquiavelo, quien con tanto arte y buena intención proponía a la Magnificencia de Lorenzo de Médicis—sin recoger como premio siquiera una módica mesada—al insigne César Borgia como espejo y modelo de príncipes, vería si anduviera por el mundo, cómo son distintas las rutas en nuestra vida contemporánea: y «el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, adquirido por él en un continuo estudio de las cosas antiguas, y de las cosas modernas en una experiencia de muchos años y

a costa de tantos trabajos y peligros» hubiera quizás fructificado en otras admirables teorías.

Por cierto: es muy curioso de observar cómo durante centurias ha venido amontonándose la infamia —quizás por los mismos que aprovechaban el consejo— sobre la memoria del gran Secretario florentino. No veo que este pensador haya hecho otra cosa que metodizar con un fin político patriótico y en clásicos períodos literarios, lo que los hombres vienen realizando con abrumadora perfección desde que se trató del gobierno y sus voluptuosidades. En la época de Maquiavelo era profunda la miseria italiana: las ciudades antes soberbiamente prósperas eran rapiña de los dominadores intestinos, de los despotismos devastadores y bárbaros de las potencias trasalpinas o del victorioso capitán español: la Corte Pontificia era el escándalo regularizado: los príncipes sonreían acariciando el estilete, los prelados bendecían con la fina mano adornada de sortijas que guardaban el veneno entre la gema y el oro: el gran Gonfaloniero de la Iglesia Católica asesinaba a su hermano Juan, por el celoso amor de su hermana Lucrecia, de ambos amante, y bajo el propio manto del Pontífice su padre, apuñaleaba al joven Peroto, mientras pensaba en adscribir a su servicio y a su séquito el nombre y la obra de Leonardo de Vinci: las potentes, heráldicas aves de presa volaban en círculos siniestros por el aire azul de la Península, y el comercio, la independencia, la libertad, las artes, eran cuerpos rotos por las garras y envilecidos por la pobreza o la política... Era, pues, necesario que un gran propósito, como el de fundar un gobierno de fuerte y verdadera inteligencia, como el objetivo de la unidad italiana, floreciera en todos los cerebros, animara todos los espíritus y por consiguiente surgiera con vigor impetuoso en el pensamiento y en la vida de hombres como César Borgia y Maquiavelo. Ha llegado a decirse que el Embajador de la Señoría aconsejó al Príncipe de la Romaña sus más grandes y decisivos crímenes: por mi parte los miro con el mismo espíritu sereno que a los de Luis XI, ambos realizados por la sutil y eterna

perfidia, cubiertos por la Santa Cruz y sancionados por la espada heroica de gavilanes feroces. Suponer que *El Príncipe* fue obra de profunda ironía republicana, es olvidar que Maquiavelo tenía empeño en publicarlo a fin de que alguno de los áulicos florentinos no se lo apropiase y ganara por su virtud la gracia del Magnífico en perjuicio del autor: es olvidar principalmente la *noble y patética exhortación*—la califica Macaulay—con que termina el libro para que los Médicis abrazaran la *gran Causa de la Patria bajo una gloriosa bandera*. Los hombres de Estado producidos por semejante época tenían, pues, que ser como Maquiavelo para la teoría, como el Borgia para la acción. ¿Cuál diferencia había, sino la del talento, entre César y los Vitelli, los de Fermo, los Pagolo y los Orsini?

Las leyes del gobierno son las mismas: no puedo ver diferencias esenciales, sino de colores y matices entre los bíblicos reyes David, Salomón, y nuestros modernos presidentes de repúblicas. Pero los caminos de la ambición han cambiado. Sería interesante poner al Duque Valentino con su hermosa figura, sus métodos de sangre, de lujo y de infidelidad en las angostas calles de nuestra Caracas, mientras el Secretario, de ancha y medita-bunda frente, compulsaba la historia y cavila en su escritorio: habría que augurarles el fracaso, no por la mala intención que sería absolutamente contemporánea, sino por las fórmulas que son relativamente arcaicas. Los primeros pasos del superhombre lo conducirían al presidio: no tanto porque nuestra justicia social se preocupe con exceso del orden público ni sea muy estrecha nuestra solidaridad, cuanto porque sería demasiado personal y quizás demasiado bello. El extraordinario asesino y artista de la política en su tiempo tendría que sacar de su rica inteligencia nuevas fuerzas dúctiles y sin dejar de ser tigre, alcanzar la superior flexibilidad de nuestros burócratas acuciosos y de ancha moral. Los tiempos no son para ocultar el veneno y el estilo de Florencia bajo el terciopelo y el oro, bajo el prodigio de las joyas y la filigrana de una cultura luzbélica: ahora llevamos la

daga en la lengua y el tósigo en la misma piel de la mano. La fea comedia de nuestro siglo no es la hermosa tragedia de Maquiavelo y César Borgia: el reino es de buhoneros trashumantes que sienten cómo y cuánto es su grandeza de falsa y temporaria. Afortunadamente es así, y nosotros los pacíficos hijos de Venezuela, debemos por ello felicitarnos: pues pienso en la angustia de ciertas almas—si estuvieran de moda las cosas del Renacimiento italiano y si ciertas almas fueran posibles bajo los Borgias—al ver el río Guaire lamiendo cadáveres vestidos de seda, bajo las rosas de la mañana...

Pero, *no nos contentamos con ser agradados sin analizar curiosamente la causa*, y como para algunas almas es imposible que suceda de otro modo, encuentran el placer en sufrir las agresiones del análisis. Esta es la misión de las lámparas a media luz: almas de clara elevación y radio inmenso, que siempre tienen mucho de fraternales. De ellas son los grandes poetas, que pueden cantar el Dolor y los dolores: y cantando los dolores y el Dolor, tienden sobre el mundo—verdad un manto de iris y hacen brillar las estrellas sobre la incomodidad de las rutas. ¡Benditos poetas! Ved cómo su largo lamento es la música de la vida, cómo el río de sus lágrimas es el riego de todos los jardines: ved cómo su palabra es una fina seda que cae sobre nuestra carne y ved cómo la seda nos protege algo contra las cosas y las ideas que nos visten de cilicio! Positivamente *nuestra correspondencia con la naturaleza no es lo que parece*: por eso las almas que tienen mucho de fraternales tratan de hacer aquel análisis, no de las cosas de aparente agrado, sino de las cosas de hondo y verdadero dolor: ¡grandes almas poéticas, las más grandes de las almas, que ponen sobre la vida el manto de iris!

Para nosotros, actores—espectadores de la vida, lo que parece, es. La mosca tiene el ojo conformado para mirar los objetos enormemente más grandes de lo que el ojo humano los mira. Esta mosca que zumba en torno de mi bujía, ¿de cuál tamaño verá la pequeña

luz que yo mido con una pulgada? Tendrá el feliz insecto la ilusión de que se acerca al sol, al incomensurable sol de las moscas, así como nuestra lámpara del espíritu nos produce la ilusión de acercarnos al eterno sol por los caminos del bien, de la belleza, de la sabiduría. Por lo demás, sé cómo quedan las moscas que tocan con su alita frágil la llama de mi bujía. La feroz ternura de la naturaleza está en leyes que ninguna cosa ni sér alguno pueden violar, y dentro de las cuales está también la crueldad de la ironía para todas las ilusiones. ¿Qué cantidad de ilusión habrá en el foco llameante de nuestro sol? El sol inmenso ¿qué será para nosotros cuando pase la ilusión de la vida?

No creamos esto que oímos decir: el hombre es una combinación que semejante a otro cualquiera organismo mecánico, desarrolla una fuerza. No lo creamos en el sentido en que lo dicen: pero, ¿cuál felicidad mejor que ésta, de que nuestro pensamiento sea una fuerza? Sobre todo si recordamos que la prueba de la superioridad del hombre, es precisamente la facultad animal que tiene para degradarse. El pensamiento—llama de ilusión que vuela y no perece—es cosa admirable, consoladora e inconsciente. Sin incumbencia de la volición pienso: movido por un motor que no puedo detener, ni aun diciendo *no quiero pensar en nada*, pienso. Podría dejar de poner estas líneas sobre el papel: mas ¿habría por eso dejado de escribirlas en la tela misteriosa de la vida? Una vez que mi lámpara irradió sobre el muro ceniciento, hacia la selva en penumbra, principiaron a saltar los áureos tigres y no parece fácil volverlos a sus guaridas, de donde salen hambrientos de aire y de circo.

El acto de pensar, el hecho que realizo—aun cuando por su eficacia no haya construído una casa, ni escrito un libro, ni pronunciado una palabra, me prueba que soy algo más de *una envoltura de huesos y pellejo*; que la ilusión es mi Señora: inevitablemente la amo. Si el hombre contempla la fragilidad de su vida y la fuerza de ilusión que irradia dentro de su delicada envoltura, verá cómo, siendo superior a sí mismo, es

también juguete de sí mismo. Inventa el vapor para cruzar mares y tierras: el Steamer lo lleva al naufragio, un tren lo mata sobre los rieles o en una colisión; construye un coche para ir más lejos que con sus pies y el coche arrastrado por fogosos caballos le mata; extrae del gran laboratorio arcano de la naturaleza los venenos, y los venenos le matan por la mano de un enemigo o por la equivocación de un farmaceuta; en sus horas de pobreza y ensueño combina explosivos, que le revientan cuando se vale de ellos para perforar una montaña; para las fieras, para la caza de lindas aves, fabrica el arma simple y en bruto de las edades primitivas, y el instrumento complicado, sutil y poderoso que acaba con él en una civilizadora fraternidad. Sin duda es un placer considerar toda la fuerza que la humanidad desarrolló en el tiempo, y que no ha desaparecido: está en el aire, puesto que nada se pierde dentro de la atmósfera y es por eso por lo que el mundo está lleno de pensamientos... y de almas. Boticelli, sectario de Savonarola —tremendo fraile que se enfrentó al Pontificado para consagrar luego la hoguera— el artista Boticelli, medio paralítico y devorado por los males del cuerpo, arrimó con su propia mano, lienzos que eran los hijos de su alma a la candela expiatoria y propiciatoria que el fraile fanático encendió contra el espíritu del Hombre; y Boticelli no pudo quemarse a sí mismo, y sigue viviendo como Savonarola y como Alejandro VI. Veo, pues, cómo es imposible destruir los hechos, es decir, las ideas: porque si es cierto que cada idea produce, tarde o temprano, un hecho, es también positivo que cada hecho produce, inmediatamente, una o muchas ideas.

Algún hombre mira en torno y se pregunta: ¿qué hacemos con estos enanos hechos, con estas miserables ideas? Viven, es necesario que vivan y florezcan. Estos seres, estas cosas, estas ideas pertenecen a la humanidad y es la humanidad quien los ha formado. Fieras, insectos, raíces envenenadas, todo brota en ordenada confusión del enorme vientre y en el sér humano, en quien dicen que la chispa divina es

visible, se encuentra una no menos ordenada variedad de raíces envenenadas, de insectos y de fieras. Y mientras que todo esto cumple su labor en el gran taller de la vida, pensemos en las almas *que parecen estar en otra parte* . . .

No creo, pues, en nada *contra-natura*, puesto que *no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios*. De manera que, en realidad, no existen las violaciones. Violaciones, ¿de qué? La naturaleza entera, desde su ínfimo tramo visible hasta la pared del misterio, es una escala de violaciones: la vida se viola a sí misma. Pues, el ser criminal se encuentra tan cómodamente instalado dentro de su temperamento, como la hermana de caridad en su piedad y su virtud, cuando las tiene. Por supuesto, ciertas ilusiones están dentro de la lógica, como los sultanatos y las satrapías dentro de los gobiernos constituídos: nuestro ojo conforma y pinta las cosas—el horizonte es del tamaño del ojo—y cada ojo las pinta y las conforma, según su propia *sabiduría*. Los pensamientos siguen todos los rumbos del cuadrante, y por eso está el mundo lleno de almas y de pensamientos. Pero el alma del mundo—la realidad central, hacia la que giran o deben girar todas las almas—es el Dolor, para poder sentir y revelar la Belleza. *Out of sorrow have the worlds been built*, dijo el malogrado esteta inglés. ¿No es por consiguiente verdad, que las almas de linterna a media luz, marchan cantando por el filo del término medio, producido por la eficaz visión del esquelito, por la real tristeza de las cosas? Sí. Estas almas ven para ambos lados, hacia las dos caravanas que corren a juntarse, como dos ríos, en el océano de lo Desconocido: ven hacia la que hace alegremente su camino, llevada por la visión optimista del mundo y hacia la que transita cabizbaja, en una silenciosa desolación, con el signo interrogante sobre la frente, con los ojos muy abiertos, contemplando cómo triunfa, debajo de la belleza universal, debajo de la maravillosa florescencia de líneas y colores, el profundo, universal Dolor . . .

III

Efectivamente, *la vida es un éxtasis*. Cuando sabemos la diferencia que hay entre el ojo de la mosca y el ojo humano, ¿cuál otra cosa, puede ser, sino un éxtasis, la vida? Porque, entre los ojos de los hombres, hay también una rica gradación: no sé hasta ahora de dos ojos que vean las cosas de un modo absolutamente idéntico. Hasta los imbéciles que ponen minucioso empeño en calcar sus opiniones sobre las ajenas, discrepan sin darse cuenta de ello. ¡Cuánta relación habrá entre esta circunstancia y la autonomía, el problemático destino de las almas!... Pero, puede también la vida ser un vértigo. La rotación de la tierra—*isla del tiempo*, la llama Carlyle—crea el Tiempo: la humanidad, volando en esa rotación y sin saber lo que hace, forma los Tiempos. Gira el globo vertiginosamente y corre: el hombre, mirando con asombro el espectáculo que todavía no ha comprendido, corre y gira también vertiginosamente, dentro del éxtasis. Cada una de estas dos ideas tiene un hecho que constituye su revelación: el uno es el Reloj y el otro la Historia. Es necesariamente místico el pequeño instrumento que llamamos un reloj: esa modesta combinación de piecitas de metal, impulsa el acuerdo que hay entre la vida del hombre y el movimiento de los soles; el ritmo de la sangre con el ritmo del universo. Probablemente, en las liquidaciones finales, ese hecho, formulado en un objeto diminuto que cuelga del muro de nuestro cuarto, tiene un valor relativo con la conquista de México y la Revolución Francesa.

Es curioso pensar en la oposición que parece existir entre esta cosa que da vueltas, encierra y forma el Tiempo, hace la vida y la gobierna, y la quietud, el formidable silencio que está fuera, en el inmutable espacio parecido a una masa de cristal. A este giro incesante dentro de la inmutabilidad eterna, debemos estaciones, vida, sér. Siendo hijos de la rotación, ¿cómo no tener vértigo en la carrera furiosa que llevamos? La existencia es un éxtasis y un vértigo, efectivamente.

Dentro de la Historia el hombre va también extasiado. Todos los sistemas de filosofía, todos los sistemas de política, todos los sistemas de literatura, giran con su verdad completa, con su perfecta sinceridad, dentro de cada una de sus épocas. Lo que hoy se llama errores fué la diferencia de ojos y ¡quién sabe cómo serán de ridículas en el porvenir, muchas de nuestras proposiciones actuales! Pero, ¿quién puede ser más responsable de su tristeza nativa que de su constante regocijo? Culparíase de sus sentimientos a un corazón, con la misma equidad que a la mosca por la forma de su ojo. Así, la filosofía, como el sentido de la belleza, está en nosotros mismos: y cuando se formula un sistema, así como cuando se produce una obra de arte, respondemos con él—por virtud del acto de conocimiento que realizamos—a la necesidad que el hombre, lo propio que todo sér y cosa con o sin conciencia, tiene de expresar lo que es: en el hombre, ideas, sentimientos, opiniones, la vibración del *yo* bajo los fluídos del *no yo*; en los demás seres y cosas, por su belleza doliente o por su doliente fealdad... Veo la obra de arte: para comprenderla y sentirla es necesario que mi conocimiento coincida, en el acto de colocarme frente a frente de la obra, con el conocimiento del autor en el acto de crearla, frente a frente de la naturaleza. Por supuesto, lo que llamo conocimiento no es sino la impresión de las sensaciones, no sólo para el arte sino para la vida y sus manifestaciones. Naturalmente el autor requiere ser comprensivo y expresivo; el espíritu iufluyente posee una capacidad

y ejerce una facultad: comprender y expresar. Estas capacidades están indudablemente distribuidas en la gradación con que la humanidad evoluciona dentro de la rotación, pero no en la gradación con que el hombre progresa dentro de la humanidad: pues hay cosas antiquísimas, flores de arte y sabiduría, que no han sido superadas luego en el camino de la perfección, es decir, de lo que llamamos progreso.

En són de crítica he oído muchas veces decir: *No entiendo esa obra*. Y con tal sentencia se pretende expresar que la obra es confusa, desatinada, tenebrosa. Pero en realidad lo que se afirma con aquella frase es que *no se comprende la obra*: y esto es lo que debiéramos decir con franca modestia, *mientras tratamos de comprender*. Es bueno que procuremos entendernos acerca de este punto. ¡Cuántas cosas que no comprendemos en la obra del Misterio y en la obra del Hombre! Pretender que toda la obra del Hombre sea clara como el agua para todas las inteligencias, es olvidar la relación del sér humano con el misterio y cómo éste le señala y prescribe su expresión y su destino. Y pienso que el arte es precisamente la cosa más grave del mundo, porque no tiene aplicación *aparentemente práctica*: yo he oído varias veces a varias personas decir respecto a una obra de arte—verso, color, mármol: *Eso es una Pendejada*. Sin duda, para tales almas una estrella es cosa insignificante, pueril, superflua: en realidad ¿qué aplicación práctica puede tener una estrella? El Purgatorio de Rojas vale, pues, tanto como Sirio: ambos son perfectamente inútiles.

Cuanto a los que *tratamos de comprender*, hemos de afrontar el problema de otro modo. ¿Quién discute a Víctor Hugo? Y entre la universalidad de sus admiradores, un reducido por ciento comprende la obra plena del poeta, con sus metáforas, sus ideas, sus imágenes, sus extensas combinaciones de humanidad e infinito. La exégesis le ha dado mil vueltas a la novela de Cervantes, que sin embargo, es para muchas inteligencias clarísima, tan clara como la Osa Mayor, aunque no tan perfectamente inútil, pues el Quijote hace *reír*: y

lo mismo con Goethe, y Carlyle, y Nietzsche, y Mallarmé y tantos otros... Pero los que comprenden hablan—aun sin mucho explicar—y por medio de la escala de sugerencias que en el pensamiento del hombre se realiza, queda hecha la admiración, la celebridad. Tal ocurre con esto, y con la moda, y con las pasiones. Semejante concepto de las cosas hace volar la vieja crítica como con un explosivo y realza el encantador y verdadero método de contar sinceramente nuestras impresiones a través de la obra, tal así como el pensador o el artista lo hace con su trabajo, a través de la naturaleza. Ya sabemos que una obra de arte *es un pedazo de la naturaleza visto a través de un temperamento*. Siendo esto así, parece difícil que los juicios nazcan enteramente uniformes. No pienso del todo con Emerson en el decir que la obra de arte coloca al espectador en el estado de ánimo que la produjo en el autor. Esto sería hacer inmediatamente, universalmente comprensible toda obra de arte. Creo al contrario, como he dicho, que para comprender la obra, es necesario que el espectador *pueda colocarse* en los mismos puntos de vista y estado de ánimo que en el autor la produjeron. Es requerida la coincidencia más justa posible en el acto de conocimiento. Así, ¿quién, si alguna vez no amó apasionadamente, comprende la belleza de *Romeo y Julieta*? ¿Quién si nunca padeció celos, penetra en el alma trágica del Moro de Venecia? ¿Quién si no estuvo en la adolescencia enamorado, goza el encanto de *María*? A mi parecer, lo mismo con todas las pasiones, con todos los afectos de la vida: quien no tiene conciencia, sentimiento del peligro, no puede apreciar el valor. No condeno sin embargo, la literatura ruidosa, ni libro alguno, a pesar de la opinión del señor Teufels dröckh en el *Sartor Resartus*. *La aparición de un Libro es cosa que suele acontecer cada dos o tres siglos*. Voy más bien acorde con el ilustre Don Francisco, señor de la Torre de Juan Abad, cuando prisionero en San Marcos leía *buenos y malos autores: porque no hay ningún libro, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algún*

lunar el de mejor nota. Realmente, todo libro es una voz de sinceridad, pues aun los que de mala fe adolecen, revelan lo que hay de feo o de tonto en el corazón del autor. Pero cuando el libro es ingénuamente sincero, tiene alta importancia: de arte o de especulación, es la voz de un sér *hijo de héroe*, en la misma relación que un rufián es *hijo de traidor*. El primero va derecho o quiere ir hacia las ideas heroicas: el segundo hace con la vida lo que un esclavo con los pensamientos de honor: la ensucia.

Las personas de alma estéril, si tienen alguna fuerza intrínseca, ábrense al palenque, odian las irisas-almas superiores y oprimen a las turbias almas inferiores. Si carecen de fuerza para esa actuación, viven adscritas a una bajeza cordial y pasiva, una cosa que no es precisamente la humildad, riendo mucho, llorando poco, rodando como una cosa inerte: semejantes a ramas secas que se deslizan en el raudal. Estoy seguro de que en el fondo de estos seres, late el misterio con igual ritmo de guerra que nos hace preguntarnos si un hombre o un árbol destrozados por una bala de cañón, son frutos malogrados o gérmenes para nueva vida. De modo que hacemos un descuido al pensar que algunas cosas no pueden entrar en la poesía: en la poesía, creo, puede entrar gallardamente la total naturaleza.

*Rappelez-vous l'objet que nous vîmes, mon ame,
Ce beau matin d'été si doux:
Au détour d'un sentier une charogne infame,
Sur un lit semé de cailloux.*

Ciertamente, cuando principiamos a vivir, somos pedilones de belleza blanca, o azul, o rosada: olvidamos cómo la nieve baja en aludes asesinando seres, cómo el cielo es impalpable, cómo la verdadera realidad existente bajo los astros y sobre nuestras cabezas, son las nubes que dan agua, pero también rayos, y cómo las rosas «viven apenas una mañana». Pero después principian los vendavales a escarmenar nuestras melenas blondas, a salpicarlas de barro o de ceniza y

en el frío desamparo del universo, donde es obligatorio trabajar, todo hombre es también semejante al niño abandonado en la tormenta polar de *L' Homme qui rre*. Por eso debemos agradecer a los taciturnos meditadores que colocan faros: a los que en vez de soñar con la eterna conquista de imperios, esfuérganse por conquistar el reino de la noche colocando faros. Sin los faros que pusieron, igual a Tigelino sería Séneca, Bacon igual a Barrére. Angel Ganivet resume así la enseñanza senequista: «No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu: piensa, en medio a los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir: y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan—sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto—mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre». Pero los enemigos de Séneca no cesaron de echarle en cara la diferencia que había entre su vida y sus palabras. «La culpa fué del mundo en que vivió», dice un historiador. Sin embargo, en todos los tiempos el Vicio y el Mal imperan y los hombres como Séneca deben hacerse notables por la moralidad de su protesta o por la dignidad de su abstención. Es extraña la doblez de esta inteligencia, que parece haber recogido en el aire algunos efluvios del cristianismo naciente y que alcanzó a ser perfecta en las aulas del neronismo: sin duda sus ideas—las más nobles por lo menos—eran superficiales, puros juegos de la mente, arabescos de retórica. Su inclinación a la vida que llevó era lo constitucional en él y sus ideas pasaron de su estilo al lenguaje sin perturbar un instante su concepto práctico de la vida. Este era ab-initio y predominante: sabemos que «no se pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo ni se echa vino nuevo en odre viejo». Séneca en su obra de letras, fue este vino nuevo, este remiendo. ¡Cuánta bajeza en tan alta mente! El loco Calígula,

celoso de su elocuencia, quiere hacerlo morir y se salva por la intervención de una concubina. Claudio lo destierra por amoríos, según decires, con mujeres casquivanas de la familia imperial: y cuando muere un hermano de Polibio, liberto del César, escribe una *Epístola Consolatoria* cuya vulgaridad filosófica e increíble servilismo final, puede servir de modelo a todos los productores profesionales de necrologías y a todos los apologistas y turibularios de malos gobernantes. Mientras Epicteto, esclavo, vive y muere en una dignidad pasiva de acuerdo con su espíritu, este áulico excepcional, predicador moralista en ampulosas declamaciones, haciéndose millonario, vivía en lujo escandaloso, provocaba con usuras la rebelión de Bretaña y lisonjeaba a su estupendo discípulo con el dictado de *inocente*, que ningún otro emperador había merecido. Y era una inteligencia tan novelera y decorativa, tan extraña en sus especulaciones a la influencia sobre la conducta, que hay sospechas de su acercamiento a San Pablo y de la asimilación en su romano decir, de algunas de las ideas que el Apóstol difundía por el mundo con su bravo, sincero y elocuente discurso. Riquísimo y probablemente asustado ya de la expansión terrible de su famoso *Inocente*, retiróse a meditar en la filosofía, dentro del dorado silencio de sus quintas, después de haber sido tiernamente abrazado por el hijo y asesino de Agripina, a quien si el filósofo no aconsejó el crimen — como se ha creído — sí le alabó públicamente por su realización. ¿Por qué este filósofo no se retiró antes a su filosofía, evitándose así deshonorar la inteligencia humana? Esta falta de acuerdo entre la vida y el espíritu, le hizo fracasar en el arte: sus tragedias, muy aplaudidas por los amigos, tienen menos que mediocre reputación. Su *Edipo*, imitado del grandioso de Sófocles, es, cuando se le compara con éste, una copia torcida. Y es que el arte, para serlo legítimo y conmovedor, necesita brotar de la sangre, del espíritu, de la vida, en una destilación como de esencia: todavía era posible esta verdad en tiempo de Augusto, pero bajo el imperio del último vástago cesáreo, ¿qué podía flore-

cer en las almas que fuera noble y original? Dice Gannivet que Séneca era tan español, que no tuvo que inventar ninguna de sus proposiciones, sino que las encontró hechas en el ambiente de su tierra y de su raza: y graciosamente añade que hasta *la ocurrencia genial y nunca bastante alabada de haberse despedido de la vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta*, ha fundado recíprocamente la interminable falange de los Doctor-Sangredos en España. Esto debe hacernos meditar: quizás encontremos la explicación de muchas cosas de nuestro tiempo y de nuestro país, en la vida ejemplar de Séneca que llamó *Inocente* al desmesurado mono artista y siniestro que fue su discípulo. Efectivamente, nuestra historia es una larga historia de cosas que se piensan y de contrarias cosas que se dicen. ¿Habránnos traído las carabelas de la Madre Hispana y los aceros conquistadores, gérmenes del lado práctico de la vida de Séneca?

Pero no hay obligación de echar sobre Venezuela, sobre España, ni sobre la decadencia romana, el manchón de ese pecado como atributo propio. ¿No está ahí el grande, el extraordinario Bacon, reclamando también su parte de renombre en la bajeza humana bajo las góticas agujas de Westminster? Este miserable grande hombre es uno de los más dolorosos ejemplos de degradación que presenta la historia. Al principio de su carrera los pudientes validos de Isabel, cerráronle todas las puertas del servicio a la Corona y del favor: y persistía con tal constancia y aplanamiento, que semejante coloso, quien visto en la región ideal del pensamiento evoca la imagen de un héroe, queriendo romper con su cabeza coronada de resplandores el límite del misterio, parece, en sus incesantes acometidas a cualquiera rendija que le presentaba el poder, un *zapo brincando cañizo* según la gráfica expresión de nuestros campesinos. Después—¡al fin!—logró entrar y ascender en la magistratura judicial: era tan admirable jurisconsulto como filósofo trascendental. El joven Conde de Essex, una de las figuras más gallardas de la política inglesa en aquel tiempo, futuro favorito de

la Reina, conductor victorioso de la expedición a España, admirado por Cervantes, estimaba mucho a Bacon y había empleado toda su influencia para obtenerle una posición áulica. En uno de los fracasos le regaló finalmente una propiedad rural que valía dos mil libras esterlinas. Bacon estaba, al parecer, profundamente agradecido a su bienhechor. Pero este bienhechor espléndido cae en desgracia: ábresele un juicio y él, exasperado, pretende hacer una revolución: se le juzga, condena y ejecuta. Tocábale a Bacon ser acusador: podemos no exigirle tanto como la renuncia del puesto, porque eso sería demasiado Gran Manchego, pero sí debemos exigirle que se conforme a su obligación estricta, ya que el crimen era evidente y el Conde no podía salvarse sino por la gracia de la Reina. Mas nuestro grande hombre no se limita a eso: exagera la acusación hasta la última frontera del horror, haciendo imposible aquella gracia y después que la cabeza de su generoso amigo fue cortada, escribió un panfleto para infamar su memoria. Por supuesto, las palabras que estoy escribiendo nos dicen bien claro cuál de las dos memorias es la infame. ¿No es digno todo esto de un delator romano del tiempo del *Inocente* discípulo de Séneca?

Mientras estos hombres perfeccionaban a tal punto su bajeza—sin que podamos discernir en cuáles perniciosas intensidad y extensión influyeron en las almas de sus épocas—separaban más radicalmente la actividad de su espíritu de la actividad de su vida, con gran perjuicio para el Bien. Es indudable que toda acción entraña un ejemplo, y la historia, por más fría y mecánica que aspire a ser, tuvo que condenar severamente, deshonrándolos ante la posteridad, como ellos mismos se deshonraron ante su coetaneidad, a estos gozadores de la ignominia. ¿En cuál de sus dos manifestaciones fué la vida de tales hombres un éxtasis? Llegó un momento en que el hijo de Córdoba quiso conspirar . . . ¿para qué? ¿pensó que el gobierno de su Discípulo era malo?—y se hizo cómplice de Pisón. El *Inocente* le mandó su mensaje diciéndole que estaba demás en el mundo y que debía partirse de un modo tan inmediato, que no tuvo tiempo

de corregir su testamento en el sentido de una última, final baja, para que el Emperador dejara gozar a sus herederos siquiera una parte de su herencia: el *Inocente* quiso gozarla toda. El acto postrero del filósofo inglés es también vergonzoso: descubrióse que vendía la justicia—¡él, riquísimo y cercano a la tumba!—y fue condenado a la Torre, a la multa, a la deshonra. ¿Qué veían estas grandes inteligencias, si lo fueron, en el éxtasis de la vida? Cuando se piensa en tales seres, hay que recordar algunos otros, cuyo éxtasis fué de una belleza recóndita, si no de una hermosura evidente: y quisiera yo que nuestro siglo dejara ejemplos, como el de Tomás de Villanueva, a quien para vencer su modestia y horror de las mundanas grandezas, tuvo Carlos V que hacerle amenazar con la *excomunión*, a fin de que aceptara un arzobispado. Bello espectáculo sería, realmente, el de nuestros conciudadanos amenazados de severos castigos, para que acudan a desempeñar nuestras gobernaciones, ministerios y tesorerías, como desempeñó su arzobispado Tomás de Villanueva.

Pero todas estas diferencias son tan naturales como las diferencias entre el hombre amarillo y el hombre trigueño, entre el hombre africano y el hombre coolí, entre el hombre pálido y el hombre sonrosado. Sin duda todos, toda la variada colección de almas, va dentro de su éxtasis, a través de la vida, que es el mes de octubre de las navegaciones. El fuego se queja o ruge al contacto del agua: creo que al contacto de todas las cosas distintas, de todas las almas diferentes, se produce el rugido o el lamento, que es una voz de belleza traducida en obra de arte o una voz de silencio que viaja por el mundo y se pierde en la universal belleza. En los ojos del arista están las diferentes expresiones de todos los ojos: su pensamiento es extraño y rico: y si atisbamos en su *estudio* interior veremos la estatuaria griega, las incrustaciones toledanas en acero, los pinceles de un inglés prerrafaelita y gérmenes en brote de casi toda la naturaleza. ¿Faltarán por ventura los gérmenes en destrucción, los que se mueren o están ya muertos?

La imbecilidad, la perversidad son espantosas y su triunfo más espantoso todavía: pero, ¿cómo podríamos gozar de la inteligencia y la bondad sin ese triunfo? Veo los pájaros persiguiendo mariposas. Tienen bellos colores estos bandidos alados: oro, carmesí, pintorescos y vívidos, gratos a los ojos. Cuando las mariposas huyen perseguidas, cuando se sienten aprensadas por el pico voraz, ¿cómo serán de horrendos para ellas los colores que llenan el aire de belleza? Mariposas perseguidas somos: sería simpleza negarlo. Y cada uno de nosotros tiene varias aves de corvo pico que le persiguen, todas de la gran familia Dolor: desde la fatalidad de Edipo, hasta la idiosincracia de un señor que cuando veía *gofios*, principiaba a sudar copiosamente; hasta la de otro señor que principiaba a vomitar con grandes revoluciones de estómago, cuando a veinticinco metros de distancia pasaba alguien con un melón. Pero dentro de la universal simpatía del mal y del bien, de la simpatía que han llegado a sentir y expresar los santos: ¿sería absurdo que el un señor dijera *hermano gofio* y *hermano melón* el otro? ¿Quién penetra el misterioso vínculo que existe entre esos dos seres y esos dos objetos, la suma de regularidad que aportan a la total armonía del universo, donde la garra y la carne, el veneno y la sangre, el puñal y el corazón, el amor y el odio, el talento y la necedad, son hermanos? El reino del Hombre es el reino del Hermano, y tales espectáculos no terminarán sino con el hombre mismo, para renovarse acaso en otros. . . .

La mayor parte de los grandes hombres, de las almas fraternales, estuvo en contradicción aparente con su tiempo, con las almas de su época: y más hondamente, cuanto más trascendentales y más altas eran esas almas contradictorias. Alguna diferencia se mira en los actuales días, afortunadamente: el mundo se ha ensanchado y es de todos. Pero nunca deja de parecer la actualidad enemiga del porvenir, siendo su vientre. Desde luego, devorarlo no puede, como Saturno: a lo más lo engendrará en ocasiones enfermo, le transmitirá en herencia, sus granos, malos humores

y traumatismos. Séneca me habría denunciado como enemigo del danzarín imperial y Bacon cual conspirador contra el gobierno de Isabel, si me hubieran tenido a mano y previsto que yo les llamaría tranquilamente miserables. El hombre domina en apariencia y en detalle a la Naturaleza, a la Ferocidad, al Hombre; para la zabandija, suela del zapato; para el tigre, fusil y lanza; para la fiebre, el cólera, la viruela, medicina; para la pluma, grillos: pero olvida que la pluma, las enfermedades, las fieras, los insectos que vence, no son sino una parte muy pequeña de los infinitos cuchillos que vuelan en el aire contra él. Mientras lucha con esos filos olvida la mano que los esgrime. No venera jamás la justicia, que sin duda es el alma de la Naturaleza, de la Ferocidad, del Hombre: y muchas almas hanme dicho al oído que lo justo de esa justicia se comprenderá después del éxtasis. Imaginad cómo a fuerza de energía, podremos amellar el acero con que nos ataca una mano fuerte, a cuyo alcance está la panoplia bien provista. La victoria final es suya y consiste en el cumplimiento de una ley, indudablemente de equilibrio, que ninguna voluntad puede nunca detener en su trascendencia. Enlazar el progreso espiritual con el hilo de esa ley es un consuelo, porque lo realiza el éxtasis. Es en ese punto donde mejor respiran las almas fraternales.

El hombre ciertamente, es un arbolito de sorpresas. Cuando veo un individuo acostado, jamás pienso que es perezoso: necesito convencerme largamente de ello. ¿Cómo sé si se ha echado para contemplar las estrellas sin que la nuca le duela? Y de esta contemplación ¿cuántas cosas bellas pueden salir? Así mismo, es prudente no abusar de la palabra genio. Recordad sus definiciones: una súbita inspiración relampagueante, que ilumina tinieblas, ordena caos, etcétera: una larga paciencia, voluntad firme, constancia incansable, etcétera. Y hay quien como prueba de genio, testifica la admiración contemporánea. Entre tanto, no se realiza la obra del genio, sino cuando verdaderamente una grande alma ha comparecido y actuado por

los métodos que le son propios: estudiando el lento camino pretérito que esté a su alcance y donde descubre leyes, analizando el confuso estuario del presente, donde también descubre leyes y en definitiva, quedándose muchas veces a ciegas sobre la importancia de su propia obra. La historia nos ha dicho cómo Leonardo de Vinci, sospechado de magia, de violador de cadáveres, andaba pobre y desvalido, abandonado y ya viejo, mientras Rafael, genio de actualidad, poderoso y radiante, disfrutaba de la vida en todo su esplendor cortesano: y cómo Lope de Vega, eclesiástico sociable, feliz en una gloria sin término, menospreciaba a un mal poeta llamado Miguel de Cervantes, quien escribía una obra que se publicó por regocijada y se vendió porque hacía reír. Si no sabemos lo que somos en el momento presente, ¿cómo sabremos lo que vamos a ser mañana? La humanidad sabe lo que fueron y son algunos: la eternidad sabe lo que seremos todos.

IV

Pero no: no es el puro placer de recordar los vertedores de sangre, ni los absurdos tiranos, ni los libertadores crueles, ni los pedestres gimnastas polícastros: es la necesidad de no olvidar a los grandes guerreros y políticos, Alejandro, Cayo Julio, Séneca y Cromwell, Maquiavelo y Bonaparte, el Papa Borgia y su Gonfaloniero, Bacon y Simón Bolívar, quienes, eminentes figuras en la Historia, es decir, en la Filosofía, caracterizaron cada uno perfectamente la sinceridad de su éxtasis en la vida. Creo que todos vivieron en admirable acuerdo con su espíritu, a pesar de las contradicciones que su obra revelara. En este mar de sangre y de lágrimas, ¿quiénes araron por el Bien y quiénes por el Mal? No creo que nadie trabaje por el Mal: se trabaja obedeciendo a la superior fatalidad de lo preordenado. ¿Trabajó Séneca por el Mal, adscribiéndose sumiso al implacable procedimiento del siniestro Bufón Enobarbo, a la par que recreaba su inteligencia en especulaciones humanistas? ¿Fué Bacon un jalón de histórica ignominia, viviendo en su medio y consignando en síntesis esperimentales las verdades progresivas de la ciencia? Los hombres de la espada y del puñal, lo mismo que los hombres de la ley y de la filosofía, bien así como las fuerzas inconscientes de la naturaleza—¿cuál fuerza tiene conciencia, sea tósigo, expansión, inercia o talento?—son fatales. Cualesquiera que sean sus curvas o trayectorias, sus líneas de resistencia o sus puntos de agresión, obedecen a una misma geometría inmanente. Dentro de esas leyes

inexorables, la palabra de Bolívar: «El talento sin probidad es un azote», carece de sentido, a pesar de su oportuna exactitud. ¿Tiene la flor probidad para esparcir su perfume, tiene probidad el alacrán para encajar su aguijón, o el microbio para reproducirse, o el rayo para fulminarse, o las corrientes de los vientos y las aguas para seguir su curso ciego? Pero hay en el alma cierta fuerza y cierta ley que están siempre triunfantes sobre las demás leyes y sobre las demás fuerzas. Como el maravilloso salvaje de Mæterlinck—el instinto de conservación—esa fuerza, que es una ley, sobrenada por cima de todas las demás leyes y fuerzas y marcha impertérrita por caminos que va trazando ella misma. No es en los acontecimientos de la Historia, ni en el curso providencial, — como dicen — del progreso, donde me parece hallar esa fuerza; es en el simple hecho de algunas existencias, de algunas almas, que vienen preparadas—¿por quién?— para servir de estrellas de los Reyes Magos. ¿Qué clase de uñas, qué clase de poder tienen estos animales, literalmente apocalípticos, aun cuando parecen perfectamente domesticados y son magnánimos y benévolos? Tienen un instinto duro, pero luminoso: algo sabe de esto el diamante. Mientras que Shakespeare, el titánico creador de un mundo—¡cuánta benevolencia se necesita para crear un mundo dentro del mundo!— requería judicialmente a un su conterráneo por cierta ceja de terreno donde se plantaban legumbres, Hamlet opinaba que Ofelia debía irse a un convento para no procrear pecadores o imbéciles y que toda la esplendorosa decoración del firmamento no era sino vapores pestilentes. No ignoro que existen ingenieros constructores de calzadas que se derrumban, arquitectos que fabrican edificios vergonzantes, poetas que hacen versos desabridos de dulce y de sal— dulce el grande amor; sal el pensamiento grande. Yo lo sé. Nada gana el Hombre con exasperarse y gritar: «Imbéciles! Ellos seguirán siéndolo y creerán que nadie los llama. Dadles el disfrute de la libertad máxima, hacedlos vivir vida libre dentro de la natural esclavitud de la vida: siempre creerán que hay algo más conve-

niente, más hermoso, más fecundo que el cultivo del alma. No conciben cómo este trabajo, esta filosofía, llega a ser tan absorbente y tan única, en ocasiones, que el mundo ha visto o ha podido ver, algunos ejemplares del Hombre descuidando en tal grado el cultivo exterior, que aparecieron vestidos de suciedad y harapos, mientras por dentro llevaban un palacio de las «Mil y una noches». Esta riqueza interior constituye los materiales necesarios para el éxtasis y lo gradúa. Todo éxtasis está animado por la esperanza, es decir, por la ansiedad de la obra. Obra, algo mejor de lo actual, en que el orgullo y aun la vanidad tengan una parte esencial. Tales son los éxtasis de Hamlet y Don Quijote. Es un proceso de rectificación para poner la vida de acuerdo con las grandes almas. Veo en dos obras maestras de la literatura cómo el éxtasis es la vida completa de dos grandes tipos de arte, que forman como los polos entre los cuales giran todas las demás creaciones modernas: El ingenioso Hidalgo y el príncipe de Dinamarca. Pensemos despacio en el alma del Quijote y en lo que sería el mundo para él. ¿Cuándo alma alguna tuvo riqueza tal? El cartón y la hoja de lata con que fabricó su yelmo y su armadura son damasquinado acero e incrustaciones de oro. ¿Cuándo brazo de hombre enristró lanza semejante? La venta es castillo, monumento de las viejas organizaciones feudales: el panzudo vendedor de yantares plebeyos, heroico super-hombre, con virtud de consagrar generosos adalides: mozas del partido coloran y pueblan de belleza el paisaje desolado, tales como creaciones encantadoras del poder femenino: la palurda, fregona y untada de manteca, ideal princesa que la poesía engendró! Y vedlo cuando se pone a conquistar imperios y a coronar gente para el mando: ¿se gobernó alguna vez como en la Barataria y hubo gobernante que alcanzara la filosofía administrativa del super-ilustre Escudero? Jamás el mundo fué tan bello y tan poblado de acciones heroicas y magnánimas y ningún éxtasis de alma fué tan generoso y tan fecundo en desgracias, que son los laureles de lo alto. Pero observad

cómo, en realidad, no todas las almas comprenden el éxtasis de don Alonso: mas tan luego como el espíritu principia a ser cultivado, tan pronto como se va dando cuenta de que ninguna vida puede ser bella y noble sino dentro de un noble y bello éxtasis, se abre a sus ojos el espectáculo de la maravilla. Principiamos ¡ay! riéndonos de aquella existencia loca compuesta por el más vigoroso poema que éxtasis alguno produjo, y terminamos preguntándonos: ¿Deberemos llorar? Y como Sancho, confundiéndonos entre la locura y el buen sentido: ¡Cómo! Es la cordura lo que honra? Es la locura lo que salva?... El hombre—dice el filósofo—saca de sí mismo la materia de sus acciones. Cuanto a Hamlet, ved cómo encarna una enorme suma de humanidad: él tiene su locura, su genio, su voluntad desfalleciente, y en presencia de la vida, que para él, lo mismo que para todo hombre, está cargada de misterio, está surcada de trágicas invasiones de lo desconocido, vacila, cae, sueña, miente, duda, y ni en la ambición, ni en el deber, ni en el amor, tiene la cabeza firme y lleva el paso seguro. ¿Acaso odia? No: él aborrece lo que la vida tiene de odioso y toda su alma está llena de ese sentimiento filosófico y estético. Su éxtasis no tiene la amplitud luminosa del ensueño quijotesco, sino la restricción agresiva del dolor personal y predominante. Pero ambos libran, como dice el señor Teufelsdröckh, su batalla con las armas que tienen, contra el gran imperio de las Tinieblas. Y poner la vida de acuerdo con el espíritu es librar esa gran batalla. Y cuando el hombre empeña esa batalla, ve cómo el misterio del tenebroso dominio se va poblando de anchas, milágro-sas franjas de luz, del propio modo que el cielo con el alba, de la propia manera que el oriente con los grandes brazos de rosa de la aurora. Todas las almas superiores, las que llevan la prodigiosa luz promedia, libran esa batalla y se sienten atraídas por los rosados brazos de la aurora que está sombra adentro. Bien sé ¡ay! que muchas almas no ven el rayo de rosa, ni aun llegan a la enigmática frontera: su mundo es este mundo encantador, con sus calles pobladas de transeúntes, con sus

arquitecturas sin alma y con su sol que nadie ama, y con sus luces eléctricas. Cuanto a la luna, no reparamos cuál matiz le da la atmósfera, ni por cuál cielo boga: si por entre nubes grises o por el majestuoso mar azul. Las almas que están más allá de nosotros, ¿nos llamarán extraños seres o se preocuparán de nuestra visión psíquica lo mismo que nosotros nos preguntamos acerca de la visión psíquica de los animales inferiores? Sin embargo, no creo poder contradecir, ni aun frente a los más estúpidos empeños y exhilarantes actitudes de la vanidad, la tendencia del espíritu hacia el progreso. ¿Cómo, de otro modo, podrían los hombres ingratos, según dice Martí, comisionar sin saberlo ellos mismos a penetrantes veedores para que se detengan sobre el monte de los muertos a dar juicio? Sí: y estos veedores ven por todos. Hemos de creer que en lo más profundo del espíritu humano—burdo, criminal, o tonto que sea—hay presciencia que varía en grande escala de intensidad, desde la débil vibración imperceptible e inconsciente, hasta el libre, poderoso canto de Eternidad que los grandes hombres entonan. ¿Veré por único móvil en la Revolución de Lutero la indisciplina contra la Corte Pontificia y la pasión de una bella monja voluptuosa? Rebeldes y enamorados los hubo a montones—¿cuál hombre no lo sabe?—y entre los veedores está Lutero sobre su cumbre de tiempos. Pero es útil recordar de nuevo la palabra sencilla y jeroglífica del amigo Teufelsdröckh: «El que entienda por Iglesia Cabildos y Catedral y por predicación y profecía plástica y canto llano, líbrese de continuar leyendo con mente ligera».

No desearía yo descuidar, o mejor dicho, quisiera poder no descuidar el cultivo de mi alma: no dejarme llevar por la ociosidad en un largo síncope de la volición, hasta permitir que la maleza invada mi prado y cubra sus flores: que las malezas, vanidad, ignorancia, perfidia, crueldad, no las cubran, a fin de que me anticipen algo del perfume y la belleza con que sin duda habrán de embalsamar mi huerto en Otra Parte. Quiero que por medio del Símbolo, de la Quimera, de la

Plástica, me sea permitido oír la formidable palabra en el silencio. Desgraciadamente son cortas, para nuestro deseo, las armas con que debemos librar el combate de las Tinieblas. O quizás son las que necesitamos, estrictamente. Esta que yo quiero aprender, sabiduría elegante y superficial, mecánica y mundana, se me aparece desprovista de elemento penetrante, si la comparo con el viejo pensamiento hermético que corre por las antiguas civilizaciones, por la médula de la historia universal, o para decirlo más propiamente, por la vida de algunos hombres que se divisan en las alturas de los siglos. ¿Quién penetra, que veamos, el viejo pensamiento hermético, o mejor, quién alarga el rayo de luz de su lámpara hasta ver y comprender la realidad central de la vida que está más allá del esqueleto fosforescente de las cosas y de los acontecimientos? ¿Qué sitio tendrá la Gran Bretaña en el arcano pensar del soñoliento fakir y qué opinará éste del anglo-sajón civilizado? Debemos creer que mientras más sabe el hombre, más honda es su ignorancia: así para ese voladero infinito de mirajes sucesivos, urgen alas de un espíritu religioso que no sienta el mareo de navegación tan inquietante. *That is the question.*

Naturalmente, apártome para comprender y amar a Hamlet, de la crítica tan convencional y de buen gusto con que el Arcade Moratín lo juzgaba: de aquella crítica que pedía el cumplimiento minucioso de las reglas establecidas para construir lo que se llamaba una Tragedia. ¿Cuál mundo es el en que se vive, cuando no vemos que la tragedia es la vida y que en el Auto, la Comedia, la Tragedia, el Sainete, el Entremés y la Zarzuela, si alcanzan la eficacia del arte verdadero, está el alma trágica del mundo, lo mismo que en la Tragedia solemne? La Comedia se burla del marido desgraciado, y ¿hay algo más trágico que un cuerno? ¿Es acaso preciso que brille el relámpago en el puñal de Otelo o que la espada vengadora se deslice como una serpiente por la espalda de Paolo, para sentir la tragedia de un corazón que se rompe? En la furtiva, silenciosa lágrima de un infeliz engañado brilla quizás

más luz del cielo que en esos aceros inmortales: aunque precisamente todo el arte magnífico de esas dos historias está en que nos hacen pensar profundamente y piadosamente en todas las lágrimas, furtivas y silenciosas, que el dolor de los celos arranca por el mundo. No me causa regocijo la infamia del marido complaciente, así esté puesta en la cumbre de la comedia: y solamente la cólera y el asco me hacen despreciar al rufián. Si fuéramos magnánimos sentiríamos piedad, una dolorosa piedad por quien ensucia la vida. Pero somos ligeros, superficiales, y nunca llamamos a nuestro corazón, como si viviéramos extraños al acecho constante de la tragedia: injuriamos y perseguimos a la doncella que pare del hombre amado, a la mujer que cayó, bien sea por una pendiente empapada en lágrimas de amor y hambre; y nos reímos del transeúnte que resbala y se yergue azorado, viendo en derredor si lo observan y ríen, así se haya roto la carne o lujado un músculo. Nos olvidamos de que la Tragedia está en la Naturaleza y de que *en el nacimiento de un niño y de una estrella*, como dice Oscar Wilde, y en la caída de una flor y en el trabajo y batalla de todo ser viviente, desde el gusano hasta el hombre, *hay dolor*.

Ocurre, ciertamente, que para evangelizar sobre el bien, es útil apelar al egoísmo: la vieja sabiduría lo enseñó. En efecto, la acción meritoria, según la llamamos, la conducta media—la superior no necesita que la evangelicen—fraternal y benéfica, produce un agradable estado de conciencia, una satisfacción parecida a la del baño después del calor y el cansancio: es un gozo y una vigorización: alimenta y otorga la felicidad. No hay en ello mérito eminente, pero del mal, el menos: es una sanción del propio temperamento que, como sabéis, es la norma de la vida y del mundo. Por lo cual es conveniente *no hacer a otro lo que no queremos que nos hagan*, pues ¿quién asegura que no *será medido con la misma vara con que mide* y que no exista en el fondo del arcano la balanza y el ojo de la justicia universal?

No tengo inconveniente en declarar que el carácter de Hamlet me parece de una perfecta unidad humana. Su temperamento está inclinado al bien y al honor: su falsa locura está combinada con el desequilibrio psíquico que suele observarse en el descendiente de una raza de dominadores. Por supuesto, no creo que las más sagaces averiguaciones antropológicas mejoren o cambien el destino de las almas prescrito en las grandes leyes de la vida. La balanza universal estará siempre en su fiel y lo que a un alma quita la enfermedad atávica se lo compensa la misma enfermedad para el equilibrio de su destino. Recordad la locura del genio. . . . La consabida crítica detesta el diálogo del Príncipe con los sepultureros y algunas otras escenas que se tienen por vulgaridades indignas de una tragedia trazada a cordel. El mundo, me parece, se compone de la tierra cubierta de pantano, donde nacen las flores y del cielo cubierto de nubes, donde nacen las estrellas. Por mi parte, encuentro aquel diálogo y las demás vulgaridades vituperadas, perfectamente admirables. Desde luego, comprendo que la técnica, la manera de Shakespeare, sería más de mi agrado si Shakespeare hubiera vivido en nuestro tiempo: mas el enorme poeta es tan responsable de ello, como lo es de sí mismo el espíritu de una época.

Y tal sacó el coloso de su propio éxtasis esta visión humana, como sacó del suyo la epopeya hidalga el incomensurable maestro español.

Descuidada técnica, tanto, hasta pensar que no fuera su obra maestra aquella donde apenas puso la sal ¡la sal! de su ingenio: y siempre creyó, — a los decires que leemos — algunos otros de sus trabajos artísticos muy superiores a la montaña que con sólo vivir sinceramente su éxtasis, había plantado en mitad del universo. Aquello fué escrito en són de burla, para hacer reír — ¡cuán misteriosa relación entre la carcajada y el sollozo! — y para tanto fué acogido. Pero la vida estimó la cosa de otro modo: en pos de las últimas risas vinieron las primeras lágrimas. En su condición de verdadero éxtasis, de expresión ingénua de un alma y de una vida,

la obra tiene todas las sinuosidades, todas las caídas, todos los altos y bajos de la vida y de las almas: y tiene todos los defectos del cielo y de la tierra, de todo aquello que no se puede trazar a cordel. ¡Extraño acierto! ¡Asimilación intensísima! ¿Quién, en cuanto crítico, osa violar este egregio resumen de la vida? Porque a través de sus vulgaridades, a través de sus escenas cansadas y supérfluas, de sus amplificaciones de mal gusto, corre el espíritu como el alma del mundo a través de las fastidiosas amplificaciones de la humanidad, de las escenas que nos parecen supérfluas y cansadas en la existencia. Tal la profunda verdad del poema. Pero ved cómo están allí defendidos los intereses del espíritu. ¿Cuál daño de hombre o de mujer, cuál dolor humano, cuál pequeñez o infamia, no tuvo un eco de simpatía o de indignación en aquel pecho? ¿Cuál concepto de las altas esferas, cuál idea que volara por sobre la manchega llanura y trascendiera a todas las sociedades, cuál filosofía o comprensión de asuntos eminentes no quedó formulada en generoso evangelio de pueblos, por aquella lengua vibrante como un rayode luz meridional?

Y mientras más fuerte es el alma, superior instancia tiene de la inmortalidad y mayores luces trágicas concentra. Esto parece alarde soberbio, pero es una ley tan natural, como la que mueve el ala del águila y el majestuoso caminar del león. Es el orgullo de la fuerza, porque no lo creo burla de la ilusión. Parece que Miguel Angel dijo que la naturaleza se purga de lo supérfluo: y sin embargo, no se podría concebir un mundo sin gusanos, mosquitos ni briznas de paja. ¿Qué es lo supérfluo? Es quizás el principal elemento del dolor. La ociosidad, que sería lo supérfluo en esta naturaleza tan activa, que nos mueve, nos sacude, nos tritura, tiene el derecho de existir. Observad y veréis cuál cantidad de dolor surge de su inercia. Y también observad cuánta suma de excelso bandolerismo se necesita para llamarse Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar! He aquí un misterioso, si bien elocuente reflejo de la ley: amable e indisoluble consustancialidad de

una trascendencia espiritual con el instinto de aventura y crueldad. Cuando los pueblos decaen no hay sino llorar: y los grandes motores que actúan según sus épocas, no se producen en las decadencias. Cada aptitud humana tiene propia utilidad y cada actitud su dolor. Después de Ezequiel, de Daniel, de Isaías, que manejaron rayos, Jeremías, que mojaba las ruinas con su llanto.

Dentro del Extasis hay otros éxtasis. La ilusión arraiga mecánicamente en la vida y el amor es quizás la más fuerte ilusión: ved de cuán distinta manera, a pesar de la honda verdad de ambos, amaron Don Quijote y Hamlet. En el uno es el amor todo luz y dulzura: en el otro, amargura y sombra. No creo que haya un solo sér humano en quien no se manifieste tarde o temprano, de una manera o de otra. Pero ¿me diréis que hay felicidad en aquella y en esta ventura? Ambos, Don Quijote y Hamlet, están sumergidos en el Jamás, sin que puedan agarrarse al salvavidas Olvido: para el uno la verdad *sería* terrible, *es* terrible la verdad para el otro: y los dos vivieron la *verdad*. Muy bien ¡ay! dice el señor Teufelsdröckh: pues la imaginación a medida que se puebla, no puede ser sino de cipreses, hasta formar un bosque de los melancólicos árboles. Y en estos dos poemas que por modos tan distintos se desenvuelven, yo no veo sino maravillosos jardines de cipreses, por debajo de los cuales se deslizan transparentes arroyos de lágrimas.

V

Es por la razón expuesta, a mi modo de ver, por lo que, síntesis suprema del dolor humano, la Tragedia constituye la expresión artística más alta: conjunto de símbolos en acción, cada uno enlazado por su propia naturaleza, a una fibra sentimental del Hombre. Pero, si se piensa atentamente, se verá con claridad también, cómo esos altos símbolos—por lo mismo que son altos y son símbolos—están dolorosamente vinculados, por el hilo de acero de las leyes trágicas que rigen el mundo, hasta con las revelaciones artísticas de menor cuantía, como la Farsa, como el Entremés. Así, la más intensa expresión de la vida, que se produce en el Arte por medio de la Tragedia, tiene por objeto trascendente embellecer el dolor, ennoblecer la pena: tal la obra del Poeta, del Apóstol, quien, como sabéis, es el Pensador inspirado: del trabajador que, en una inconciencia divina, en un Extasis profundo y luminoso, habla a los hombres, *cuya más alta y única felicidad es sufrir y saber por qué sufren*. He aquí el instinto al cual tenemos urgencia de poner a echar flores por medio de un cultivo sincero.

La desesperación angustia y cubre de tinieblas el alma, sólo porque no prestamos oídos al instinto que vibra hacia la belleza de la vida: pensamos que lo bello está no más que en ciertas ventajas materiales y nos petrificamos en la estéril rutina de esa creencia. En medio de las tormentas del alma, debemos tener siempre la visión de la belleza en perspectiva y esa visión será más noble cuanto más libre sea el instinto que al

solicita. ¡Pobres ricos! Bien que seamos sensualistas en lo que se refiere a las cosas exteriores y permanentes de la vida, que amemos lo joyante, el color y la línea mórbida; bien que nuestros nervios se exciten voluptuosamente al contacto de las cosas bellas, de las cosas suaves, de las cosas dulces, estoy convencido de que así sucede por la relación esotérica de tales cosas con la profunda significación mística del mundo. Amar la flor, ¿no es amar instintivamente el proceso entero de su existencia, que principia en el obscuro grano de tierra, en la vil simiente generosa y llega por el tallo y la savia y la hoja hasta la explosión de seda y color que busca el oro y el terciopelo y la plata de lo alto? Bien poco vale el hombre que no quiere ser sino rico. Cuando llegue la hora de la muerte, comprenderá que no ha vivido como hombre, sino como un elemento ciego de la vasta combinación universal. Byron era rico y Espronceda pobre, Shakespeare vivió de afanes materiales y Goethe en la abundancia. Pues bien: en la liquidación de estas vidas ¿entra acaso el dinero como factor apreciable? Aun más: las penas que sufrieron estos Hombres, son las mismas reservadas a todos los hombres, porque la Naturaleza no tiene martirios especiales. Pero las almas sí tienen diferente sensibilidad y en ésta reside el poder de cultivarse a sí misma y convertir la emoción dolorosa de los choques exteriores y endémicos de la vida, en sorprendentes vibraciones de belleza que producen el milagro de las vidas nobles y de las obras de arte. El dinero es un medio, no un fin. La positiva riqueza está en el dolor, patrimonio de todos y en la luz divina que fecunda ese patrimonio para hacerlo producir la belleza.

La mano formidable empuña constante y eternamente el Látigo de fuego del pesar. ¿A qué hablar de felicidades en el sentido en que las pobres gentes desorientadas las buscan? La felicidad está en la conciencia del Dolor. Zafad vuestra alma de ciertas ligaduras groseras, ponedla en libertad y veréis cuán otro es el aspecto del mundo, cuán otra su significación. Pero si no podéis vivir sino en la Esclavitud de un dorado Re-

partimiento, vivid como podáis: ¿no hemos convenido en que el mundo se compone de flores y gusanos, de astros y de bestias. Sólo que yo pediría el silencio: el admirable silencio que permite oír la música de las almas trascendentales y de las cosas eternas.

La más alta expresión de esa música está en el universal Canto-gemido que el Látigo de fuego del pesar arranca. Sin duda este Látigo cae sobre las almas con vario ímpetu, y su elección de mayor fuerza y de inexorabilidad hace las almas Elegidas. Pero, ¡cuán terrible espectáculo es verlo chasquear sobre espaldas en arco, sin que—lomos desconcertantes—ni un estremecimiento corra por los inertes espinazos! Y si este Látigo cae sobre todas las espaldas, es en cambio, evidentemente, un consuelo contemplar cómo surge del fondo tenebroso de la Eternidad, se despliega en el cielo y vibra sobre el mundo, semejante a un relámpago.

Si, pues, el dolor es la realidad predominante de la vida y acecha al hombre en cada vuelta del camino y desde todos los puntos del horizonte, ¿a qué engañarnos, principalmente en la obra literaria, en la cual algunos autores, de positivo mal gusto—este sí que es un verdadero gusto pésimo—se empeñan en pintar vidas felices y mundos a lo Pangloss, para que el hombre sufra doblemente al contemplar la existencia pintada tan lejos de la suya propia, creyéndose víctima de la injusticia y, en medio de su amargura, alejándose del Arte, que instintivamente considera falso y del concepto de la belleza universal, que no ve en su propia vida?

Bendigamos el Látigo de fuego. El sentirlo sobre nosotros, su furioso chasquido, su golpe implacable, es ley de la vida, y nos da pensamiento, energía, amor: y estas fuerzas nacen de la sangre que brota, como vívidos renuevos bajo la tijera del podador. Cuando sentimos la tristeza, cuando el llanto, esta eyaculación maravillosa del alma, corre por los surcos de nuestro rostro, tenemos la piedad como una flor para los seres y trabajamos ingénuamente—aunque vanamente, pues

cuando descartéis una pena, otra comparecerá—por desviar el sufrimiento del alma de nuestros hermanos. La tristeza es el más fuerte vínculo de la fraternidad, pero es también una ley que no se puede eludir. ¿Qué hace el hombre que no ha estado nunca triste? ¿Dónde está ese monstruo de piedra? ¿Por qué miente así, o por qué no se prepara, pues ha de morir al primer embate del Látigo?

El egoísmo engendra una virtud. No se puede fijamente deslindar aquella manifestación del *yo* y la caridad: el dolor del pesar propio y la sensación que nos mueve casi inconscientemente a evitar a los demás el dolor que sentimos. La fraternidad vive de este instinto: y sin embargo, en este vecindario del mundo, en el cual todos debiéramos ayudarnos mutuamente, vivimos ocultándonos unos a otros nuestros pesares y haciéndonos daño con ingénua eficacia. No obstante, he dicho ya cómo creo que, necesariamente, en el fondo del alma humana se encuentra siempre un grano de bien, una chispa de idealidad, un destello de lo Superior, que principia donde termina cada alma: y sabemos que esto, y no otra cosa, es la causa del sentimiento religioso. Pero el hombre no ha dado todavía con la clave de su verdadera educación—a pesar de Jesús—y el ensueño de nobleza, de fraternal simpatía, sigue siendo, no ya humo perfumado por algunas almas, que aparecen como estrellas en el nublado firmamento de la Historia, sino extraña teoría muerta, apenas de mecánico movimiento, en el individuo, en los colegios, en las universidades, en las congregaciones. Cuando siento agitarse dentro de mí algo agradable en presencia del mal ajeno—aun cuando lo considere como pena merecida—o experimento el deseo de que el mal suceda, es porque alguna mala pasión vive en mi sér o en el prójimo infortunado: uno de los dos está en trance de ser indigno de la fraternidad—si esto fuera posible—y necesita purificar su alma en la contemplación de la Ley. ¿Para qué alegrarnos del mal ajeno, cuando tenemos una fuente de belleza y consuelo en nuestro propio mal? Recordemos la palabra teufelsdröckhiana:

Me imaginaba tener que luchar sólo con el trabajo y no con la estupidez y el pecado en mí mismo y en los demás.

Malentendemos el trabajo, por otra parte. Ya he pensado cómo cualquiera que ande muy afanado puede estar perfectamente ocioso. Observe cada hombre su vida y haga el Balance de dicha y dolor, de producción y ociosidad. La vida es un éxtasis, un vértigo dentro de la Eternidad, en cuya sombra una mano blande su látigo. Cada quien marcha a su modo. ¡Qué espectáculo! Parecemos finos corceles, pesados caballos de carga, mulos doctorales, burros que sacuden las orejas. Además del trabajo, el fuerte pecado y la estupidez invicta! Empero, tanto como al fuerte pecado, muchas veces fecundo surtidor de belleza y en ocasiones de piedad, repito que amo la estupidez y la asigno alta importancia: sin ella sería muy reducido el radio y el dolor de la inteligencia. Es encantador contemplar, por ejemplo, cómo no comprende un jugador de dominó, que alguien prefiera leer un libro a entablar una partida: o saber cómo un rico joven de negocios, que era también aspirante a *hombre de Estado*, se gloriaba de no haber leído jamás una página. Por supuesto, conozco jugadores de dominó, hombres de negocios, aun hombres de Estado, cuya vida es un huracán—Napoleón leyó varias veces el Werther—que leen literatura y hasta comprenden la belleza de los libros: pero no son menos verdaderos los casos negativos que dejo apuntados, y puedo sin mortificar su modestia escribirlo aquí, porque es seguro que no me leerán. En el jugador de dominó hay sencillez, materia prima de gente buena, que puede llegar a leer y amar el Libro: el otro es un tipo de suprema significación, es un heroico representativo de la más amplia, pintoresca y profunda estupidez. ¡Gloria a él y a su época!

No digo que deje de solicitarse el dinero. Proclamase que Dios da la enfermedad y el remedio y que todos traemos nuestro pan al nacer. Alejando un poco la significación simbólica de ambos apotegmas y por el peligro que puede haber en aceptarlos demasiado literalmente, a pesar de las voces elocuentes de la

Naturaleza, es bueno tener presente que, si no se toma quinina, la calentura persiste y si no defendemos nuestra hogaza, cualquier adulto de sentimientos normales nos la atrapa y se la come a pesar de nuestros chillidos. Con todo, si es necesario curarnos la calentura y asegurar nuestro pan, esta no es toda la necesidad: estamos en la obligación—que nuestro propio instinto nos indica—de elevarnos un poco, para lo cual no hay otra escala que la del Trabajo en su más espiritual acepción, embellecido por el fecundo, milagroso Dolor!

Y es útil recordar aquí cómo, lo mismo que se puede ser ocioso estando ocupado, es muy cierto que «la mayor parte de la gente se conforma con la celebridad, confundiéndola con la grandeza» ¡Cuántos grandes hombres, trabajadores desconocidos, olvidados: y cuánta celebridad vana y en apoteosis! Recorred los dominios de la literatura y veréis cómo no hacemos sino espigar con pobres cuchillos amellados, la enorme siembra de los viejos plantadores en olvido. Sin embargo, creo que la Literatura es Acción, manejar la idea y el estilo es Obra: y si bien es necesario desdeñar los copiadores, los cuerpos que van dentro de la ropa sin amoldar la ropa al cuerpo, es no menos poderosamente útil que cada uno escriba, no para complacer a los demás, viejos o nuevos, sino por complacerse a sí mismo: es el único modo de revelar la significación y la trascendencia del hombre, cuando escribe. No atendamos al ironista de *Sartor Resartus*, quien, cuando creyó que no había corazones sinceros que estrechar contra el suyo, se dijo: *En este caso, lo mejor que se puede hacer es hablar poco y ese poco, de acuerdo con los periódicos*. No: la uniformidad es mala, puede ser una cosa cierta, pero a veces llega a ser también un hecho pernicioso. Cada hombre debe externarse dentro del decoro social, como se lo indique el instinto alto de su personalidad interior. La disciplina no es la abyección, ni la cobardía: ¡cuántos males pueden evitarse, con sólo pensar esto! y ¡qué hermoso espectáculo, una sociedad de hombres libres, es decir, de hombres reflexivos! Huyamos el peligro de

que la literatura sea una palabrería sin sentido; en presencia de la Misteriosa Vida: que las palabras no sean curvas y tinta, sino nervios y sangre. Tal es el trabajo, en ésta, como en todas las actividades humanas: para solicitar la Riqueza lo mismo que para realizar la Ambición, para el Amor lo propio que para el Arte.

¡La Riqueza! ¡Cuánta ilusión! ¡Pobres lámparas que la forman! Si contemplamos este nuestro pequeño mundo y examinamos cómo se *produce la riqueza*, comprenderemos el desastroso resultado de la falta de educación espiritual y la carencia absoluta del alto y noble espíritu de progreso colectivo. ¡Qué diferencia con la base sobre la cual se ha levantado el progreso británico! La *gentry* de la grande Isla tuvo dos ideales: trabajar para vivir dentro del honor y la independencia de su casa, y combatir cuando era necesario por su fe patriótica y por su fe religiosa. Ambos eran dos objetivos enteramente espirituales, a pesar de la dureza de los tiempos y de la extraordinaria crueldad de las luchas: pero también y por lo mismo, ambos fueron la raíz de esta grandeza que tiene desconcertadas las otras ambiciones. Imagino la fuerza que adquiriría el carácter, trabajando sobre los duros, salvajes terrones, en pos de aquella dignidad consistente en mantener la honra dentro de la casa y la independencia en la vida: imagino qué fuerza adquiriría el tosco espíritu de aquellos hombres, *creyendo* que esta honra y esta independencia de su vida, eran la honra y la libertad de su patria y el preámbulo de una existencia más noble, que habrían de disfrutar en el mundo que la Religión les prometía. Estoy convencido de que este carácter sencillo y entero, esta condición de vida ocupada con labor y creencia, esta elevación del espíritu hacia dos nobles fines, fué la enseñanza originaria de los más cultos políticos y hombres de arte, de ciencia y de mundo en la Inglaterra contemporánea. Y cuando, luego de matanzas y barbaridades insólitas, conquistaron en cuatro revoluciones—dos fracasadas y dos victoriosas—los principios dentro de los cuales quedaba asegurada la garantía de aquellas condiciones de existencia, mutuamente y todo el pueblo

inglés, se dedicó a mejorar las condiciones y a contribuir lógicamente a la prosperidad de la Nación. Y esto ha ocurrido de la manera más natural y como una de las más hermosas fatalidades. Por acá el proceso ha sido diferente. ¿A qué analizarlo ahora cuando lo toco de paso? La guerra de independencia, encendida de pronto, como una explosión en anacrónicas y exóticas aspiraciones intelectuales, tuvo toda la crudeza de las antiguas luchas, sin llegar, porque no era posible, a un estado político-social que requería un largo aprendizaje, es decir, una lenta preparación progresiva. Ciertamente, fueron las ideas del siglo, promotoras de esta conflagración preñada de espanto y de maravilla: pero está fuera del discutir que las almas superiores de la época padecieron una angustia fundamental, aunque vaga quizás, y que no tuvieron tiempo de sondearla, arrebatadas como vivieron por la tempestuosa racha de ilusión y frenesí que ellas mismas desencadenaron, sino después que ésta hubo pasado con todas sus cerrazones sombrías. Después, ya sabemos... Pero, ¿podré decirlo? Con la misma superficialidad con que se hicieron revoluciones, y con la misma ligereza con que se elaboraron Constituciones y con el mismo desenfado con que hemos erigido innumerables *grandes hombres*, destruimos la riqueza particular y naturalmente la pública: y eliminamos de la vida la afición a los métodos del trabajo productor y proclamando desafortunadamente *libertad*, no damos un paso que no sea hacia la más rudimentaria *esclavitud*: la esclavitud de la inercia, de la rutina y de una visión cada vez más estrecha de la actividad humana. Parece que el arpa de bronce, delicada y sonora, que debiera ser nuestra alma, se ha convertido en guitarra destemplada y rota. No conozco nada que esté más lejos del *espíritu* que esta vida pública y social, y por consiguiente la vida de cada una de nuestras personas, no obstante la intelectualidad que derrochamos. Afirmando que una cosa es el *espíritu*, que nos hace vivir una vida de trascendencia, arraigada lo más hondamente posible en el misterio de la Naturaleza y en la naturaleza del Misterio,

y otra la facultad *intelectual* de hacer programas sonoros, lindas frases y vistosos espectáculos.

La Riqueza, como lo sabe todo el mundo—excepto algunos agricultores—está en la Madre Tierra. Es allí donde por medio del espíritu del hombre se encuentra. Y nunca será fuerte una Sociedad, jamás tendrá sólida base una Nación que no ame la tierra que pisa y no viva de su constante comunicación con ella. Mejor dicho: tal sociedad, una nación semejante carecen de energía vital, y no existen sino a lo sumo, precaria, temporariamente. ¿Pueden acaso pretermitirse las grandes leyes de la Naturaleza, de la Vida? La emigración de los pueblos es resultado de causas, de acontecimientos excepcionales, sucesos esporádicos en la Historia: y precisamente el pueblo emigra en solicitud de tierra que amar, donde arraigarse firme y definitivamente dando punto de partida a su espíritu, asegurando su destino en el espacio y en el tiempo. No asigno a la especulación bien combinada, a los juegos instantáneos de fortuna, a los hábiles robos, una significación espiritual: corresponden apenas a un frágil éxito intelectual. El espíritu es lo permanente, la fuerza que determina la existencia del individuo, de la sociedad, de la Nación: el intelecto es el *útil* más o menos fino o perfeccionado de que el espíritu se vale para manifestarse. Cuando el espíritu es esclavo, cuando el alma es vil o está sumergida entre convenciones y preocupaciones puramente materiales, cuando carece de fuerza para revelarse a sí misma cultivándose y orientándose con la mirada vuelta hacia lo permanente del misterio y darle a su vida la noble dirección que ese oriente fija, el intelecto no tiene eficacia para los fines trascendentales y la vida por lo tanto aparece menesterosa de potencia fecunda.

Quien tenga ojos puede ver cómo se revela la ausencia del espíritu en la solicitud de la Riqueza entre nosotros. Todo se hace por medio de la inteligencia, en una constante aventura de azar. Pienso que el hombre debe sustraer cuanto pueda su actividad del azar, a fin de afrontar con decoroso continente el Su-

premo Azar de la vida. En el pueril, superficial estréptico de la lucha por improvisar dinero, se olvidan completamente los intereses de permanencia serena e inmutable: y se puede comparar tal situación a la de un combatiente que se preocupa sólo de las armas y no se cuida de conocer y preparar el terreno donde ha de defenderse. Bajo el ruido de un mundo vacío de espíritu, el silencio tenebroso de la inercia o de la muerte. La vida es combate, y es en el suelo donde se pelea: si las águilas luchan en el alto aire, tienen siempre su base de salida y de retiro sobre las rocas enclavadas en tierra.

Y naturalmente, cuando perseguimos la Riqueza sin intervención del espíritu, pensamos siempre en lo atrevido, en lo hábil del plan, nunca en su honestidad: por lo cual vemos a los hombres poner la infamia sobre su vida con actos donde el espíritu, si se hubiera revelado, habría sido puesto en crucifixión. Se atienen sólo a su talento y olvidan que si la obra no tiene nobleza se ha ensuciado la historia y caído sobre el porvenir un daño de quien sabe cuán funestas consecuencias. Si las faltas de los padres, según la palabra de la presciencia antigua, caen sobre los hijos, las faltas de los hijos menoscaban el prestigio de los padres: y es que en la mecánica del mundo, dentro de la cual está todo enlazado con el vínculo eterno e indestructible del Misterio, la deshonra de un día mancha el pasado y el porvenir. Ved si dentro de la unidad del Todo, no vale la pena de despertar nuestro espíritu y darle unidad a nuestra vida.

Recuerdo mi honda sorpresa de cierto día. Un hombre en quien, al parecer, el espíritu estaba aplastado bajo una montaña de imbecilidad y de vicio, escribió a otro hombre que tenía poder una carta en que le pedía un empleo, un empleo público cualquiera, *porque*, decía *estoy en la miseria: no tengo sino un pedazo de tierra y una casa*. Pensad para cuánto hombre de bien y de noble espíritu, esa *miseria* sería una base ideal de redención por medio del trabajo y de la comunicación con la sagrada, fecunda Madre! Largos años de vida no me harán olvidar esta sorpresa. Y más o menos:

como la actitud de este infeliz en presencia de la Vida y del problema del Trabajo, en presencia del Misterio y del Porvenir, es la de todos los que, en lugar de pensar seriamente en arraigar nuestra vida en la tierra todo lo que podamos—la tierra sirve de trampolín al espíritu para elevarse—y con el provecho, con la honra, con la belleza de un cedro, de un bucare, de un samán, perseguimos los insignificantes dineros por rutas de aluvión. Todos no podemos vivir merodeando en torno de la mesa del Poder para recoger harinas y arrebatar el asado en un descuido, ni vivir del juego en la mareante atmósfera del garito, hoy ganando, perdiendo mañana, ni los empleos públicos alcanzan para todos los que gozan, más o menos legítimamente de los derechos civiles: las dos primeras probabilidades no pueden ser sino pasajeras—¿cómo se concibe lo permanente sobre base tal? y en cuanto a los empleos públicos, dejemos las funciones de la política y de la administración a quienes tengan la requerida aptitud y no olvidemos la situación en que cada uno de nosotros queda—en un país donde aun no existe como norma la regularidad de los ascensos ni el desenvolvimiento de las profesiones en los servicios públicos—cuando el incesante movimiento áulico nos arroja de los puestos que desempeñamos. Los manantiales del trabajo y de la producción están de tal manera vírgenes por la capa secular del abono, que es imposible romper la roca de improviso para que surta el pan: y en el triste desamparo perdemos la fe, cansamos a los Directores del Gobierno y fastidiamos a nuestros amigos solicitando perennemente a sus puertas una nueva colocación.

En nada de esto aparece el hombre interior, es decir el Hombre: el hombre que, después de domar y ennoblecer la vida, tiene por destino en el mundo ser un «Domador de Espectros». Nosotros no hemos llegado a domar y mucho menos a ennoblecer la vida: y en cuanto a los espectros de que están poblados los horizontes, no los miramos. En nuestro epigramático mundito, ya no es Dolor, el Alto Dolor de la vida lo que hay, sino la triste miseria, la miseria espiritual y

física. ¡Ah! Yo pedí una vez para los hijos de Bolívar la cosa más sencilla del mundo y que a mi ver representa, sin embargo, el más alto, fecundo ideal de nuestra vida: pedí para los hijos de Bolívar «un pedazo de tierra, una escardilla y un libro». Ahora que me viene a la pluma la ocasión, renuevo mi clamor: pido que se cultive la tierra. Pido que se la cultive inmediatamente, para que merced a ella hagamos de esta época días llenos de preparación: a fin de que sean provechosos estos días que vivimos y para que, cuando sople del vasto, remoto y profundo Cuadrante el huracán que convierte los *presentes* en *futuros*, puedan nuestros prados y montañas florecer riqueza, llegue la Patria a ser fuerte y alcance el Hombre Venezolano un destino mejor . . . Pero planto ya la tienda en el sitio hacia donde he venido guiando mis pasos y pregunto: ¿Puede actualmente y con estos elementos llegarse, por el concepto abstracto de la Riqueza a la creación de lo Bello en una Obra, sin que se deslicen bajo los melancólicos cipreses murmurantes arroyos de lágrimas?

VI

Cuanto a los métodos de la ambición, no dan mejores materiales para el halago optimista. Seguid el curso de nuestra Historia. No encontraréis una Roma consular aristocrática: no una fuerte Ciudad que victime a Cartago, mientras tiende por la razón de la fuerza como un sistema orgánico la red acerada del Imperio y el Derecho, ni la vibrante democracia que con su espíritu y su sangre formó las legiones de Cayo Julio para someter la alondra y el gallo trasalpinos a la garra del águila cesárea. Cierta que hicimos sonar nuestros clarines bajo lejanos cielos y resonar el galope de nuestros corceles por remotas praderas y montañas; pero si por un momento pusimos la púrpura sobre los hombros ideales de la Patria y alcanzamos fugitivo poder multiforme, fue todo bizantinamente y bajo una roja luz de relámpago, para caer pronto, no en la crueldad y la suntuosa locura de los despotismos y decadencia bajo-imperio, sino en cierto pretorianismo indolente y hético, entre cuyas fórmulas rudimentarias la civilización entrevista sucumbía. Una república engendrada en las efusiones románticas de revolucionarios intelectuales, y moldeada luego, como en sangriento yunque, sobre el heroísmo de una generación por el genio de un Hombre. ¿Diré que el Pretorio fue violado y que los pretorianos en frenesí vivieron crónicas lamentables que adventicios rábulas capitolinos pusieron en superficial romance? Ved por cuáles medios solicitaron los hombres el dominio público y cómo fueron los honores prostituídos: en pos del Poema

glorioso un largo imperio de miseria moral y de miseria física. No por caminos más lícitos que los trillados para alcanzar la Riqueza, se persiguió la influencia oficial. En esta gran tierra agostada, sacudida por la verdad de las catástrofes, la mentira y la locura hanse llevado un buen trecho de la historia: y es curioso ver cómo todo se viste con la pequeña vanidad nativa, descendiente degenerada del orgullo hidalgo venido a menos en el paludismo del trópico, gastado en el uso de la vida, y desconcertado en la fatal inertación de razas trémulas. Y ese flaco orgullo cómico hase convertido a la postre en elemento de tragedia para toda alma a quien torturen el fracaso y el dolor en su país y su bandera. . . . ¿Fue cosa de optimismo blando el raudal de sangre que fecundó a Colombia en un mundo de ruina? En la maravillosa epopeya todos los actos fueron trágicos: y el dolor de la sangre y de la ruina, culminó en la olímpica desolación de aquella alma que en la ribera del Caribe se fue para la inmortalidad, dejando, semejante a un meteoro, largo reguero de luces en el tiempo. Y largamente han cumplido los hombres de la acción, del pensamiento, su misión de errar. Para una página de belleza creada por algún artista olvidado, los directores del pensamiento público mintieron, falsificaron abundantemente la gloria y dominaron las épocas mercantil y obscuramente. En el país donde nació un Hombre que dijo: «La gloria está en ser grande y en ser útil» se cree que la grandeza es un ruido sin armonía y que la utilidad es la pasión de la plata que arrancó lágrimas a los senadores cartagineses. La pequeñez y la inutilidad ocuparon todas las puertas y en los caminos, largas filas de romeros serpentearon sudando bajo el sol y temblando ante la dificultad del éxito. Y observad cómo en este anhelo incomprensible de las almas, en esta bancarrota del espíritu, algunos seres, cuya bajeza está aun por cima de su afán de lucros, ofrecen el más deplorable espectáculo. No se sacian: y si hereditaria o casualmente han llegado a ser ostensibles por rutas cuyo lodo no está evidente, se empeñan en la propia opu-

lencia, por alcanzar sitios donde la actividad sea más vil. Después de ser merodeadores en torno del gran núcleo de clientes, merodearon también como celestinos, en torno de la pasión sementaria de los poderosos. Recuerdo cómo, un amigo mío se asombraba contemplando ciertas épocas históricas: épocas que no fueron ¡ay! puntos de partida, sino etapas de la natural bajeza humana, en las cuales floreció la tercería. No conozco—me dijo—nada igual. Las épocas anteriores tuvieron cada una su característica y en medio de la indignación que produce ese conocimiento, comprendemos que la bajeza ofrecía otras manifestaciones. Llegaban hasta el delito, hasta la abdicación de todas las prerrogativas intelectuales y de fuerza: pero la dignidad del varón flotaba. Después, sobre todo ese monte de ignominia y delitos, resplandecen como lagos de sangre que se pudren bajo los rayos del sol, esas épocas en las cuales triunfaron los impudentes bien vestidos.

¡Cuántos esfuerzos, cuánta culpa de opróbio para llegar a los puestos eminentes ante la completa indiferencia de la Historia! El Panteón, ese templo que llamamos de la inmortalidad, es una imagen del siglo que hemos vivido. Imaginad una gran nave sonora, vacía, con el pavimento sembrado de tumbas y en el fondo, en insigne marmol blanco, el Protagonista: y en la vida republicana cien años de ansiedad o de silencio de muerte: el suelo sin arar: innumerables sepulcros evitados por el pico de los cuervos, osarios eliminándose a la intemperie: bastantes lozas tumularias con inscripciones extravagantes: ningún bronce que nos detenga: interminable necrópolis del anonimato: y en lontananza del escenario desastroso, en medio a un gran resplandor de tempestad, en una iluminación tejida de rayos, el Héroe de la Epopeya... Ved cómo la sangre corrió esterilmente. Es decir... ¿Esterilmente? Nada en el universo debe ser *estéril*: ¿no será esta palabra de negación, un signo de temporalidad, para la eterna afirmación del significado trascendental de todas las cosas?

Advinieron los hombres de valor, mientras los de valer escasearon. Sobre la ondulante marea de la vida anárquica, aquellos lanzaron su barca, portadora de fortuna pueril y fueron desplegadas a los bravos alisios, combatientes banderolas. ¡Cómo estarían abiertas las miradas humanas sobre nuestra vida, si conforme ha sido arriesgada y triunfal esa navegación, fuera también heroica, en el alto sentido de la palabra! Decidme lo que pensáis de la ambición y de los romeros que entre nosotros peregrinan por sus caminos, loh cabizbajos pensadores que vivís en la penumbra, meditando ariscos, cuyas siluetas no se dibujan en los tapices áulicos, pero que sabéis admirar en silencio y en conciencia a los Hombres facultados para pastorear los pueblos hacia el ideal, a los oportunos y resueltos Hombres que dominan la anarquía y producen la revelación del espíritu en la Vida y en la Historia!

Y en estas mendicantes romerías, osténtanse los utensilios peculiares a la paz y a la guerra: hanlos tenido nuestros hombres y brillaron en la Historia. Plumas de oro debieron escribir las ideas que circularan como ondas creadoras por la mente de los pueblos menesterosos; y tales ideas fueron a lo sumo juegos de ingenio, sin ninguna trascendencia práctica. Espadas de acero se esgrimieron en deplorables faenas de combate, sin que, en este siglo de ciencia y de *humanidad*, los incesantes derramamientos de sangre fecundaran la Vida de paz y orden civilizado. Fuertes espadas se han blandido, lo propio que blandas espadas de gentes para quienes la sangre ajena y la honra propia son cosas baladíes. Proporcionaron el dinero y el favor y la mercantil adulación finas espadas labradas en oro, con lucientes esmaltes y decoración de gemas: joyas donde faltaba el rubí de la sangre que fecunda las Naciones, y la esmeralda que fuera símbolo de los campos donde los hijos del sol se desgarran sin misericordia en combates de familia. Y así como es mercantil la intención que la ofrenda, es la joya también obra de comerciante orfebre, trabajo de arte de molde que ignora el cincel.

Si son inevitables las espadas, que sean benditas las de acero: que sobre ellas se refleje nuestro sol y no sobre pueriles dibujos dcrados. En el acero hay espíritu. En la Vida, y por consiguiente en el arte, los metales asumen una representación ideal de significaciones subjetivas, de fines trascendentales. Bien que la pluma sea de oro, pero es evidente que la espada necesita ser de acero y es bueno que lo sea. En esta lenta consolidación de la nacionalidad, urgen hombres de hierro con pensamientos de oro, que no quieran cambiar la simbólica espada de acero por joyas negociables. Proscribamos los artefactos relucientes y pidamos que las espadas veteranas, hechas de fino acero, respondan al temple de las almas en los creadores del porvenir. No el alma de Cartago, sino el espíritu boliviano. Pidamos el calor que el fuego del ánimo, el pensamiento viril y el sol de las clásicas batallas comunicaron a las espadas fundadoras. Dejemos que el oro luzca en las diademas, que brille en las alhajas sobre cutis de seda: dejémosle que ilumine el fondo del arca sobre la cual chispea en la sombra su ojo satánico el avaro: admirémoslo en los paisajes del ocaso, en la combinación con el amatista y la púrpura que el crepúsculo tiende sobre el sueño del sol y en la cual bordan sus ensueños—orcs de las almas— los melancólicos poetas. Para reconstituírnos necesitamos el hierro, como lo dijo uno de nuestros pensadores en el estilo que labra su pluma: hierro de hacha, de arado, de espada venerable. Fué de acero la cimitarra de Alarico que marcó en el cuerpo del imperio decadente la hoz renovadora de la media-luna: y de acero la espada de Bonaparte, que labró en su patria el trono de la Europa: y el sable de Ayacucho: y aquel rayo de sol que brilla en la mano de Bolívar, es el acero que blandía el Hombre-Aguila.

Al parecer, nunca se llegó al fondo provechoso de las cosas: metales de pacotilla forjaron espadas y cruces: de modo que siempre adoleció nuestra vida de un bizantinismo barato que abusó de las ideas y de las palabras con un deplorable mal gusto, elaboró

leyes sin raíces, destinadas a vivir «una mañana» sin ser rosas, sino al contrario espinas clavadas en malas partes que estorbaron el movimiento social. Hé aquí, pues, cómo fué profundo un cierto espectáculo. Aquel anciano, que había llegado al límite de la existencia, moría contemplando en torno de su lecho final, antiguos amigos, veteranos compañeros de la vida y hombres nuevos que principiaban amándole y con él aconsejándose: era un político que ejerció predominante influencia y cuya opinión está viva en la multitud de leyes muertas que embarazan el Foro nativo. El viejo moribundo miró a su derredor y dijo: «Muero lleno de pesadumbre, pues desde la puerta de la tumba, vuelvo mis ojos hacia mi tiempo vivido y encuentro que, durante cuatro generaciones, los hombres que hemos estado en la eminencia, no dejamos hecho nada: nada dejamos en pos de nuestro paso y de nuestra actuación. Ustedes que vienen detrás, se preguntarán: ¿qué nos dejan éstos que se van, sino una herencia lamentable y que sin embargo, no podemos recibir a beneficio de inventario, puesto que esa herencia está en nuestra vida como base, enseñanza y regla de conducta?» Así, llego a mi ritornello interrogante: ¿con el concepto abstracto de la Ambición y con los medios que nos señalan los caminos que para realizarla vemos seguir, se puede crear obra de Belleza, sin que resulte un jardín de cipreses, bajo cuya melancólica sombra se deslicen quejumbrosos arroyos de lágrimas?

No conozco ningún sistema de filosofía, de los que suministran fórmulas para ser feliz, que tenga verdadera eficacia en la vida práctica. Nos parecen admirables las previsiones y consejos del autor, cuando leemos tranquilamente las páginas: pero al poner el pie en la actividad, en la realidad de la vida, no tenemos más brújulas que nuestro carácter y nuestras pasiones. El hombre que es capaz de *realizar* en su conducta una filosofía no necesita aprenderla en los libros: en ellos la ve confirmada. La lleva enérgicamente en sí mismo y su carácter y sus pasiones son los elementos

fundamentales de su filosofía. Y no podría ser de otro modo para que el Dolor impere en el mundo y para que el Hombre recoja en él las flores de la Belleza.

Vosotros, hombres que habéis amado o que amáis aún, jóvenes que principiáis a amar, decidme: ¿encontráis en el amor las flores de vuestro ensueño? ¡Oh! amigos, decidme: ¿no es el amor lo que os lleva a la muerte? No me digáis la edad en que morís. A medida que el hombre vive y envejece va conociendo, penetrando más en el misterio del amor, y comprendiendo.... No conozco nada tan peligroso, por lo simple, como filosofar en amor. ¿Quién, que tenga ojos, corazón y oído, se atreve a decir: No amaré? Emerson dice que el matrimonio es una zancadilla: sí, una zancadilla que el amor tiende. El amor, porque el hombre que se casa sin amor, y sólo por algún interés, es un galeote sexual: es un criminal o un imbécil y en ambos casos merece los *trabajos forzados*. Convencido estoy de que la deuda del amor se paga: podéis extraviaros en el camino, pero de un modo u otro, *aquí o más allá*, la vida cobrará su acreencia. La médula que liga los seres y las cosas es sin duda interplanetaria: sin embargo, podemos decir que en este nuestro planeta, el concepto del amor—del verdadero amor sexual—es trágico. En el fondo del más arrebatador encanto de amor, palpita como una ave de presa, el Dolor en acecho. Ved a través de todas las historias de amor, ved a través de vuestro propio corazón, si habéis estado enfermo de pasión: el alma víctima presenta el aspecto de una casa donde ningún mueble estuviera en su sitio, cuyo dueño se hace cándidamente la ilusión de que allí todo marcha bien. En ciertas edades tal estado de subversión es lo normal para el amor, y al parecer nos empeñamos en atribuir a la vida del corazón el orden que ofrece la eutimia de la obra literaria: esto es natural, porque obedece a una ley del espíritu relativa a la belleza superficial de las cosas y la violencia con que el oculto poder de la Vida persigue la finalidad de sus pragmáticas. Y entre la apariencia de la vida y la dolorosa realidad, existe un

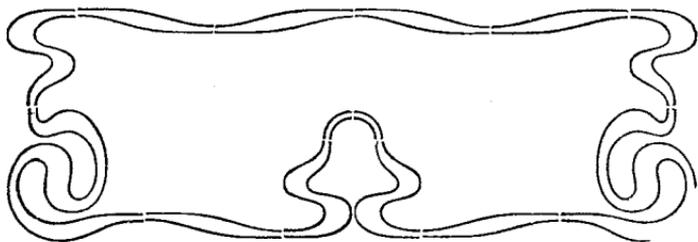
desquiciamiento, algo como una desorientación de la inteligencia, o un extravío en los rumbos exteriores y en los objetivos de la actividad. Desde el amor desnudo de los griegos, desde el amor ascético de los tiempos medios, hasta el Marqués de Sade y la complicada voluptuosidad moderna, el Amor es doloroso, trágico, *fuerte como la muerte*. Y mientras no estáis sacudido por el huracán, sentís cómo llega a vuestra casa una música lejana: bajo la luz de la luna, en el silencio de la media noche una música como de flauta que llega a vuestro corazón y lo conmueve.

¿Concebís cómo podría realizarse con las experiencias del Amor una verdadera obra de Belleza, sin que surja en ella un jardín de cipreses, bajo cuya sombra melancólica se deslicen quejumbrosos arroyos de lágrimas?

Cuanto al Arte. ¡ay! su cumbre es la Tragedia y la existencia y el mundo — dice Nietzsche y yo lo creo — sólo aparecen justificados como un fenómeno estético.

LAS PROFECIAS
Y LA
GUERRA DEL MUNDO





**Será por un tiempo, y dos tiempos
y mitad de un tiempo.—Dan. VII. 25.**

**Y dije: ¡Señor! ¿Qué acaecerá
después de estas cosas?—Dan. XII. 8.**

No sólo para nosotros, que con jactancia cuyo fundamento es bastante discutible nos llamamos latinos, sino para todo el mundo contemporáneo que lee y escribe, Francia representa—llamóla en cierta oca-

sión quien ésto va diciendo, Canéfora de las naciones—un valor de importancia decisiva en las consecuencias de la civilización. De modo que no es inoportuno, en los días presentes, lucubrar un poco sobre las circunstancias de la prestigiosa Canéfora. Para esto cuadra tomar como guía al extraordinario y no muy popular Doctor John Thomas, quien nos ofrecerá, en su *Exposición del Apocalipsis*, interesantes aspectos bíblicos de esa gran Nación, bastante difíciles de encontrar en los superficiales recuentos de sucesos cuya responsabilidad los escritores republicanos, demócratas, etcétera, se complacen en acumular sobre la irresponsable y cada vez menos ponderada soberanía del pueblo.

Sigamos los pasos del Doctor Thomas, quien escribió por los años de 60 a 70 de la pasada centuria. Este agudo expositor encuentra que *los espíritus semejantes a ranas*, que según el libro de Daniel y el Apocalipsis han de ejercer una influencia marcadísima en los destinos humanos hasta la *Plenitud de los Tiempos*, están simbolizados en las ranas heráldicas de Clovis y Childerico, y comprobados en la constante y multiseccular actuación de Francia.

Como sabemos, el solitario de Patmos anunció que habría un gran poder cuyo símbolo era la rana. Exculcando en las antiguas fuentes, el Doctor Thomas encuentra que las ranas fueron los blasones representativos del poder francés, y tomando ese testimonio como punto de partida, estudia la influencia de Francia durante los años en que él escribía, y ve cómo el bíblico vaticinio viene cumpliéndose a medida que se acercan los *Tiempos*.

Montfaucon, en sus *Monumentos de la Monarquía francesa*, da la rana como uno de los de Childerico, diciendo: «Otra medalla que representa una rana, lo cual era también un símbolo egipcio, fué hallada en 1623 en Saint-Brice, cerca de Tournay, junto con otros objetos pertenecientes a Childerico, quien reinó a mediados del siglo quinto, antes de que los francos

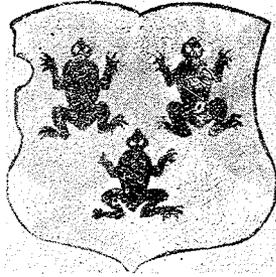
reconocieran la autoridad de Roma». En la tumba de Childerico fué también encontrada esta medalla:



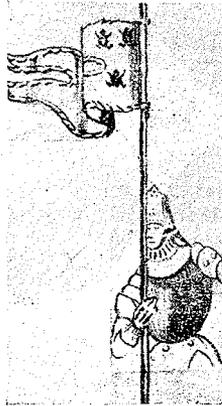
En su obra *El Mundo primitivo comparado con el Mundo moderno*, el señor Court de Gebelin dice el año de 1781: «Acabamos de ver que el blasón de la Guyenne era un leopardo; el de los celtas, sobre todo los belgas, un león; y el de los francos una rana. Este animal designa las tierras pantanosas de donde los francos salieron. La cosmografía de Munster nos trasmite un hecho muy notable a este respecto. Marcomir, rey de los francos, al penetrar desde Westfalia en el Tongre, vio en sueños una figura con tres cabezas: una de león, otra de águila y la tercera de rana. Inmediatamente consultó a un famoso druida del país llamado Al Runus, y éste le aseguró que la figura representaba los tres poderes que sucesivamente reinarían sobre las Galias: los celtas, cuyo símbolo era el león, los romanos que tenían el águila por blasón, y los francos, designados por la rana, a causa de sus tierras pantanosas».

En 1672, Garenieres de Londres, traductor de las profecías de Nostra Damus, dice refiriéndose a una de ellas: «Con el águila él significó al Emperador, y con la rana al Rey de Francia, quien antes de adoptar las flores de lis, llevaba en su escudo tres ranas».

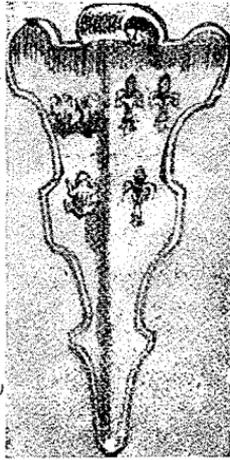
Los cronistas, refiriéndose a Faramond, primer Rey de los francos que dominó en Treves a principios del siglo quinto, dicen que usaba un escudo con tres ranas, así:



La bandera que a continuación se copia, con las tres ranas bordadas, es de una antigua tapicería de la catedral de Reims, que representa escenas de batallas de Clovis, quien se dice fué bautizado en ese templo después de su conversión al catolicismo:



Entre las figuras que existen en la iglesia franciscana de Innsbruck, está Clovis, primer Rey cristiano de Francia, quien porta el siguiente escudo con tres flores de lis y tres ranas:



El Doctor Thomas enumera otros varios testimonios de la presencia de las ranas, símbolo primitivo de los francos, en las armas originales de Francia, hasta el advenimiento de los Borbones, apellido que analiza él diciendo que *bourbe* significa pantano. Así, pues, el escritor ve claro cómo el poder democrático de Francia es el que Daniel, y luego el Apocalipsis, representaron por medio de las tres ranas, o por tres espíritus semejantes a ellas.

Recorramos ahora, siempre conducidos por el Doctor Thomas, los sucesos históricos que demuestran cómo ese poder ha ejercido la influencia que las profecías le atribuyen, para llegar a las conclusiones bíblicas de Daniel y San Juan, y de las cuales hablaremos posteriormente.

Por supuesto, no haremos una excursión a todo lo largo de la historia, pues a nuestro propósito basta

recordar los sucesos ocurridos en el siglo diez y nueve que, según el Doctor Thomas, constituyen una situación notablemente significativa de que se acerca la caída de la *Gran Babilonia*, por largos siglos imperante, y el establecimiento, después de grandes catástrofes, del *Reino de los Cielos*, anunciado por los Profetas, y explicado por la cronología bíblica. El expresado comentador de Daniel y del Apocalipsis, guiándose por esa cronología, predijo, desde mediados del siglo pasado, como hemos escrito, una tremenda conflagración de naciones. Y todos aquellos sucesos, en que tan definida fue la influencia de las ranas, giraron en torno y en perjuicio del Pontificado Romano.

Hagamos previamente un corto resumen histórico del Poder Temporal del Papado. El Cuerpo de la Iglesia extiéndese a todos los *Reinos de la Gran Ciudad*, y en ellos ejerce la cura de las almas. La *Boca* de ese Cuerpo ha estado siempre instalada sobre las *Siete Colinas*, y por ella se gobiernan los asuntos espirituales de doscientos millones de fieles. En el pontificado de Bonifacio III esa *Boca* adquirió un poder temporal de abrumadores alcances: contó tres millones de súbditos la monarquía electiva del Papa-Rey, extendiendo también su autoridad política sobre todos los Estados católicos de Europa. En 1868 ese poder temporal desapareció ante las armas de Francia, bajo la influencia de las ranas.

El Doctor Thomas expresa su convicción de que las ranas anunciadas en la profecía, son el símbolo del poder *democrático* de Francia: ellas fueron la divisa indígena y popular de los francos, originarios de los pantanos de Westfalia. Las flores de lis vinieron años después, y quedaron adoptadas por los Borbones como blasón de su familia y como signo de dominio sobre las ranas. Estas, por consiguiente, representaban el símbolo *democrático* de la Nación y los lirios el de la dinastía imperante.

El año 96 de Cristo, cuando Juan estaba desterrado en Patmos, los francos eran salvajes que vivían

de la caza y de la pesca; pero el Espíritu Santo reveló al terrible visionario, que ese pueblo jugaría un papel muy conspícuo en el destino de las naciones, y lo simbolizó en las ranas, que viven en las tierras pantanosas. En la Revolución francesa y en el primer Imperio, es cuando el espíritu y la influencia de las ranas se revelan con poderoso ímpetu.

Después de la restauración de los Borbones, se constituyó la Santa Alianza, que dividió la *Gran Babilonia* en tres partes: la iglesia griega sería gobernada por Rusia, los católicos latinos por Austria y el Papa, los protestantes por Prusia. Este triple poder fue extendiendo su influencia y su fuerza por toda Europa, y las ranas entretanto se acurrucaban en el silencio, pero siempre minando el viejo edificio y preparando la segunda explosión del año 30. Principió luego a verse que el volcán, apagado desde 1815, comenzaba de nuevo a lanzar llamas. La sumisión de los Borbones a la Santa Alianza y el ocaso de la preponderancia francesa en Europa, disgustaron a todo el mundo. Las ranas trabajaban.

Aquella revolución entronizó al Rey Ciudadano, pero éste también era Borbón, y estaba ya probado que las flores de lis no podían ejecutar la misión profética encomendada a las ranas. El Doctor Thomas recuerda crudamente la frase de Napoleón I: «Los príncipes de la Casa de Borbón son todos imbéciles». Sobrevino el movimiento de 1848 y el espíritu revolucionario se difundió entre todos los pueblos de Europa, y con mayor, extraordinaria intensidad en Francia, Italia y Alemania. En la primera se estableció la República *democrática y social*: era la victoria de las ranas sobre las flores de lis. «La dinastía representada por esa flor—dice el Doctor Thomas—quedó abolida, y el pueblo de los pantanos reasumió su derecho westfaliano de elegir a su mas notable rana para que lo gobernara». La influencia francesa produjo insurrecciones en Alemania, Italia y Hungría. El Papa buscó asilo en Nápoles. Empero, la victoria de Novara restableció el predominio austriaco en Italia: esto

alarmó al Gobierno de París, quien no deseaba ver al Papa reinstalado en su Silla bajo la protección de Austria, y principió, pues, la ocupación de Roma por los franceses en 1849, que fue un reto para la Majestad Católica y para Italia. Entretanto, el *Hombre misterioso del Destino*, a pesar de la Santa Alianza, se constituía en Emperador de las ranas y en árbitro de Europa.

No pasó mucho tiempo sin que la política de Francia, unida a Inglaterra, estimulara al Dragón constantinopolitano a provocar a Rusia. La guerra de Crimea, que duró dos años y que amenazó conflagrar a toda Europa, se acercaba. Aparecía en los cielos el gran signo anunciado. «Es un signo de los tiempos tan manifiesto—decía el Doctor Thomas en su época—que todos los que se interesan por los sucesos corrientes, lo ven. Ellos ven cómo el Poder otomano es el Hombre Enfermo, con sólo dos amigos: Francia e Inglaterra; ven también cómo, durante los veinte últimos años, no hubo entre las Potencias cuestión política importante, fuera con relación a Italia, a la Tierra Santa, a Méjico, a los polacos, a Austria, a Roma, a Dinamarca o al Luxemburgo, a la cual el Emperador de los Franceses no haya concurrido como el gran agitador de las circunstancias. Todos lo ven y de ello se maravillan todos. Llámánle hombre misterioso, el hombre del destino, y algunos lo consideran ridículamente como el Anticristo. Sin embargo, no comprenden la gran significación del signo que ven, o tal vez en realidad ignoran que sea un gran signo lo que ven».

En 1867 la revolución invadió los dominios de las *Siete Colinas*, puso en derrota los soldados pontificios y amedrentó al Santo Padre. El Emperador de las ranas envió entonces con gran prisa una fuerza que llegó a tiempo de impedir que los garibaldinos, poseionados ya de Mentana, entraran en la Ciudad Eterna. Después, juntos los soldados del Papa y los expedicionarios franceses, armados con el fusil Chassepot, recientemente inventado, vencieron a los revolucionarios. Pero el Poder Temporal pasó a manos de las

ranas, pues el gobierno de Roma fue ejercido por un general francés.

Hé aquí, pues, cumplida según nuestro expositor, una parte de la profecía: el Poder Temporal debió existir 1.260 años y terminar bajo la influencia de las ranas, o de *espíritus semejantes a ellas*.

Para ese tiempo moría el Doctor Thomas, de manera que no pudo continuar su curioso esclarecimiento de los vaticinios, en presencia de los sucesos ulteriores. En ellos habría encontrado sin duda nuevos e interesantísimos testimonios, pues verdaderamente: ¿qué suma de responsabilidad en los acontecimientos europeos, ocurridos del 67 al 70, reserva la historia para Francia? ¿Qué representaría en el porvenir ese formidable poder teutón, surgido de los desastres franceses en la guerra con Prusia? ¿Hasta qué grado han contribuído los oriundos de Westfalia a la soberbia catástrofe de la guerra del mundo?

LOS MERCADERES DE TARSIS

Saba y Dedan, y los comerciantes de Tarsis, y todos los leones de Tarsis, dirán: ¿Vienes tú acaso a tomar los despojos? Hé aquí que para arrebatarte la presa juntas tu muchedumbre, para quitar plata y oro, y para saquear muebles y posesiones, y para robar despojos sin cuenta.

EZEQUIEL: XXXVIII.—13.

Estaba el Doctor John Thomas convencido en su *Exposición del Apocalipsis*, de que el dominio de Inglaterra en el Oriente será una parte de la terrible visión de Nabucodonosor, explicada por Daniel. Edom, Moab y parte de Ammon, constituirán la vanguardia del gran Cuerpo anglo-indio, formado para entonces por Saba y Dedan y los Mercaderes de Tarsis y sus cachorros de leones. Y como la influencia de las Ranas, ésta girará también en torno y en perjuicio del Pontificado Romano, y será decisiva en las grandes catástrofes que precederán al advenimiento del Reino de los Cielos.

Pero este imperio de los Mercaderes de Tarsis, uno de cuyos brazos será el mencionado cuerpo anglo-indio, estará completamente separado, porque la metrópoli británica ha tenido un desarrollo, si bien

paralelo, aparte y distinto de las naciones continentales y mediterráneas. No obstante, el Doctor Thomas ve en ese desarrollo la marcha calculada y segura hacia la realización de las profecías.

Los sajones y daneses, saliendo de los territorios escandinavos y germanos, atacaron la Britania, que era provincia del Dragón romano. De esta invasión resultó la Heptarquía Sajona, compuesta de los reinos que se nombraron Kent, Essex, Sussex, Wessex, East Anglea, Mercia y Northumberland, todos independientes, y por lo tanto iguales a los que existían en la Europa mediterránea. Ya lo decía Orígenes: *Los britanos están separados de nuestro mundo*: y—agrega el Doctor Thomas—hoy mismo están constituídos en tres reinos, el de Inglaterra, el de Escocia y el de Irlanda que son más imperiales que reales, más orientales que europeos.

Otra de las características del mundo británico es que, si bien regido eclesiásticamente, es opuesto y adversario al régimen católico-romano. El no pertenece; por tanto, al sistema político-eclesiástico o *Cuerpo Espiritual* cuya *Boca* está sobre las *siete columnas*. Esa hostilidad inglesa es de tiempo atrás muy conocida en Roma, y una de las mejores pruebas que de ello se aducen, es el envío de la gran Armada Española, salida contra Inglaterra en los días de la Reina Isabel. La marca del imperialismo anti-católico—dice nuestro comentador del Apocalipsis—está indeleblemente grabada en el suelo británico por la garra del Dragón. Cerca de catorce siglos han transcurrido desde la formación de la Heptarquía Sajona, y los dragones esculpidos en relieve, en el interior de la Cámara de los Lores, constituyen todavía el símbolo del poder oriental de Inglaterra. La influencia verdaderamente predominante en Constantinopla, donde está el trono del Dragón—decía el Doctor Thomas por los años del 60 al 70—es la británica, que considera al Hombre Enfermo como su antiguo y fiel aliado. Los intereses del Reino Unido están ligados con los del Imperio turco, sobre todo en lo que se relaciona

con Siria y Egipto; y su papel en el cumplimiento de las profecías, está indicado en las palabras de Ezequiel: *Saba y Dedan, y los Mercaderes de Tarsis con sus leoncitos*, los cuales lo identifican con el Leopardo de Daniel, que tenía cuatro cabezas y cuatro alas, sin duda para volar sobre los mares, y que perderá sus dominios con el advenimiento del *Reino de los Cielos*, pero que antes de perderlos, deberá luchar con los *Pies del Oso*, símbolo del bíblico Rey del Norte.

El trágico expositor que leemos, refiere a Inglaterra las siguientes palabras terribles del proscrito de Patmos: «Y el segundo ángel vació su copa en el mar; y el mar se tornó de sangre, como la sangre de un cuerpo; y toda alma viviente murió dentro del mar». Fundándose, como sabemos, en la bien aclarada cronología bíblica, él principia a observar los síntomas de la tremenda catástrofe precursora del advenimiento de Jesús, en los sucesos del siglo XIX: entresaca de ellos los realizados por Inglaterra, o la parte de influencia que ésta ejerció en las circunstancias, y coordinándolos con los términos y símbolos de las profecías, traza el camino por el cual los *Mercaderes de Tarsis* van derecho a cumplir la misión que les toca en los designios vengadores del Dios de Israel.

Pero veamos antes, a guisa de preámbulo, por qué son los ingleses para el Doctor Thomas, los *Mercaderes de Tarsis*, que los profetas una y otra vez mencionan. Hubo en la geografía de los antiguos, dos regiones llamadas Tarsis. En el puerto de Eziongebar, en el Mar Rojo, se construían barcos que viajaban a Tarsis: y el mapa demuestra que ellos no podían salir sino hacia el Sur, por el Estrecho de Babelmandeb, de donde iban al Este, o sea al Norte de la India. Como no se viajaba con la brújula para entonces, sino costeando, se iban por las riberas de Arabia, hasta el Indostán. Era el viaje cosa de tres años, y en los días de Salomón, el tráfico de esa ruta estaba compartido entre Israel y Tiro, a donde los buques traían oro y plata, marfil, monos y paones. La clase de estos productos prueba que la India era

la Tarsis oriental, país que siempre dió supremacía marítima al poder que poseyó su comercio y lo repartió entre las naciones. Pero también había otra Tarsis, al Noroeste de Judea: hacia ella corrió Jonás desde Jaffa, para huír de la presencia de Jehová. Este fugitivo no podía correr sino hacia el Oeste. Y este punto de Tarsis, era como el oriental, nó una ciudad, sino un país, y sus mercaderes frecuentaban las ferias de Tiro: llevaban plata, hierro, estaño, plomo, que son también los metales principalmente producidos por Inglaterra, a quien los fenicios llamaron la *tierra del estaño*.

Dicha ya la vieja geografía de Tarsis, ocurre preguntar: ¿quiénes son sus mercaderes? La Compañía Inglesa de la India Oriental, es decir: el poder mercantil, que fué tanto el mercader como el gobernante del país del Este, del país del colmillo de elefante. Pero el comentarista encuentra que los leoncitos de Tarsis, representan claramente la constitución original del Gobierno anglo-indio. Sábese—dice el Doctor Thomas—que esa soberanía fué de carácter mixto, mercantil e imperial. La del Canadá es puramente imperial, porque ninguna Compañía de Comerciantes tuvo ingerencia en su dirección, mientras que el poder anglo-indio quedó fundado por una Sociedad mercantil constituída, que fué después controlada por el Gobierno británico en el manejo de sus negocios en la India. El símbolo de ese poder imperial es el león, y los encargados de administrar su poder, los cachorros. La autoridad del león fué antiguamente representada en el gobierno de la India, por el Comité de Control y por las fuerzas imperiales que servían con las tropas de la Sociedad mercantil en el ejército del dominio. Esta primitiva constitución del gobierno de la India, fué modificada a principios del siglo XIX por el Parlamento británico. La Compañía retuvo el control de sus intereses en el territorio, pero la dirección política y militar quedó a cargo del Gobierno de la Reina, quien asumió el título de Emperatriz de la India. Así, los Mercaderes de

Tarsis gobernaron el país bajo la autoridad imperial de Inglaterra, y esta forma de régimen consta en el escudo de armas de la Compañía, cuyos cuarteles estaban llenos de leoncitos arrogantes con esta leyenda: *Auspicio Senatus Angliae.*



Hé aquí, pues, cómo el poder británico e indo-mercantil se ha ido consolidando para llenar los fines anunciados por las profecías.

Pero volvamos al mar hecho de sangre por la copa del *Segundo Espíritu*. *Se tornó de sangre, como la de un cuerpo*, significa para el Doctor Thomas el dominio marítimo de Inglaterra, pues él ha hecho que cese toda circulación—como la de la sangre en el cuerpo—de buques hostiles sobre los mares. Cuando *Britania rige las olas*, no existe sobre ellas alma viviente que pueda combatir la bandera inglesa. Los franceses en tierra y los ingleses en el mar, fueron en los últimos tiempos dos de los poderes suscitados para ejecutar los primeros designios proféticos.

Desde el desembarco de los ingleses en Holanda, en 1793, la sangre principió a correr sin interrupción

hasta la paz de Amiens, en 1802. La Gran Bretaña y los Estados Continentales hubieran escapado a esa devastación, permaneciendo la primera separada de los acontecimientos que se desarrollaban en Francia: porque sin los varios millones de libras esterlinas suministrados por ella, no se hubiera podido equipar ejércitos que en los campos de batalla se hartaran de sangre, esparciendo además tántas penas por el mundo; las flotas de guerra y mercantiles de Dinamarca, Holanda, Francia y España, no hubieran sido destruídas; no habrían perecido tántos cientos de miles de hombres en las guerras continentales contra Francia y sus aliados; y no estaría después Inglaterra soportando los impuestos y una deuda nacional enorme. Pero, sin el predominio político creado por aquellos acontecimientos y sin el dominio de los mares adquirido por la destrucción de las flotas enemigas, ¿cómo podrían los Mercaderes de Tarsis estar preparados para concurrir a la cita de Israel en la *Plenitud de los Tiempos*? En realidad—piensa el Doctor Thomas—así como los vándalos destruyeron el poder y el comercio de Roma, afligiendo sus provincias marítimas con incursiones sangrientas, la fuerza de Inglaterra aniquiló el poder naval, el comercio y las colonias de los países que forman a *Babilonia la grande*. El mar hizose de sangre cuando el Espíritu derramó en él su copa. En 1793 la mayor parte de la flota francesa quedó destruída en Tolón por Lord Hood; en junio de 1794 ocurrió la gran victoria de Lord Howe contra los franceses cerca de Ushant; luego la ocupación de Córcega y de todas las pequeñas Antillas españolas y francesas; en 1795 el triunfo de Lord Bridport y la captura del Cabo de Buena Esperanza a los Holandeses; luego la captura de una flota franco-holandesa enviada a recuperar aquella posesión; en 1797 la victoria contra los españoles cerca del cabo San Vicente y contra los holandeses, cerca de Camperdown; después los grandes triunfos de Nelson en el Nilo, en Copenhague y en Trafalgar. Se había observado que en toda la historia no hay un período semejante de guerra naval, destruc-

ción de buques y derramamiento de sangre, respondiendo así al terrible lenguaje profético: *el mar se convirtió en sangre, como la sangre de un cuerpo*. El Doctor Thomas dice: «No seguiré a los ingleses en sus desembarcos en Holanda, en las provincias marítimas de Francia y de Italia, ni en sus campañas de Portugal, España y Bélgica, que terminaron en el campo famoso de Waterloo. El lector puede consultar la historia y convencerse del significado de las palabras bíblicas: *Nuestro Dios es un fuego que consume*».

El Doctor Thomas preveé, como hemos dicho, que la conformación política de Europa se reconstituirá en la forma de la Imagen vista por Nabucodonosor y explicada por Daniel. Esa forma—decía él en su tiempo—necesita la reducción del presente número de emperadores europeos a dos, en vez de cuatro. La Imagen no tiene sino dos piernas, de modo que no deberá haber sino dos imperios para cuando llegue el *Tiempo*. Por eso vaticinaba que el Imperio de Luis Napoleón sería simplemente meteórico, y como una manifestación temporal del dominio de las ranas. Si el Imperio Francés no se hubiera restaurado, los sucesos habrán fluído por diferente cauce y los términos de la profecía no fueran cumpliéndose. Documentos de Estado prueban que la política de Luis Napoleón fue la causa principal de la Cuestión de Oriente y lo sería de aún mayores desastres y complicaciones terribles. Pero el Imperio no podía durar: estaba escrita su misión y debía desaparecer después de cumplirla. «La época de la conquista—decía el Emperador—ha pasado para no más volver» y ésto era repetido alegremente por los admiradores de Napoleón en Inglaterra. «Pero—exclama el Doctor Thomas—¡cuán poco estos fantoches, de quienes se vale para sus designios la Providencia, entienden la significación y las tendencias de la época en que viven! Ellos proponen, y la disposición de todas las cosas pertenece a Dios. No habrá más lucha por conquista, engrandecimiento, ni ventajas particulares entre Francia e Inglaterra—ha dicho Lord Palmerston—sino por la libertad de las naciones

oprimidas, y para establecer el derecho y la independencia en Europa: yo tengo confianza en que esta política será coronada por el éxito. Puede ser—prosigue el Doctor—que no haya más combates entre Francia e Inglaterra como beligerantes principales, pero los directores de ambos países están equivocados al suponer que la época de la conquista pasó y que se trata de establecer la libertad y la independencia en Europa. Nunca ha existido una época de conquista igual a la que pronto se abrirá para el mundo; y en cuanto a la libertad y la independencia europeas, la guerra que ha de iniciarse es el desbordamiento de una inundación devastadora, de donde surgirán los más terribles despotismos que hayan oprimido el corazón de las naciones».

Los aliados de Inglaterra, en quienes ella finca gloriosas esperanzas, y en quienes cuenta apoyarse para sus reivindicaciones soñadas en Europa, ¿le resultarían probablemente una *vara rota*? Esas previsiones de nuestro expositor, principiaron a cumplirse el año 70. Pero copiemos sus propias palabras, por lo que puedan cuadrar en los acontecimientos que se desarrollaron posteriormente.

«El Imperio Francés debe caer, y Napoleón tal vez cederá el sitio a un protegido de su *buen amigo* el Autócrata; porque antes de la *Plenitud de los Tiempos*, reaparecerá la Monarquía Francesa y entonces, a menos que Inglaterra solicite aliados fuera de la Gran Babilonia, ella tendrá que luchar sola por la libertad y la independencia, y al precio de su propia vida, si fracasa».

Pero el poder del león británico no había alcanzado—según las previsiones de nuestro exégeta—la plena extensión que le señaló el dedo de Dios. La anexión de Persia y Khushistan al Imperio ruso, fue causa indudable de que Inglaterra procurara robustecerse en Afganistan y en Dedan, por medio de tratados o como fuera posible, a fin de dominar la entrada del Golfo Pérsico e impedir así, al bíblico Rey del Norte, que lleve la guerra al propio corazón de la India, por

mar o por tierra. La posesión extraña de Persia y Mesopotamia, y la extensión de ese dominio aún más al Sur, quizás hasta las propias costas del mar Rojo, en forma que se pudiera flanquearlo por el Estrecho de Babelmandeb, fue también un poderoso motivo para que los Mercaderes de Tarsis tomaran posesión marítima del Golfo de Persia, del Estrecho y del Mar Rojo hasta Suez. Pero el Doctor extrema sus vaticinios hasta las siguientes palabras:

«El viejo mundo se dividirá en dos grandes confederaciones, a cuyas cabezas estarán Rusia y la Gran Bretaña: la primera con el dominio de la tierra, la segunda con el dominio de los mares. El Imperio británico, sin mencionar las provincias que no tienen relación marcada con las profecías, extenderá su ala oriental sobre Tarsis-India, Muscat-Dedan, Aden-Saba, Edom, Moab, Ammon, Abisinia, Nubia, Egipto y Palestina; y quizás también sobre las islas todas del Mediterráneo, las cuales reivindicarán para ese mar, el antiguo nombre que tenía en la nomenclatura geográfica de Israel: *Mar de Tarsis*».

Los pronósticos del Doctor Tomas tropiezan ahora con un elemento de duda, pues del año 70 para acá, la misión del bíblico Rey del Norte podía ser discutida entre Rusia y ese otro poder formidable surgido en los acontecimientos que pusieron término al Segundo Imperio y que luego demostró un arresto desconcertante, como si hubiera sido para él reservado el acaudillamiento de naciones que, en medio de catástrofes inauditas, precederá—según nuestro Doctor—a la llegada de los *Tiempos*.

EL SACRO IMPERIO ROMANO

Y ví otro Cuerpo salir de la Tierra,
y tenía dos cuernos como los de un
Cordero y hablaba como un Dragón.

APOCALIPSIS: XIII—II.

Ninguna historia, dentro de la civilización cristiana, como la de este organismo por largos siglos preponderante, llegado al ápice resplandeciente de un poder universal y venido luégo, en los prolegómenos de la época contemporánea, a una mediocridad relativa. ¿Recordais lo que era el Sacro Imperio, columna y sostén del Pontificado católico? Hagamos rápida y someramente, dentro de la *Exposición del Apocalipsis* que venimos leyendo, el comentario histórico del nacimiento, desarrollo y destino de ese poder.

Después del triunfo sobre los Iconoclastas de Oriente, cuyo cisma fue uno de los más violentos embates sufridos por la Barca de Pedro, la política del Papado, en aquella época tan agitada por oscuras pasiones, por la ambición general y sin freno, por el fanatismo y la lucha con los restos levantiscos del mundo bárbaro, tendió a buscar el apoyo de un poder civil y militar que, primero por ser occidental, sirviera de contrapeso a la autoridad del Imperio de Oriente, que mantenía el Exarcado de Rávena, y luégo sancionara, en cambio de la consagración eclesiástica, la obra espiritual del Pontificado sobre el mundo europeo.

Sabemos cómo, en virtud de cierta absolución concedida por el Pontífice a Pepino, éste donó a la Santa Sede la soberanía de algunos dominios temporales.

Vio entonces el mundo por primera vez a un obispo investido con las prerrogativas de príncipe.

Después vino Carlomagno, bajo cuyo genio y bajo cuya espada, la autoridad espiritual se extendió junto con las conquistas territoriales del gran guerrero. Recordemos el magnífico suceso que abrió la era de los Carlovingios emperadores y del florecimiento temporal del Papado. En la fiesta de Pascua del año 799, asistía el Rey de los Francos a misa en el templo de San Pedro, cuando en medio de las ceremonias, y mientras el Príncipe oraba de rodillas ante el altar, el Romano Pontífice León III colocó sobre su cabeza una corona. Al ver aquéllo, el gentío gritó: «¡Larga vida y victoria para Carlos, el más piadoso augusto, coronado por la mano de Dios! Larga vida al grande y pacífico Emperador de los Romanos!»

Carlomagno consolidó su imperio,—que después ensanchó y robusteció el primero de los Otos,—no sólo por las treinta y tres campañas en que subyugó al mundo alemán, desde la Escandinavia hasta la Hungría, sino porque legisló tanto para el gobierno temporal como para el eclesiástico de su dominio, manteniendo de ese modo al poder pontifical bajo su autoridad, y cumpliendo así la profecía de que el «Cuerpo que surgió de la Tierra hablaba como un Dragón». El Dragón es el símbolo apocalíptico del poder imperial.

Mientras el visionario de Patmos estaba «sobre la arena del mar», vio cómo salía ese Cuerpo de la Tierra, que para entonces, y según la cronología bíblica, era lo que hoy abarcan Austria, Rusia y Alemania. Este cuerpo tenía dos cuernos como los de un Cordero y hablaba como un Dragón. Veamos cómo explica el Doctor Thomas este aspecto del Cordero en el agresivo y sanguinario organismo del Imperio carlovingio, es decir, del Sacro Imperio Romano:

El cuerno bíblico es un símbolo dinástico, un símbolo de poder. Un dominio con dos cuernos es una soberanía regida por varias dinastías o jurisdicciones, y su cabeza, al hablar, lo hace como un *Dragón*, es

decir, imperialmente. «Pero—dice nuestro exégeta— en el caso presente, los dos órdenes dinásticos imperiales no se comparan con los cuernos de un antílope ni de un búfalo, que indicarían en el primer ejemplo, cierta debilidad y dulzura, y en el segundo, robustez y fuerza: se les compara con los de un *Cordero*. Todos conocemos las cualidades características de este animal: es manso, paciente, inofensivo, y se somete sin rebeldía al cuchillo del matador. Es en el símbolo apocalíptico de la Divinidad, manifiesto en el sacrificio de su encarnación, donde las características del cordero están demostradas. Pero no es en este sentido como encontramos los *Cuernos del Cordero* aplicados al carácter del Cuerpo que salió de la Tierra; pues la profecía misma anuncia que ese carácter será el reverso de lo inofensivo y manso, porque él causará la muerte de quien no obedezca sus mandatos. Mas, como el cordero simboliza al Pastor y Obispo de las almas, viene también a representar las cosas eclesiásticas. Los verdaderos creyentes, los santos, están todos en el *Cordero*, porque están en Cristo, y constituyen Su Cuerpo la Iglesia. Están, para decirlo en otras palabras, vestidos con la piel del cordero, y los cuernos de un animal son apéndices de su piel. De manera que cuernos como los de un cordero significan un cuerpo que profesa o aparenta profesar el cristianismo».

Así, después de la subordinación de todas las iglesias occidentales a la autoridad espiritual del Obispo de Roma, principió la Mitra a mostrar dos pequeñas puntas, no adelante y atrás, sino sobre cada oreja: y en la corona imperial de la Columna y Sostén del Pontificado, están así mismo visibles los dos *Cuernos del Cordero*.

La sumisión de los Emperadores al Papa, era evidente, si bien correspondida por condescendencias pontificales, de que encontraremos muchos ejemplos en la Historia. Gregorio VII, al excomulgar al Emperador Henrique IV dijo, sin embargo: «Yo no encuentro que cuando el Señor confirió a Pedro el poder de

las Llaves, hiciera excepción alguna en favor de los reyes»; y en 1515, cuando el Papa recibió al Rey de Francia, el Obispo, Maestro de Ceremonias, estableció que el Príncipe debía de arrodillarse tres veces, acercándose al Pontífice en su trono, y besarle los pies: luego éste le besaría la mano y la mejilla.

El Doctor Thomas recuerda las siguientes palabras del historiador Gibbon: «En esa memorable época—cuando florecía el primer Oto, heredero de Carlomagno—dos máximas de jurisprudencia pública fueron introducidas por la fuerza y ratificadas por el tiempo: la primera, que el príncipe electo por la Dieta Germánica adquiría desde ese mismo instante los Reinos de Italia y de Roma; y la segunda, que no podía asumir los títulos de Emperador y Augusto, hasta que no hubiera recibido la corona de manos del Soberano Pontífice».

Con alternativas frecuentes, tales nexos de la Santa Sede y el Imperio alemán fueron estrechándose y unificándose cada vez: pero en estas alternativas se realizaban luchas crueles, implacables, entre ambos poderes, y en perjuicio siempre de la autoridad, no ya temporal sino también espiritual del Pontífice: pues desde el hecho afirmado de que Pío II ofreció al Sultán de Turquía—conforme a la prerrogativa de que gozaban los Papas de consagrar a los Emperadores y a los Reyes—un título legal para el dominio del Imperio griego, que ya el Sultán tenía por conquista, si éste le ayudaba contra sus hijos cristianos rebeldes, hasta la pérdida de los Estados pontificios en 1868, los sucesos no hacen sino comprobar ese perjuicio.

Es durante la Revolución francesa y la vaticinada expansión de las ranas, cuando principian a revelarse con claridad para el Doctor Thomas, los síntomas proféticos de la aproximación de los *Tiempos*.

¡Cómo vemos a las naciones cristianas alejarse progresivamente del saludable manantial del Evangelio, e ir suscitando contra ellas mismas las leyes atroces de la existencia: las leyes de la guerra, de la tiranía, de la ciega y anárquica locura! ¿Es esto ine-

vitable? ¿Es preciso que la humanidad rebote, atormentada y sangrando, de catástrofe en catástrofe, purificándose así de su propia torpeza, hasta un día que los creyentes entrevén?

—Sin duda—nos contestaría nuestro Doctor, con la tonante seguridad de su fe—sin duda, porque tal es el plan de Dios Todopoderoso!

Las ideas revolucionarias, luégo los primeros generales de la República, y después Bonaparte, el *Hombre del Destino*, a quien aquéllos parece que le abrieron y prepararon el camino para hacer apurar al mundo, y sobre todo al Sacro Imperio Romano, la copa de sangre de las profecías, inician el terrible período de los *Días del fin*.

En realidad, toda la acción de Bonaparte parece descargarse constantemente, como un ariete, contra el secular organismo de los *Dos cuernos semejantes a los de un Cordero*: y por fin llegó hasta mezclar su sangre de plebeyo con la sacra e imperial de la Majestad austro-romana. Contemplemos a la extraordinaria Rana, precedida por las ideas y por los atentados proféticos de la Revolución, saltar sobre la Tiara y sobre la Corona de los Habsburgo: su opinión era que las Excomuniones habían pasado de moda, y que sus soldados, *conducidos por la mano de Dios*, le seguirían a donde él los llevara. Estos Ejecutores de los bíblicos anuncios eran un joven de veinte y seis años y un pequeño, desnudo y hambriento ejército de *sans-culottes*, que iban resueltos contra cuerpos numerosos, aristocráticos, abastecidos y disciplinados. Con su acostumbrada sagacidad e inteligentísima constancia, los *Mercaderes de Tarsis* contribuyeron—y siguen contribuyendo—a que la *Copa de la Indignación* fuera derramada sobre los Mares y sobre la Tierra, de donde había surgido el *Cuerpo con cuernos semejantes a los de un cordero*.

No es preciso enumerar los bien conocidos triunfos del gran Corso: la famosa Rana devoraba uno tras otro ejércitos coaligados, y el dominio de los hombres oriundos de los pantanos, mientras se des-

poblaba de gente, colmábase de trofeos gloriosos. El 18 de mayo de 1804, Napoleón es proclamado Emperador: el Soberano Pontífice vino a París para colocar la corona de Carlomagno sobre la cabeza de su *Más amado hijo en Cristo*, quien lo aprisionó y desposeyó de sus Estados. El querido hijo tomó, con su acostumbrada brusquedad, la corona de manos del Papa y se la puso él mismo sobre su ancha frente de genio y sobre su liso cabello de italiano. Esto fue una imitación de lo sucedido entre Carlomagno y su hijo Luis el Piadoso. Temiendo el grande hombre las futuras complicaciones y disputas entre su dinastía y el poder eclesiástico, determinó afirmar por sí propio y por su familia, el derecho independiente de la monarquía y de la conquista. Así, un año antes de su muerte, convocó en Aix-la-Chapelle un Parlamento para que resolviera si podía él conferir a su hijo el título de Emperador y asociarlo al gobierno del Imperio. Sancionada la idea, aconteció que en la coronación, Carlomagno ordenó a Luis que tomara del altar la corona, y con sus propias manos se la pusiera, como un don que recibía de *su padre, de Dios y de la Nación*.

La consagración de Bonaparte fue un insulto para lo más vivo del orgullo austriaco, cuya Casa, como cabeza gobernante de todo el centro de Europa, se consideraba el sucesor legítimo de Carlomagno. El hombre del Destino y su ambiciosa cohorte de Ranas, *conducida por la mano de Dios*, desarreglaban y modificaban en un sentido profético las instituciones de diez siglos.

Cumplida la misión napoleónica, quebrantado en su fundamento el Sacro Imperio, éste continuó su carrera decadente, extendiendo siempre su mano un poco descarnada hacia Italia y la Santa Sede, hasta ser vencido nuevamente y constituido por Bismarck en aliado del absorbente poder que junto a sí, y surgiendo de su propio seno, había venido consolidándose hasta conquistar todos los caracteres del *Rey del Norte*, anunciado por los profetas, y que tan tremendo papel habría de realizar en los *Días del Fin*.

Durante los últimos años la historia de la Casa de Habsburgo es una cadena de terribles dolores: parece forjada por el pensamiento de un trágico griego. ¿Qué pueden envidiar en ella Edipo y los dolientes, ensangrentados Atridas? El último episodio es lo que, si no ha *determinado*, por lo menos ha *ocasionado* el espantoso conflicto de la guerra del mundo.

¿Cuánta realidad bíblica encontraría el doctor Thomas en todos estos sucesos? El los veía venir, y en su pensamiento estaba trazada la diferencia entre las guerras de Napoleón, con tropas comparativamente minúsculas, y la pelea y destrucción de naciones enteras, final elocuente de una civilización, que tal vez no ha sido sino preparatorio de otra éra, cuyo carácter y cuya significación no podemos desde ahora precisar, dentro de las comunes leyes de la Historia.

ITALIA

Y oí una gran voz que salía del Templo, diciendo a los Siete Angeles: Id, y derramad las Siete Copas de la ira de Dios sobre la Tierra.

APOCALIPSIS: XVI--I.

Los Angeles de San Juan—según nuestro apocalíptico Doctor John Thomas—han venido derramando sus respectivas Copas de indignación divina sobre cada época de la Historia, determinando así las sucesivas aflicciones de la Humanidad.

Estos Siete Angeles, cuya presencia en la Historia va marcando el proceso secular anterior al advenimiento de los *Tiempos*, son los Siete Espíritus de la Divinidad que actúan sobre el Mundo instrumentalmente, por medio de los «Poderes que existen». Lo que Juan ve y oye durante su visión, es una dramática representación de lo que habrá de acontecer en las varias escenas que se desarrollan sobre el gran tablado de las Naciones, sucesos y figuras movidos por la Mano Todopoderosa.

La Gran Babilonia, que, como sabemos, es todo el mundo europeo *cristianamente* civilizado, que toma ese nombre por extensión desde el Imperio de Nabucodonosor, y en cuyas diferentes etapas y manifestaciones se vienen cumpliendo puntualmente, según los exégetas bíblicos, los varios anuncios de los Profetas: la Gran Babilonia, decimos, está dividida en Potencias que son las piezas del Tablero de Ajedrez, y cuya



política y movimientos no se originan en ellas mismas, sino que vienen en un impulso desde el *Templo*. De ese *Templo* visto en Patmos vienen los impulsos que las hacen emitir las grandes voces y ejecutar todo ese movimiento de la Historia, casi siempre desastroso y fatal para ellas mismas; pero que de ninguna manera perturban o impiden, sino que al contrario, aseguran infaliblemente la realización final de los planes del Incomparable Jugador del *Templo*, quien manipula los factores del Juego.

De ahí que cuando Juan «oye una gran voz que salía del Templo», diez y siete siglos antes de la Revolución francesa, oía no más que la expresión simbólica y profética de los sucesos que durante esas centurias debía producir el derramamiento de las Siete Copas sobre el Mundo, hasta los hechos que caracterizan el siglo XIX como el principio de los *Días del Fin*. Sí,—piensa nuestro comentarista—tal es la significación de la «gran voz», cuyas palabras no son sino una orden a los Siete Angeles, y por consiguiente a las Potencias para que fueran y principiaran la obra de *derramar la cólera de la Divinidad sobre la Tierra*.

Y esas Copas de indignación, icómo se derramaron sobre Italia, sobre Roma, en torno a la Sede del Pontífice! ¿Recordaremos las atrocidades vividas por el Dragón Imperial puestas en cláusulas proféticas por los terribles videntes de Israel? ¿Describiremos los ríos de sangre, de cristianos y santos, que aplacaron la sed del monstruo? ¿Haremos relación de las devastadoras incursiones que pueblos venidos de los cuatro puntos cardinales hicieron en la tierra maravillosa de la Península y en el espíritu portentoso de su gente? Arabes, sarracenos, godos, recogieron su botín de riqueza y de sangre en las fértiles campiñas: Belisario la redime de los bárbaros y la sojuzga una vez más en nombre de Justiniano, quien impera en Constantinopla, y mantiene el Exarcado de Rávena, como una cuña en el mundo católico.

En esa época de larga lucha entre los godos y el eminente general de Justiniano, encuentra el Doctor

Thomas la realización explícita de un vaticinio. ¡Cuán infausta época de confusión y locura—que quizás, junto con otras, no fue sino una insinuación de lo que nuestro siglo presenciaría!

El ostrogodo Totila, Rey de los invasores, era casto y temperante, fiel y clemente: sin embargo, no puede reprimir los vicios impetuosos y la bárbara fiera de sus gentes. Tal es, en verdad, la guerra, y será un cándido quien la sueñe de otro modo. En el año 546, Roma queda estrechamente sitiada. Los habitantes fueron consumiendo sus provisiones y sus provisiones, hasta verse reducidos a comer caballos muertos, y perros, y gatos, y ratones: hasta empeñarse en una rebatiña por las escasas yerbas y ortigas que nacieron entre los escombros de la ciudad clásica. La impotencia de Belisario para enviar socorros y víveres puso la ciudad a la merced o a la cólera de Totila, implacable instrumento de la Divinidad, para probar la fe de los trinitarios sobre las siete colinas. Los espíritus estaban emponzoñados por el odio: el clero arriano había sido ignominiosamente proscripto de Roma. El Arcediano Pelagio regresó sin éxito de su embajada al campo ostrogodo, y a un obispo siciliano, nuncio del Papa, se le cortaron las manos, por haber osado *pronunciar falsedades* en servicio de la Iglesia Trinitaria y del Estado.

Los sitiadores entraron en la ciudad. El Rey ostrogodo acudió devotamente a visitar la Tumba de San Pedro: pero mientras oraba ante el altar, eran pasados a cuchillo, en el propio vestíbulo del templo, veinte y cinco soldados prisioneros y sesenta ciudadanos, suerte de sacrificio propiciatorio y bárbaro. Pelagio, el Arcediano, se presentó ante Totila, llevando en las manos el Evangelio, y le dijo: «¡Oh, señor, sé clemente para tu siervo!»

—Pelagio,—contestó el Rey con una insultante sonrisa—tu orgullo vuélvese ahora suplicante!

—Yo soy un suplicante, sí, Totila,—contestó el padre.—Dios nos ha hecho tus súbditos, y como tales tenemos títulos a tu clemencia.

A causa de la plegaria diaconal, fue algo economizada la sangre de los ciudadanos y cohibidas las pasiones de los voraces soldados. Sin embargo, se les permitió saquear a Roma. El día siguiente Totila pronunció dos arengas: una para elogiar y congratular a los ostrogodos victoriosos, y la otra para vituperar al Senado, como a una reunión de viles esclavos, por sus perjurios, por su imbecilidad y por su ingratitud. Contra la ciudad—la ciudad Eterna—fue inexorable: quedó el mundo estupefacto ante el decreto fatal que mandaba convertir a Roma en una dehesa para cebar ganados. La firme, viril actitud de Belisario detuvo la ejecución del asombroso mandato, y al Totila se le persuadió de que le convenía conservar a Roma como un ilustre ornamento de sus dominios. Sin embargo, demolió las murallas en diferentes sitios y acantonó un ejército de observación sobre los movimientos del general bizantino, mientras él marchaba para una nueva campaña.

Los senadores fueron arrastrados en el séquito y luego encerrados en las fortalezas de la Campania. Los ciudadanos, con sus esposas e hijos, y el Papa con toda la gerarquía de su clero, tomaron diversos caminos en exilio. Y hé aquí—según el Doctor Thomas—realizado uno de los vaticinios: *durante cuarenta días y más, Roma quedó en una soledad completa y espantosa.*

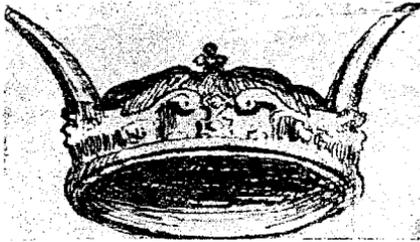
Reflexionemos acerca de este trágico paréntesis, formado por el dolor en la existencia de la Señora del Mundo, de la Gran Ciudad que, en el tiempo de los Apóstoles, y eclesiásticamente después, reina sobre todos los poderes reales de la Tierra,—como dice la profecía. Si la fundación de Roma—explica el Doctor—está correctamente determinada en el año 753 antes del nacimiento de Jesucristo, la Ciudad Eterna quedó vacía y desangrada 1299 años después. Aquel tremendo paréntesis ocurrió casi en la época central de la vida de Roma. Y 1260 años luego, el devastador ostrogodo está revivido en Napoleón, coronado Emperador de los vastos dominios del *Cuerpo* que surgió de

la Tierra con Cuernos semejantes a los de un Cordero y que hablaba como un Dragón.

Como está ya enunciado, esta corona ostentaba, cuando fue puesta sobre la frente de Carlomagno, los dos Cuernos del Cordero:



como los mostraba también la diadema episcopal del Papa, cuando no era más que jefe de los obispos:



y como existen aún los bonetes eclesiásticos contemporáneos.

Totila y Napoleón ostentaron las características proféticas de representantes de la indignación divina — según los considera nuestro exégeta. Ambos tuvieron ningún respeto por la Ciudad Eterna y por su Obispo. Ambos la colmaron de tinieblas, de modo que ni el menor destello de luz política, ni civil, ni eclesiástica,

apuntó en ella durante sus dominaciones. El primero en su tiempo y Napoleón en el suyo, derramaron los Vasos de la venganza apocalíptica sobre la Ciudad divina, en cumplimiento de los designios providenciales revelados a Juan en Patmos; y llenaron también de sombra y desolación los dominios de que Roma era y es trono espiritual.

Cuando Totila consintió en que Roma no fuera convertida en una dehesa para cebar ganados, sino en que permaneciera vacía y desolada como un monumento del enojo divino, llevóse al Papa cautivo: y 1260 años después—terrible cifra en la historia de la Roma pontificia—Napoleón degradó la ciudad a un rango subalterno y trasladó preso el Pontífice a Fontaineblau. «1320 años—dice el Doctor Thomas en 1876— han transcurrido desde aquellos elocuentes cuarenta días de soledad, y parece muy probable que no pasen muchos años, sino los necesarios para completar el plazo apocalíptico, sin que el centro espiritual del mundo de Occidente sea otra vez sumergido en un caos tenebroso, donde no se oirá voz ni se verá luz ningunas». Y cuando nuestro Doctor formula el pavoroso temor, piensa en las tremendas palabras del Visionario:

«Y voz de tañedores de arpas, ni de músicos, ni de tañedores de flautas y trompetas, no será más oída en tu recinto; y todo artífice de cualquier oficio, no será más hallado en tí, y el sonido de la muela de un molino, no será más oído en tí; y luz de antorcha no alumbrará más en tí; y voz de esposo ni de esposa no será más oída en tí: porque tus mercaderes son los magnates de la tierra; porque en la significación de tus encantos todas las gentes han errado. Y en tu recinto está la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra».

Pero, ¿han terminado los dolores de Roma, purgados en esos cuarenta días de soledad? Nó. Desaparecido Belisario, el Emperador oriental envía otro ejército para redimir a Italia del yugo bárbaro y sojuzgarla de nuevo a su turno. Los godos fueron

derrotados y Totila muerto. Narses, el vencedor bizantino, después de rendir sus homenajes a la Virgen Santísima, cuyo devoto era, siguió hacia Roma. Las llaves de la Ciudad fueron enviadas a Justiniano, bajo cuyo Imperio habían sido perdidas y recuperadas cinco veces. Y nuevas calamidades azotan al pueblo romano. Trescientos jóvenes de las más notables familias, detenidos como rehenes por los godos, fueron inmolados bajo el cuchillo del sucesor de Totila. El Senado dejó de existir. Todas las fortalezas de la Campania quedaron purpuradas por la sangre patricia. Al cabo de trece siglos, la institución fundada por Rómulo moría: pues si bien los nobles de Roma continuaron asumiendo el título de senadores,—dice un historiador— apenas encuéntranse rastros en las épocas subsiguientes, de un orden constitucional semejante. Volvió el pensamiento hacia 600 años atrás, y contemplad a los Reyes de la tierra solicitando audiencia y piedad en los estrados del Senado Romano!

El estado civil de Italia quedó fijado por una pragmática de Justiniano, promulgada a instancias del Papa, quien era de nuevo un súbdito, regido por el Exarca de Rávena. El Emperador de Oriente difundió su jurisprudencia en las escuelas y tribunales de Occidente. Bajo el Exarcado, Roma fue colocada en el segundo rango de las ciudades del Imperio. Veinte años de la guerra gótica habían consumado la ruina y la despoblación de Italia.

La jurisprudencia justiniana era la razón pública de los romanos, codificada en las Instituciones, y esa jurisprudencia fue silenciosa y estudiadamente penetrando en todas las naciones de Europa, hasta los tiempos que corren. Luego fue declarada como el sistema legítimo de legislación civil, obligatorio en los tribunales y como queda dicho, en las academias de todas las ciudades de la Gran Babilonia. El Emperador fue inclinándose rudamente hacia la protección de la Iglesia. Entre sus títulos, el de *Piadoso* era el más grato a su oído: y el asunto más serio de su reinado fue promover el desarrollo temporal y espiritual

del catolicismo. Naturalmente, los incrédulos principiaron a sufrir persecuciones, bajo la ira teológica despierta en el Emperador. Algunas provincias fueron exterminadas, «y—dice Gibbon—la pena del homicidio no podía ser aplicada a quien matara un incrédulo, porque Justiniano piadosamente trabajaba en establecer, por medio de la sangre y del fuego, la unidad de la fe católica».

Los Angeles, pues, continuaban derramando las infaustas Copas de indignación sobre la Tierra. No tardaron en sucederse nuevas y terribles calamidades.

Al principio de la guerra del mundo, Italia, como un lago, y la Barca de Pedro solitaria, parecían no alcanzadas aún por el viento furioso de la tempestad desencadenada. En torno de ellas bramaron luego los acentos apocalípticos lanzados contra Babilonia y sus diferentes, sucesivas transformaciones. ¿Qué reserva el portentoso porvenir para la maravillosa ciudad, para la incomparable tierra, que guardan las divinas tradiciones de sabiduría y de belleza, que conservan todavía levantado el faro espiritual de nuestro mundo?

ROMA

Y el primer ángel sonó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, lo cual fue arrojado a la tierra: y la tercera parte de la tierra fue quemada, y la tercera parte de los árboles fue quemada y toda la yerba verde fue quemada.

APOCALIPSIS: VIII.—7.

Pero la bella y clásica península que bañan el Tirreno y el Adriático tiene a Roma por núcleo de su historia: es dentro de Roma, en torno de Roma y a causa de Roma, como se han desencadenado las grandes tempestades apocalípticas de los primeros tiempos, y como probablemente se manifestarán las más características de los posteriores. De manera que podemos continuar leyendo al Doctor Thomas en su famosa *Exposición*, para ver cómo las palabras proféticas tuvieron trágico y cronológico cumplimiento sobre la grande urbe, centro del orbe.

Los bárbaros pueblos godos estaban en anarquía completa, cuando una parte de ellos convino en someterse al Rey Atanarico, teniendo siempre a Roma como punto de mira y de conquista. Pero el Rey, en lugar de conducirlos al combate y al botín, celebró el año 382 un tratado con Teodosio, que produjo la provisional capitulación de los godos. Sin embargo, a ningún observador escapósele que estos pueblos continuaban siendo los enemigos y serían pronto los devastadores del imperio católico. Mientras ese tratado se firmó, por conveniencia temporal, los jefes godos se

conjuraban para esperar el momento favorable a la rapiña y a la venganza, que la prudencia de Teodosio retardó por toda la duración de su vida.

La sucesión de los tiempos, perfectamente señalada en la sinopsis cronológica del Doctor Thomas, trajo el toque de trompeta del primer ángel, que fué precedido en sus épocas correspondientes por la aparición simbólica de los cuatro ángeles encargados de detener los vientos en los cuatro ángulos de la tierra, y por el silencio que se produjo en el cielo *durante casi media hora*: el toque de trompeta que resonó en la *tercera parte de la tierra*, a saber, Galia, España, Italia, Africa. Y compareció Alarico.

En la adversidad había crecido y se había demostrado el genio de este goda. La fama de su valor y de su valer condujo a sus estandartes a los más valientes de los guerreros bárbaros, que desde el Ponto Euxino hasta el Rhin, se agitaban en el deseo de la conquista y de la presa. Así, el año de 408 Alarico puso sus tropas en movimiento y con intrépidas y veloces jornadas, pasó los Alpes y el Pó. Varias ciudades fueron saqueadas, dominó a Rímimi, extendió su invasión a lo largo de las costas del Adriático y se detuvo a meditar el ataque a la Señora del Mundo.

Entonces un ermitaño de Italia quiso disuadirlo de su espantoso plan, y fué cuando el destino se reveló. Apenas hubo el religioso hablado, Alarico prorrumpió en esta siguiente aseveración solemne: *Siento un impulso secreto y preternatural que dirige y aun empuja mis pasos hacia las puertas de Roma.*

Durante un período de seiscientos diez y nueve años, la Eterna Ciudad no había sido violada por la presencia de ningún enemigo extranjero, y la trompeta del Apocalipsis señaló la hora para el terrible acaécimiento. La ciudad fué sitiada por Alarico, hasta que se produjeron las horribles calamidades del hambre. En la desesperación se asesinaba para devorar el cuerpo de las víctimas, y aun las madres probaban la carne de sus niños degollados. Muchos miles de habitantes sucumbieron en sus casas y en las calles

por extenuación. Estaba el aire infectado por las emanaciones de los innumerables cadáveres insepultos.

Al fin convino Alarico en levantar el asedio, mediante el pago de una enorme indemnización, y en concluir negociaciones de paz. Pero la imbecilidad de Roma ya florecía, y los *dirigentes* de la época supieron arreglarse para que Alarico sitiara de nuevo la ciudad una segunda vez y una tercera. Esta última fué en 410, y cierta media-noche de agosto, la puerta Salaria era silenciosamente franqueada y los habitantes saltaron en sus lechos, despavoridos por los tremendos clangores de las trompetas góticas. 1163 años después de la fundación de Roma, la ciudad imperial que había sojuzgado y civilizado tan considerable parte de la humanidad, fue entregada al cuchillo y al furioso desenfreno de las tribus de Alemania y de la Escitia.

La catástrofe de Roma llenó de espanto y dolor el asombrado Imperio. El pueblo lamentaba con angustia y llanto la ruina de la maravillosa ciudad, mientras el clero, aplicando a los sucesos actuales las viejas profecías de Oriente, confundía la destrucción de la capital con la disolución del globo.

Los victoriosos invasores dejaron a Roma el sexto día, y siguieron su camino hacia las provincias meridionales de Italia, destruyendo cuanto se les opuso y asolando el desamparado país. El *granizo* y el *fuego mezclados con sangre* continuaron consumiendo los árboles, calcinando la yerba verde, por un período aún más largo que la propia vida del Rey de los Godos. Y mientras éste meditaba nuevas conquistas, que le hubieran llevado más allá de los límites de la tierra condenada por la trompeta apocalíptica, fué detenido por el poder de la muerte, que fijó, después de una corta enfermedad, el término señalado a su destino.

El sepulcro de Alarico fue construído en el lecho de un río, y en él se depositaron despojos y trofeos de Roma. El secreto de esa tumba se ocultó, restituyendo el agua a su corriente natural y matando a todos los prisioneros que se emplearon en construirla:



esta fue la última sangre italiana—dice un escritor y repite nuestro comentarista—que se mezcló con el fuego y el granizo, bajo el inexorable decreto de la trompeta apocalíptica.

Y el segundo ángel sonó la trompeta, y una como grande montaña, ardiendo en fuego, fue arrojada en el mar y la tercera parte del mar se convirtió en sangre; y murió la tercera parte de las criaturas que había en el mar; cuantas tenían vida; y la tercera parte de las naves fue destruida.

APOCALIPSIS: VIII. 8 Y 9

Según la cronología de nuestro Doctor Thomas, fué al poder vándalo a quien estuvo encomendada providencialmente la ejecución de los designios que la trompeta del segundo ángel debía anunciar. Esa nueva catástrofe principia el año 429, cuando las devastadoras huestes, conducidas por su Rey Genserico, se precipitaron sobre las fértiles, productivas comarcas africanas. Gibbon llamóle «el terrible Genserico», nombre que, en la destrucción del imperio romano, equivale a los de Alarico y Atila. Su ambición no tenía límites ni escrúpulos, y le impulsaba a toda empresa que le prometiera pillaje y dominio. Su poder fué una montaña volcánica que vomitó desolación y muerte sobre los que él llamaba *los culpados*.

La discordia entre Aecio y el Conde Bonifacio, dos generales del Imperio de Occidente, fué la causa inmediata y fatal de la erupción de ese volcán vándalo que devastó el Africa y las islas. Bonifacio, alzado en armas contra la administración, invitó a Genserico a una alianza. El vándalo aceptó en el acto, y con la asistencia de los españoles, que deseaban alejarlo de su península y le suministraron barcos, pasó el estrecho de Gibraltar e invadió la costa de Mauritania, donde pasó revista a cincuenta mil hombres.

Al desembarcar Genserico en Africa, vino a ser el libertador de los cismáticos donatistas, quienes estaban sufriendo una rigurosa represión de las auto-

ridades católicas, entre las cuales se contaba, en primer término, el célebre Agustín, Obispo de Hipona.

Enemigo del poder católico, Genserico se mostró desde luego protector de aquellos herejes, en quienes a su vez encontró un gran apoyo contra Roma. Bajo el Imperio de Genserico los donatistas gozaron de una obscura paz de cien años, después de los cuales vuelve a encontrarse su huella en la historia por la persecución que se reanudó contra ellos.

Tan rica era entonces Africa, que merecía el nombre de granero de Roma y de la humanidad. En un instante todas esas fructíferas provincias, desde Tánger hasta Trípoli, fueron arrasadas. Donde los vándalos encontraron resistencia no dieron cuartel, y los muertos de sus combatientes eran vengados con la destrucción de ciudades enteras. Avergonzado Bonifacio, volvió a la fé de su país, y obtuvo entonces el mando de una flota y de un ejército, con los cuales atacó a los vándalos frente a Hipona. Su derrota fue completa. Cartago quedó reducida a servidumbre ignominiosa. Los vencedores recogieron toda la riqueza mueble del vasto dominio, y los senadores, los nobles y el pueblo, llenaron de proscritos los caminos del mundo.

Con la captura y saqueo de Cartago, cesó en Africa toda resistencia a *la montaña ardiendo en fuego*, y con la sección de esa provincia, la prosperidad de Roma quedó irreparablemente destruída. Los antiguos patrimonios de los emperadores quedaron en manos de los vándalos, y éstos volvieron entonces los ojos hacia la capital del Imperio.

No habiendo nada hacia el desierto, que tentara la ambición del Rey vándalo, «él volvió su codicia —dice Gibbon— hacia el mar. Resolvió crear un poder naval y puso manos a la obra con firmeza y perseverancia. Inculcó en sus hombres la nueva forma de guerra que abriría a sus armas todo país marítimo; de manera que con seis centurias de intervalo, las flotas que salían de Cartago volvieron a conquistar el imperio del Mediterráneo». Derramaron fuego sobre

Sicilia, que se *tornó de sangre*, y vencieron y saquearon a Palermo. Luégo una inmensa flota de vándalos y móros, echó anclas en el mar frente a la boca del Tíber: y ya en tierra, las tropas avanzaron resueltamente hacia las puertas de Roma. El Obispo León, a la cabeza de su clero, salió en procesión a implorar clemencia del herético defensor de los donatistas. Genserico prometió perdonar a los que no resistieran, no incendiar los edificios y no dar tortura a los prisioneros. Pero Roma y los romanos fueron entregados a la ciega furia de los vándalos. El saqueo duró catorce días y sus noches. Entre los trofeos sacados por Genserico de la ciudad, estaban la Mesa de Oro y los Candelabros de Oro de Siete Brazos, que trajo Tito de Jerusalem para Roma, donde fueron depositados en el Templo de la Paz. Todos los metales ricos y brutos, todas las joyas y el dinero acumulados por la rapiña, y que valían varios miles de *talentos*, así como cautivos por millares, fueron transportados en próspera navegación a Cartago: todos los buques llegaron bien, excepto el que conducía las reliquias del Capitolio, que naufragó, yéndose con ellas al fondo del mar.

Pero los estragos de la terrible canción de la trompeta apocalíptica no se habían colmado: *el mar no se había vuelto bien de sangre; ni había muerto en el mar la tercera parte de las criaturas con alma; ni la tercera parte de los buques había sido destruída*. Los romanos, comprendiendo una vez más que su capital no podría existir segura mientras la hostil Cartago tuviera poder, resolvieron crear una fuerza marítima para emprender la reconquista del África. En tres años reunieron una flota imperial de trescientas grandes galeras, con número proporcionado de transportes y buques pequeños, en la amplia y segura bahía de Cartagena en España. Al saberlo Genserico, y para evitar que su enemigo hiciera el mismo desembarco que él había hecho antes, redujo a un desierto la Mauritania y por medio de traidoras inteligencias, sorprendió la armada romana, completamente indet-

fensa en la bahía donde se preparaba. La mayor parte de los buques fueron presas, muchos hundidos o incendiados, y los preparativos de tres años quedaron destruídos en sólo una jornada.

Aún no había, sin embargo, en el mar, bastante sangre. El conde Ricimer, oriundo de bárbaros, gobernaba la Italia, y el reino era constantemente affigido por las depredaciones y conflagraciones de la vándálica *montaña ardiendo en fuego*. Cada primavera Genserico salía de Cartago a la cabeza de una expedición. Cuando el piloto le preguntaba cuál rumbo debían tomar, él contestaba: «Dejad que los vientos lo determinen; ellos nos conducirán a la costa maldita cuyos habitantes han provocado la justicia divina». Y así todas las riberas y todas las islas del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta la desembocadura del Nilo, fueron periódicamente asoladas. En los buques iban caballos que el Vándalo desembarcaba para expedicionar por los litorales: en uno de Grecia fueron pasados a cuchillo quinientos ciudadanos nobles, y los cadáveres echados a las ondas jónicas. *El mar se tornó de sangre, y las criaturas con alma, murieron.*

«Tales sangrientos sucesos — dice nuestro Doctor — sólo pueden explicarse pensando que la Providencia destina los malvados a castigar la hipocresía, la blasfemia, la superstición y la inmoralidad». Genserico reconocía que él era el ejecutor de la *justicia divina en el mar*. «La furia de los vándalos — dice Gibbon — se confinó a los límites del Imperio de Occidente». «Es decir — comenta el Exégeta — a la *tercera parte del mar, y de las criaturas y de los buques*».

Los italianos, reducidos a la impotencia por el altanero visigodo Ricimer, apelaron al Gobierno de Constantinopla, en imploración de súbditos, y como precio y seguridad de la alianza, aceptaron un jefe mandado por León I, Emperador de Oriente, en la persona de Antemio, quien entró en Roma en 467, como Emperador de Occidente. Inmediatamente después «sin considerar la majestad de la púrpura — dice

Antemio—dí mi hija a un godo: sacrificué mi propia sangre por la salvación de la república». Lo que no impidió que Ricimer, que fué quien se casó con su hija, saqueara de nuevo a Roma, y a su suegro, el Emperador Antemio, lo matara cinco años después del matrimonio.

Pero *el mar* necesita *más sangre* todavía. Los romanos de Oriente, ayudados por el Imperio Occidental, hacían enormes preparativos militares y navales para llevar de nuevo la guerra contra Genserico, en Africa. Las ciudades se empobrecieron en esta empresa. La flota que salió de Constantinopla para Cartago, constaba de mil ciento trece buques, y el número de soldados y marineros—*las criaturas del mar con alma*—pasaba de cien mil hombres. Esta escuadra formidable fué aumentada por una división traída del Adriático por Marcelino. Los Cartagineses temblaron: pero Genserico afrontó el peligro con firmeza y lo evitó con su habilidad veterana. Obtuvo un armisticio de cinco días para convenir en los términos de su capitulación, y en ese intervalo el viento favoreció sus designios. Tripuló sus buques más grandes con los más valientes moros y vándalos, y detrás de ellos enfiló muchas grandes barcas llenas de materias explosivas. En la obscuridad de la noche *como si fueran una montaña ardiendo en fuego*, estas embarcaciones atacaron de improviso la flota romana. El incendio se comunicó con irresistible violencia; y el ruido del viento, el estallido de los buques en llamas, los gritos de *las criaturas en el mar con alma*—los soldados y los marineros, que no podían ni mandar ni obedecer—aumentaron el pavoroso tumulto de la refriega. Cuando la gran escuadra logró reorganizarse y separarse de los barcos incendiarios, las galeras de Genserico atacáronla con retemplado valor y disciplina, y muchos de los romanos, que escaparon al furor de las llamas, fueron aniquilados o quedaron prisioneros de los vándalos victoriosos.

«Así—dice nuestro doctor Thomas—Genserico continuó siendo *el tirano del mar*. Las costas de Italia,

Grecia y Asia, fueron de nuevo sometidas a su venganza, y antes de morir, lleno de años y de gloria, pudo contemplar la final extinción del Imperio de Occidente. Y de este modo, *la tercera parte de las criaturas en el mar, con alma, murió; y la tercera parte de los barcos fué destruida»*.

¿En cuáles comarcas del mundo y del espíritu estarán produciéndose los estragos de las otras dos trompetas que sonaron los ángeles del Apocalipsis, y hasta qué punto la espantosa guerra universal ofreció los caracteres preliminares del terrible ARMAGEDON anunciado por el vidente de Patmos?

